

1742

2024

Los Rivadeneira  
de Roma





Los Rivadeneira  
de Roma






1742

2024

Los Rivadeneira  
de Roma



R





Índice

CAP. 1   Tararo y Tití	06
CAP. 2   El mundo extinto y encantador de Roma	42
CAP. 3   El traslado	86
CAP. 4   Relevo generacional	122
CAP. 5   Veranos Felices	151



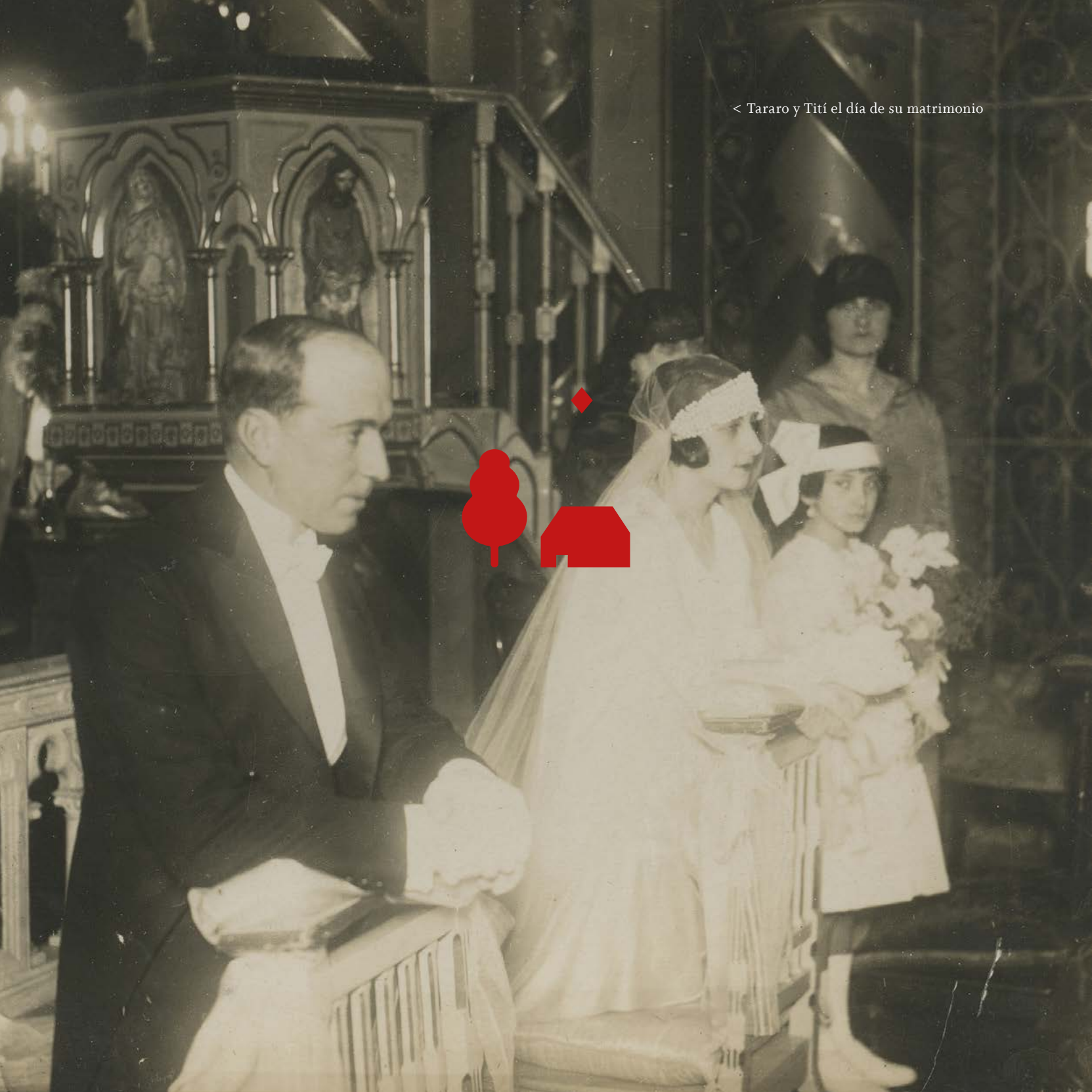


Esta es la historia de Javier Rivadeneira Palacios y Ema Beatriz Monreal Gallardo y del legado familiar que iniciaron hace casi cien años en el fundo Roma. Cuando Javier y Beatriz llegaron recién casados – solo por un tiempo, teóricamente– a habitar la añosa casa de muros de adobe, tejas coloniales y corredores entumecidos, no imaginaban que ese lugar se transformaría en el epicentro vital que haría trascender a los Rivadeneira Monreal por generaciones. En un refugio destartado y cariñoso donde niños y abuelos se reunían a calentarse los pies en los braseros y la mamá Tití tocaba el piano con sus dedos finos y larguísimos. En un remanso al que volvían para recordar infancias de juegos en los potreros y arboledas, veranadas en la cordillera, trillas a yegua suelta de trigo y porotos y leyendas campesinas a veces tenebrosas. Las vacaciones con las patotas de primos trepando a los cerros, bañándose en las acequias turbias y sacándose la cresta a caballo, sin padres vigilantes. Los corredores donde los adultos se comunicaban en rimas y chistes, como si fueran niños. Las piezas de techos altos donde se criaron guaguas y en las que murieron antepasados queridos. Las siestas en los campos de trigo que los conectaban con raíces profundas, con la certeza de pertenecer a una tierra generosa en frutos, papas, leche, abrigo y reminiscencias reconfortantes cuando todo lo demás fallaba o estaba a punto de hacerlo. El territorio donde está el corazón de los Rivadeneira. La casa del espíritu Rivadeneira.

Esta historia tiene una prehistoria de la que quedan ciertos rastros, aunque gran parte de la documentación fuera devorada por un incendio no hace tantos años atrás. Hay señas de que la familia Rivadeneira estuvo en San Fernando desde su fundación, en mayo de 1742. El gobernador José Manso de Velasco estableció la ciudad, pero le costó mucho que la gente se fuera del campo a San Fernando, no querían dejar sus predios porque había mucho bandidaje. Manso de Velasco tuvo que amenazar con quitarles las tierras si no se iban a San Fernando. El gobernador distribuyó entonces terrenos para las casas y, en los planos antiguos de la ciudad, en una de las esquinas centrales, aparecen los señores Neira, firma que antiguamente usaban los Rivadeneira.

El origen del apellido Rivadeneira es gallego y su forma original es Riba de Neira, que alude a la ribera del río Neira, afluente del Miño, donde existe el ayuntamiento de Neira. El apellido se solía sustituir por su variante Neira. Hubo Neiras en Galicia y en el Bierzo leonés.

El primero en llegar a Chile, Gabriel de Rivadeneira, también mencionado como Gabriel de Neira, nació en España y se casó antes de 1699 con María Rodríguez Zapata, nacida en Chillán. Sus hijos nacieron en esa misma ciudad y se trasladaron a Reguelemu y Malloa. Las generaciones posteriores residieron en Rancagua, San Fernando y Santiago.



< Tararo y Tití el día de su matrimonio

Su hijo mayor, Gabriel Rivadeneira Rodríguez Zapata, nació cerca de 1699 en Chillán. Solía firmar como Gabriel de Neira. El linaje familiar continuó con su hijo Antonio Rivadeneira Bustamante, nacido en 1740 y enterrado en San Fernando en 1781, a los 40 años. Le siguió su hijo José María Rivadeneira Toledo, nacido en San Fernando en 1778. Su descendiente José Miguel Rivadeneira Carvallo, nacido en Rancagua en 1797, tuvo a Pedro Rivadeneira Sotomayor en 1820, quien fue el antepasado que adquirió el fundo Roma y construyó la casa de adobe que se transformaría en el universo de los Rivadeneira en los siguientes 200 años.

El relato que se ha transmitido por generaciones en la familia cuenta que alrededor de 1840 don Pedro Rivadeneira Sotomayor viajó desde Santiago hacia el sur en busca de un fundo para arrendar. Tomó probablemente un carruaje, porque en ese tiempo no existía vía férrea, y paró en San Fernando a dormir. En el hotel donde se alojaba –quizás haya sido el Centro Español– contó que andaba buscando un fundo. Le dijeron: “Mire, aquí en Roma, muy cerquita, se arrendó un fundo a un señor. Resulta que el dueño le dio permiso a un amigo para que fuera a cazar, a uno de los cazadores se le escapó un tiro y lo mató. Desde entonces el caballero no quiere saber nada y juró que nunca más volvería a ese lugar”. Pedro Rivadeneira consiguió un caballo para ir a ver esa hacienda llamada Roma y decidió arrendarla. Roma ya se llamaba Roma, y no por la capital de Italia, sino por los Román, una familia antigua de San Fernando.

Durante ese mismo viaje, o tal vez en otro, Pedro Rivadeneira se casó con su prima hermana Carmen Rita Baeza Sotomayor. Se dice que la familia de Carmen Rita se oponía a este matrimonio porque ella era muy joven, pero de todos modos se casaron en San José de Toro, en Chimbarongo, el 17 de marzo de 1848.

Se fueron a vivir al fundo arrendado en Roma y pronto Pedro lo empezó a comprar pedazo a pedazo. Construyó la casa patral de adobe de corredores largos que ha sobrevivido a terremotos e inclemencias climáticas durante casi 200 años. Cuando murió, a los 55 años, dejó una gran fortuna en tierras y ganado. Tuvo varios hijos e hijas que se fueron a Santiago y otros que siguieron en San Fernando y heredaron sus tierras. En ese testamento don Pedro Rivadeneira reconoce que tenía una hija natural, que estaba concebida fuera del matrimonio, pero siempre la trataron igual. Dejó unas capellanías para decirle misa.

Entre ellos estaba Javier Rivadeneira Baeza, el padre de Tararo, nacido en San Fernando el 9 de diciembre de 1851, quien siguió haciendo crecer las pertenencias y llegó a ser propietario de Roma, El Rincón, Las Mercedes, La Capilla, Miravalle y Cordillera Vieja. Hasta 1938, año en que murió, el dueño de todas esas tierras era solo él. Javier Rivadeneira Baeza se casó en San Fernando el 19 de agosto de 1883 con Rafaela Palacios Riveros. El 14 de febrero de 1887 nació Javier Rivadeneira Palacios, Tararo, quien sería el patriarca del clan Rivadeneira Monreal. De su inclasificable apodo no hay ninguna certeza del origen.



Tararo creció en la casa patrimonial de Roma junto a su hermano mayor Pedro, o Pito, y su hermano menor, Alberto. También se crió con ellos el tío Jorge Palacios, un hermano de Rafaela considerablemente menor, que tenía casi la misma edad que sus sobrinos. Por eso Tararo, Pito y Alberto le decían Rafaela a su mamá, tal como la llamaba su hermano. El tío Jorge después vivió en una casa muy bonita en San Fernando, con un mirador y un potrero enorme donde pastaba su caballo.

Pito y Tararo estudiaron en el liceo de San Fernando y después en el Liceo de Aplicación en Santiago, pero no fueron a la universidad. Esa opción no estaba contemplada. Partieron derecho a trabajar al campo con su padre, que se había ganado su vida con la tierra tal como habían visto hacer a todos sus parientes. Para Pito, la opción de vida más noble era la agricultura. Años después, cuando su sobrino Caduco le dijo que quería estudiar derecho, Pito resopló con desdén: –Si quiero un abogado, contrato uno.

No concebía la indignidad de trabajar por un salario. Los hermanos Rivadeneira Palacios pertenecían a una generación profundamente agrícola en su forma de ser y de entender la vida, si bien Pito y Javier, por la educación refinada que recibieron en Santiago, nunca se vistieron de huasos.

Don Javier Rivadeneira Baeza, con la ayuda de sus tres hijos, se dedicaba a las siembras, al ganado y a hacer crecer la extensión de su gran hacienda. En 1913, cuando tenía unos 60 años su doctor le diagnosticó una enfer-

medad al hígado, acaso un cáncer, desafortunadamente mortal. Para preservar su patrimonio, le entregó un poder amplio a su hijo mayor, Pedro, para que se hiciera cargo del campo, de la contabilidad y de atender los fundos en sociedad con sus hermanos Javier y Alberto. Así, entre los tres se dedicaron a trabajar la tierra bajo la supervisión alejada del padre, quien se había asentado en Santiago en una elegante casa en la calle Vergara, para estar cerca de sus médicos y esperar apaciblemente la llegada de la muerte. Para sorpresa de todos, los años pasaron, se fueron muriendo todos los doctores que lo habían desahuciado, y vivió hasta los 87 años.

Sin embargo, estaba tan satisfecho del trabajo que hacían sus hijos que el 6 de mayo de 1925 formalizó el estado de las cosas en un documento donde afirma que él y su mujer, Rafaela, “hemos resuelto entregar a nuestros hijos Pedro, Javier i Alberto, que es toda la familia, los tres mayores de edad, los fundos que hemos formado en la comuna de Roma, con sus ganados i enseres para que trabajen, formando una compañía de los tres hermanos, llevando Pedro, que es el mayor, la dirección de ella”.

El contrato establecía que Pedro, como jefe y director de la compañía, debía entregar los días primero de cada mes 1.800 pesos a su madre para que pagara el arriendo y los gastos de su casa en Santiago y 600 pesos a cada uno de los hermanos para cubrir sus necesidades. También dejó tiernamente dicho lo siguiente: “A mi nieto Javier Rivadeneira Rojas se le den diez pesos todos los sábado, los que dejará de recibir solo en el caso de no portarse bien en la escuela”.

En este contrato se mencionan las extensas propiedades a trabajar por los tres hermanos que, según calculan sus descendientes, sumaban cerca de 60 mil hectáreas. “Los fundos que entregamos a nuestros tres hijos son: Romarriba o San Pedro, con 180 cuadras m/m regadas y el cerro que le corresponde; El Rincón, con 140 de riego; el lomaje de primavera i el cerro; Las Mercedes con 80 regadas, y el fundo de invernada El Portillo, con 12 cuadras regadas y cuya extensión me la hacen subir de treinta mil cuadras algunos entendidos que la conocen bien”.

La manera de tomar decisiones y solucionar problemas también quedó fijada en ese adelantado contrato. Por ejemplo, el padre estableció que “una vez hecho el balance i determinada la utilidad, nos comprometemos los contratantes, padre e hijos, a reunirnos para acordar lo que se hará con ella, procurando, en familia, destinarla a lo que sea más urgente y productivo para la sociedad o familia. Si vinieran dificultades o apuros de alguno de los contratantes, su padre los llamará a fin de salvar la circunstancia, si se puede, lo mejor posible. Tienen a su padre que está dispuesto a ayudarlos en todo lo que pueda, siempre que los tres trabajen juntos, sin dificultades i observando la buena conducta que han tenido hasta hoy”.

Este mandato paterno de solidaridad, trabajo conjunto y de confianza al liderazgo familiar del padre o del hermano mayor retrata fielmente una manera de relacionarse que se traspasó por generaciones y prevaleció hasta en los momentos más críticos de los Rivadeneira. Pasara lo que pasara, los problemas se resolvían de buena forma entre los padres, los hermanos y hasta los primos. No pelearían, aunque no faltaron discusiones acaloradas. Si alguno sufría un contratiempo, todos ayudaban. Ese espíritu se antepuso incluso cuando tocó hacer reparticiones de tierras y platas, que es cuando se desgarran hasta las familias más avenidas. En otras palabras, ese contrato es una carta de amor a sus hijos, que estos han ido traspasando a sus descendientes.

En la sociedad que formaron, Pito, como hermano mayor, llevaba la mayor carga de responsabilidad. Muy serio y austero, era bueno para llevar la contabilidad y la administración. Tararo era muy buen agricultor, salía temprano a recorrer los campos para asegurarse de que los trabajos se estuvieran haciendo correctamente. Era más gozador y amigo de gastar plata, y por eso a veces rabiaba y peleaba con Pito. Pero nunca se iban a sus casas enojados, como

DON JAVIER  
RIVADENEIRA BAEZA,  
CON LA AYUDA  
DE SUS TRES HIJOS,  
SE DEDICABA  
A LAS SIEMBRAS, AL  
GANADO Y A HACER  
CRECER LA EXTENSIÓN  
DE SU GRAN  
HACIENDA.



Javier Rivadeneira Palacios >

Rafaela Palacios >

< Javier Rivadeneira Baeza



< Javier Rivadeneira Palacios



les enseñó su papá. Alberto era mucho más joven y de carácter loco, por lo tanto sus hermanos mayores, en la práctica, llevaban las riendas. Alberto era el único de izquierda de los hermanos y fue partidario de Pedro Aguirre Cerda. Era divertido y simpático. Sus sobrinos lo recuerdan arriba de un cacharro que se caía a pedazos haciendo propaganda a Aguirre Cerda durante su campaña presidencial.

Tararo llevaba la agricultura en la sangre, amaba el campo y manejaba con destreza las siembras y la ganadería. Sin embargo tenía una forma de ser y de vestir que no era la típica del huaso de campo. Como Rivadeneira de tomo y lomo, tenía el pelo repinto y la cara muy blanca. Le gustaba la vida urbana en Santiago, ir a la ópera, jugar dominó en el Club de la Unión, ir al teatro y a fiestas. Era sociable, conversador y con interés en la política. Era un caballero, muy educado, amable y respetuoso. Quizás esa mezcla inusual llamó la atención de Beatriz Monreal, una princesa de la sociedad serenense que nunca en su vida había vivido en el campo.

#### LA JUVENTUD DE UNA PRINCESA SERENENSE

Ema Beatriz Monreal Gallardo, conocida por todos como Tití o mamá Tití, nació el 19 de mayo de 1898 en La Serena, aunque mientras vivió su fecha de nacimiento fue un secreto de estado. Era tan pretenciosa que no celebraba sus cumpleaños sino su santo. Beatriz fue la segunda de trece hermanos, pero como ocurría entonces, al menos cinco de ellos no sobrevivieron la primera infancia: Ema María Graciela, Ema Beatriz, María Adriana, María Inés Jesús, Ricardo Víctor, Santiago Abel, Florencia Marta Yolanda, Hilda Dolores, Rebeca, Carlos Alberto, Eugenia

Yolanda y María Ester. Tití contaba que tuvo dos hermanos Ricardo. El primero murió al nacer y al segundo también lo llamaron Ricardo.

Los Monreal eran una familia antigua y encopetada de La Serena y Tití estaba orgullosa de pertenecer a su alta sociedad. Se sentía como de la realeza. En su imaginario estaban los Windsor e inmediatamente debajo venían los Monreal. Su casa estaba en el barrio principal de la ciudad, en la calle Benavente, y había pertenecido al presidente Gabriel González Videla, que también era de La Serena y estaba emparentado con su madre, Ema Gallardo González. Don Ricardo Monreal Marín, el papá de Beatriz, era un abogado destacado y relator de la Corte de Apelaciones de La Serena que después fue promovido a la Corte de Apelaciones de Santiago.

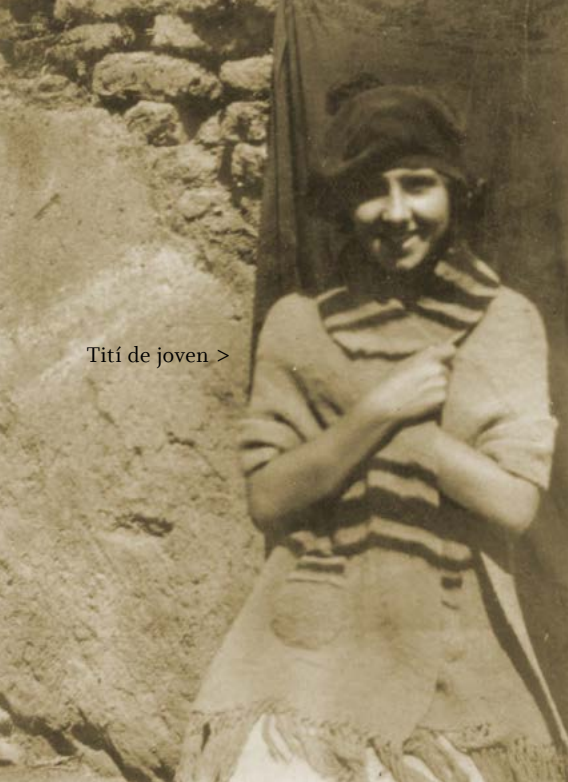
La joven Beatriz estudió algunos años en el liceo de niñas de La Serena y luego se educó en la casa con una institutriz inglesa, miss Spencer. Aprendió a tocar el piano, a coser y a tener modales refinados. Tití solía mencionar a esta miss que la cuidaba y que le enseñó a hablar inglés. Cuando el príncipe Carlos se casó con la princesa Diana Spencer, Tití comentó: “Miss Spencer tiene que haber sido pariente de Lady Di”.

En 1903 Ricardo Monreal Marín fue nombrado fiscal de la Corte de Apelaciones de Santiago y después de un tiempo se trajo a toda la familia a vivir a Santiago. Viajaron en barco desde La Serena porque en ese tiempo no había camino. Desembarcaron en Valparaíso y desde ahí continuaron el largo viaje por tierra a Santiago. Se instalaron en la calle Ejército 91, en una casona señorial



< Tití





Tití de joven >



< Tití, Laura Grudela de Salas y Yolanda Monreal de Schönherr



Sergio y Caduco >



Mamá Titi con Sergio y Carmen >



Tití y su hijo Sergio >



Vista de las casas de Roma >



Javier Rivadeneira Palacios  
y su hija Carmen >



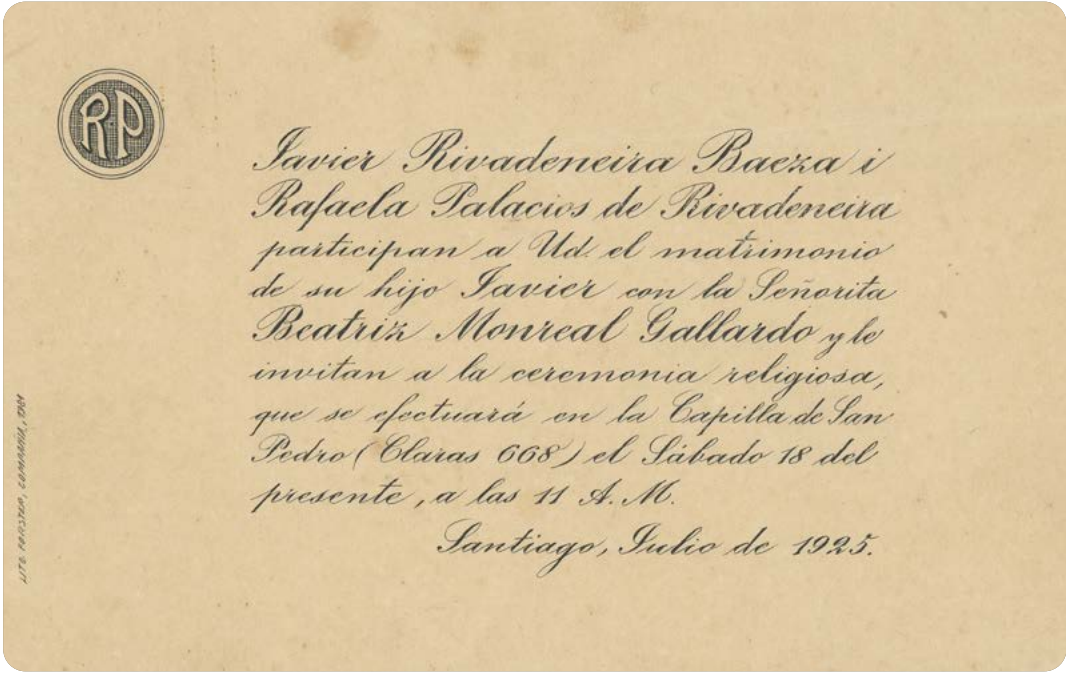


que todavía existe convertida en universidad. A Ricardo Monreal sus nietos le tenían tanta reverencia que nunca le dijeron abuelo o tata, lo llamaban don Ricardo. Fue fiscal y luego ministro de la Corte y ascendió hasta Presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago. Falleció en el ejercicio de su cargo en 1928.

Tití era alta, como todos los Monreal, de ojos verdes, piel mate y uñas almendradas, de las que se sentía orgullosa. Durante su vida repitió cientos de veces una anécdota que se volvió una leyenda entre sus hijos y nietos. En la celebración de la despedida de soltera de su querida amiga Cuculí, de La Serena, el novio, sentado junto a su futura señora, hizo un brindis. Levantó la copa y dijo: “Brindo por la mujer más linda y amorosa de La Serena... por Beatriz Monreal”. Hubo caras de conmoción y murmullos por doquier, fue un pequeño escándalo de película. La novia tiró una copa y comenzó a llorar. Miss Spencer aconsejó a Beatriz: “Run, miss Tití, run!” y Tití salió corriendo de la comida. Tití solía decir que le hubiese gustado ser cantante o bailarina y desplegaba su histrionismo en esos relatos que hacían desternillarse de la risa a sus hijos y nietos. Muy inteligente, tenía una habilidad especial para encantar a su audiencia y contar anécdotas en las que ella siempre era la heroína y, sobre todo, la más hermosa. Era pariente de los Monreal Bello, que eran unos genios y su propia genialidad salía en forma de picardía y agudeza. Era ingeniosa, muy ágil mentalmente y encantadora. Y tenía la prestancia y la sofisticación de una dama ante quien no había forma de resistirse.

En esa época de esplendor juvenil, Javier Rivadeneira Palacios conoció a Beatriz Monreal Gallardo en un malón de las Cisternas Holley, una familia muy conocida que hacía fiestas. Tararo vivía entonces en San Fernando y Beatriz, diez años menor, ya llevaba un tiempo radicada en la sociedad capitalina. Él se enamoró de ella y poco tiempo después comenzaron a pololear. A Tití le encantaba contar que la primera vez que salió con Javier Rivadeneira fueron a ver una obra de teatro en que los protagonistas se llamaban Beatriz y Javier. Siempre que salían lo hacían acompañados de miss Spencer como chaperona, nunca salían solos, como indicaban las normas de la época.

Se casaron el 18 de julio de 1925 en la Capilla de San Pedro, una capilla chica que todavía existe en la calle de la Claras 668, que ahora se llama Mac Iver. La única foto que queda del matrimonio de ambos es en esa capilla. En los libros de la familia aparece que se habían casado en San Lázaro, quizás porque la ceremonia la inscribieron ahí, porque era la parroquia del barrio. Tití tenía 28 años y Javier tenía 38, edades inusuales en ese tiempo para casarse. Curiosamente, ese sería un patrón común en los hombres Rivadeneira: casarse más tarde que el común de sus congéneres. Tararo y Tití fueron de luna de miel al fundo de Roma, donde él trabajaba. Según relatos de la Tití, esa noche, cuando bajó del auto, ya con luz de luna, los cuidadores que esperaban a la pareja se hincaron en los corredores de la casa. Extrañada, la Titi les preguntó: “¿Por qué se hincan?”. La respuesta fue: “Porque usted tiene que ser la Virgen María”. Se lo decían por lo linda y resplandeciente que se veía.



Parte de  
matrimonio de  
Tití y Tararo

A la Tití nunca le gustó realmente el campo. No se acercaba a los caballos ni le interesaba ir a ver las siembras o los potreros. Ella era una criatura de ciudad, refinada y culta. Pero se trasladó con mucho gusto a Roma pensando que sería por un tiempo acotado, un año a lo sumo. Su marido le aseguró que muy pronto se la llevaría a vivir a Santiago. Tan presente estaba esa promesa que matricularon a Sergio y a Carmen, sus dos hijos mayores, en colegios en la capital. Pero los pilló la crisis económica de 1929 que, junto a otras circunstancias, fueron postergando año tras año el traslado definitivo a Santiago.

En el intertanto los niños fueron llegando rápidamente, sin pausa, y todos pasaron su primera infancia en el campo. Tití viajaba a Santiago a tenerlos en la casa de su suegra, en calle Vergara 66, como se hacía en ese tiempo,

y luego se volvía a Roma. Sergio Ricardo Javier, el mayor, nació el 20 de mayo de 1926. El 4 de enero de 1928 nació Emma Rafaela del Carmen, la única mujer. El 14 de junio de 1929 nació Ricardo Basilio Víctor, a quien todos llamaban Caduco. Tanto Sergio como Carmen y Caduco nacieron en la casa de la abuela Rafaela, en la calle Vergara. En cambio, a los tres menores Tití los tuvo más cerca de Roma, en La Chaurrina, la antigua casa del tío Pedro Aldunate que ahora se conoce como la casa Lincunlauta, una de las casas fundadoras de San Fernando. Santiago José nació el 2 de junio de 1931, Pedro Fernando nació el 19 de marzo de 1933 y el menor, Francisco Javier, nació el 7 de septiembre de 1938.

Como padres, Tití y Tararo no eran estrictos ni enojones. Ninguno de sus hijos recuerda retos o castigos.

La única regla de Tararo era: “Niños, nunca mientan y respeten a las mujeres”. No había una figura de autoridad que les prohibiera juegos o salidas largas a caballo.

Los seis niños pasaron una infancia dorada en Roma, de enorme libertad, que los unió hasta viejos y que siempre recordaban llorando de la risa cuando se juntaban. Los mayores –Sergio, Carmen y Ricardo– se trataban entre ellos y a los tres menores de “usted”, como se acostumbraba en esa época. En cambio, los menores –Chago, Feña y Panchito– trataban a los tres grandes de “tú”. Un atrevimiento de los más chicos que divertía al resto de la familia.



Jaime Correa,  
Joyce Hogg, Sergio Cuadra,  
Carmen Rivadeneira,  
Mario del Real,  
Nelly Palacios,  
Sergio Rivadeneira,  
Panchito Rivadeneira  
y Feña Rivadeneira.

## Perfiles de los seis hijos Rivadeneira Monreal

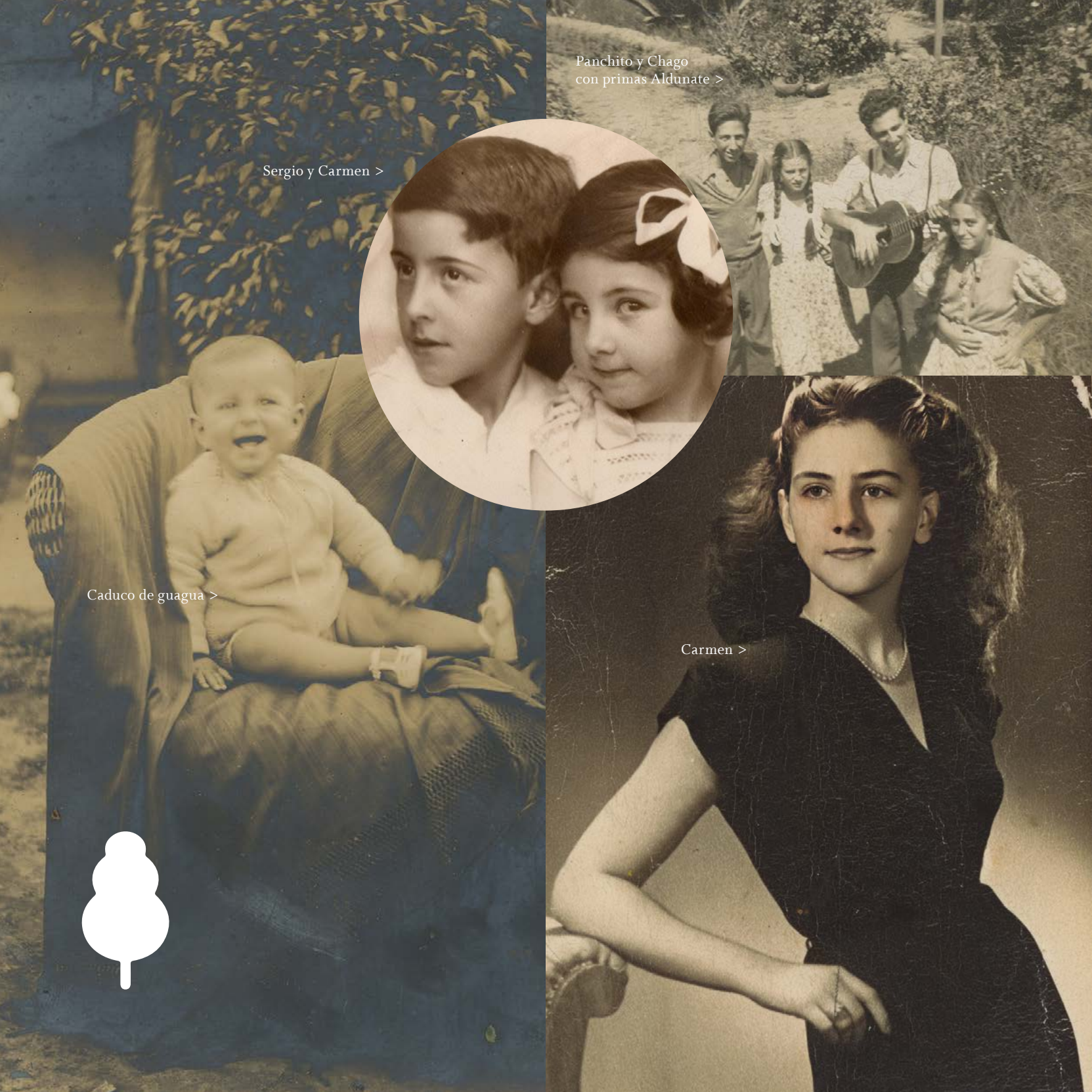
### SERGIO, EL REGALÓN

El hijo mayor, nacido el 20 de mayo de 1926. Era tanta la adoración por este primogénito que cuando nació el segundo, Tití no sacó a Sergio de la pieza. Y probablemente tampoco lo sacó con la tercera guagua. Tití siempre dijo que era su regalón. Era un niño bueno, de buen carácter, generoso, todos lo querían y admiraban. Muy chico lo enviaron a la casa de su abuela materna, Mimí, a estudiar en el San Ignacio. Le gustaba su colegio y tenía muchos amigos. Le decían el Pelicano, porque tenía la mascada salida hacia afuera. Era alto, grande y talentoso para el fútbol, llegó a ser el segundo arquero del San Ignacio, en una época en que el primero era el legendario Sergio Livingstone. Muy capaz y brillante, estudió medicina un par de años, pero dejó la universidad porque Tararo lo mandó a llamar a Roma para que lo ayudara a administrar el campo y tomara su lugar progresivamente, como hijo mayor. En una fuente de soda de San Fernando donde los jóvenes se reunían a tomar bebidas conoció a Gloria Correa, cuando recién había salido del colegio. Comenzaron un romance que fue creciendo gracias a las cartas escritas por Sergio en el tren de San Fernando a Santiago. Al poco tiempo se casaron y se trasladaron a Roma, donde criaron a sus cuatro hijos. Dedicado a la agricultura, se vestía de huaso y se mandaba a hacer camisas sin cuello, estilo Mao. Su muerte prematura a los 37 años fue una tragedia que ensombreció a la familia.

### CARMEN, LA ÚNICA MUJER

Era los ojos de su padre y de sus hermanos. Regalona de su papá, cuando niña lo acompañaba a todas partes, a las Termas del Flaco a caballo o al sur a comprar animales. A los siete años sus padres la enviaron a Santiago para que estudiara en las Monjas Francesas. Vivía en la casa de Mimí, una abuela gruñona que no la dejaba hacer nada. No le gustaba, echaba de menos a su hermano Panchito, al que cuidaba como si fuera su guagua. Todos los días la pasaba a buscar la micro del colegio. Las religiosas le parecían tétricas, pero al menos la monja de Historia también le había hecho clases a su mamá en La Serena, así que le tenía cariño. En las vacaciones de septiembre y de verano volvía a Roma y le encantaba estar allá. Con sus primos subían al cerro Litre, hacían paseos a caballo, era una amazona inigualable, montaba a la inglesa como si hubiera nacido en Inglaterra. Conducía una cabrita para ir a San Fernando y aprendió a manejar auto a los 14 años. Con sus amigas y primas, muy arregladas, pasaban frente al regimiento de los militares en San Fernando, iban a fiestas y bailaban, protegidas por un ejército de primos. No terminó cuarto medio porque las Monjas Francesas se cambiaron a Ñuñoa en su último año y ahí se fueron casi todas sus amigas. Carmen se salió del colegio y se casó a los 19 años. Sus hijos fueron los primeros sobrinos y nietos de la familia, regaloneados por todos. Elegante y sofisticada, ha caminado más de 90 años sobre tacos en Roma, San Fernando y Santiago.





Panchito y Chago  
con primas Aldunate >

Sergio y Carmen >

Caduco de guagua >

Carmen >

**RICARDO, EL ABOGADO SERIO**

Todos lo llamaban Caduco. Como niño era serio y callado. Sin embargo, sostenía que iba a ser presidente y desde chico fue muy habiloso para contestar. Una vez lo retaron por estar jugando en un potrero inundado: “Miren donde está el niño, ¡metido en el barro!”. El se paró, muy digno, y replicó: “Estoy donde debo estar”. Lo internaron en el colegio de los hermanos Maristas de San Fernando y fue el único de los seis Rivadeneira Monreal que adoptó con entusiasmo su férrea disciplina de rezos y estudios. Los últimos años los pasó como interno en los Maristas de Rancagua. Tocaba el tambor en la banda del colegio y era un estudiante destacado. Un día se quedó sin zapatos para ir al colegio y su papá lo llevó con zapatos de huaso y pantalón corto. Muerto de vergüenza, cuando iban a tomar el coche para San Fernando se arrancó. El mayordomo del fundo lo encontró y lo llevó a la zapatería Las Indias a comprar zapatos. Se subía a los árboles más altos de la arboleda y amarraba dos hojas de una palmera para columpiarse con sus hermanos. A los 12 años Caduco se subía a recorrer los techos de la casa y cuando veía al tío Pito y a sus papás en la esquina del corredor, asomaba inesperadamente la cabeza para abajo y sobresaltaba a todos. Ya de grande sacaba su lado payaso con los hijos de Carmen, apoyaba los pies sobre los cuadernos cuando sus sobrinas hacían las tareas o bailaba delante de la tele cuando sus hijos estaban viendo un programa y lo retaban como a un cabro chico. Estudió Derecho en la Universidad Católica, fue un abogado exitoso y cuando hizo el doctorado de derecho penal en Madrid les escribía postales a sus sobrinos. En Europa conoció a Mercedes Hurtado, con

quien se casó y tuvo ocho hijos. Interesado en la política, fue presidente y fundador del partido Renovación Nacional. Su faceta de abogado cosmopolita quedaba atrás cuando volvía a Roma, donde se transformaba en un huaso del siglo XVIII que se calentaba los pies húmedos en el brasero, andaba a caballo y conversaba con los antiguos inquilinos y arrieros con quienes tenía un vínculo de cariño y admiración. En los veranos subía infaltablemente a la cordillera con los arrieros y llevaba a su señora y a sus niños.

**CHAGO, EL ESCRITOR**

Imaginativo, memorioso, le gustaba escribir y a los 8 años se sentaba en el escritorio a redactar un diario de Roma, contando todo lo que pasaba en el fundo, infidencias incluidas, y lo repartía entre los moradores. Jugaba con sus hermanos a que Roma era un país, la capital era Roma, el potrerrillo se llamaba Valencia –por don Vale, el cuidador de esa zona– y elegían a Sergio como presidente y a Caduco como primer ministro. Cuando chico iba al oratorio de la casa a pedirle a la virgen que su mamá volviera luego de sus viajes a Santiago, porque la echaba de menos. A los 9 años estuvo interno en los Maristas y fue el año más triste de su vida. No aguantaba los rezos ni el rigor de estos curas españoles y pasaba llorando. Con su hermano Feña se arrancaban en calzoncillos al potrerrillo de los chanchos para no ir al colegio. Después lo cambiaron al liceo de San Fernando, que era de tendencia radical y masona. Salió con título de técnico en contabilidad y se dedicó a llevar las cuentas del campo. Cuando Sergio se enfermó, se fue a vivir a San Fernando para ayudar. Le gustaba salir con sus





Tití con  
Carmen guagua >



De izq a der:  
Caduco, Tití con Panchito, tía  
Yola con su hijo Alfredo en brazos,  
Ema Gallardo (Mimí), Joyce Hogg.  
Sentadas: Carmen y Marian Hogg.



amigos y apostar en el casino de San Antonio o en el club social de San Fernando, que tiene un trago en su honor llamado El Rivadeneira. En la oficina en que trabajaba conoció a Ana María Arbildúa, se enamoró de ella, se casaron y tuvieron cuatro hijas. Interesado en la política, siempre fue de la Democracia Cristiana.

### PANCHITO, EL CONCHO

Fue el menor de los hermanos. Intruso, divertido, diablo, muy pillo y parlanchín, pasó su infancia alegrando a la familia. Hacía lo que él quería, era muy regalón de su mamá, la pieza de Tití en María Luisa Santander estaba llena de sapitos de lata, soldaditos de plomo y otros juguetitos que le regalaba Panchito. Llegaba con unos cuentos enormes donde su mamá, que le decía: “Ya, ya, después hablamos, váyase para afuera que me voy a vestir”. Su hermana Carmen era su apoderada en el colegio, le firmaba la libreta y lo cuidaba desde chico, ambos se adoraban. Estaba metido en todo, era un tarabilla decía Feña. Cuando Carmen pololeaba se instalaba al medio como el clásico hermano chico metido, aparecía en todas las fotos. Aunque era muy inteligente, era mal portado y lo echaron de varios colegios. A los 15 años, según Feña, pidió que lo matricularan en la escuela militar y ahí comenzó a pololear con Carmen María Ruiz-Tagle, quien sería su primera señora, hermana de un compañero. Lo retaban hartos, pero al final estudió Derecho y fue un muy buen abogado. Tenía un don con los animales y con los niños. A sus hijas les decía que en su pera vivía un enano y les contaba historias de ese enano. En Roma amaestraba lagartijas y los perros saltaban de felicidad cuando lo veían llegar. En su casa tenía monos, lagartos, arañas pollito, pajareras, perros, conejos, gatos y patos. Los niños del barrio tocaban el

timbre para ver este zoológico. Sensible y especial, era fanático de Mafalda y de las canciones de Violeta Parra. Era músico autodidacta igual que Feña y tocaban juntos la guitarra y el acordeón. Tenía mucho sentido del humor y una simpatía innata, a nadie podía caerle mal.

### FEÑA, EL CAMPECHANO

Muy parecido a su papá de aspecto y personalidad, era divertido, sociable, alocado. Estuvo un año interno en los Maristas y no lo soportó. Continuó sus estudios en el liceo de San Fernando y vivía con su tío Jorge Palacios, en la calle Argomedo. Malo para los estudios, pero sobresaliente para la agricultura, terminó yendo a la escuela agrícola de la Quinta Normal en Santiago. Acampado y muy independiente, siempre estaba metido en el campo intruseando y aprendiendo de las distintas siembras. Era el que más sabía de agricultura de sus hermanos. Buen músico, tocaba la guitarra y el acordeón con Panchito en el corredor de Roma. El más campechano, vestido siempre de huaso, pasó su vida en el campo, arraigado a Roma y a San Fernando. Tenía una bondad de niño, una alegría imborrable de su cara pizpireta, era bueno para contar historias y matarse de la risa antes de terminarlas. Presidente del Club de Rodeo de San Fernando, se dedicó a administrar el campo a la muerte de Sergio junto a su querido hermano Santiago. A su mujer, Inés de Amesti, la Neche, la trataba como a una reina y se encargaba de proveer todo, igual que Tararo hacía con la Tití. A su mamá también la consentía y regaloneaba cuando quedó viuda. Le llevaba provisiones del campo y la iba a dejar en auto con todas sus cosas a Viña del Mar para asegurarse de que quedara bien instalada.



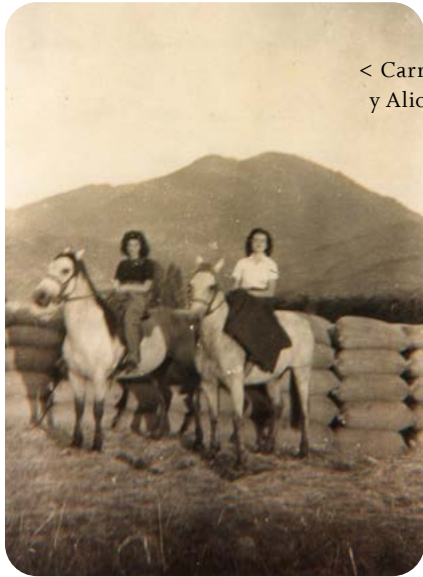
Carmen R, en una yegua llamada Baya >



Carmen y su prima Joyce Hogg, abajo Feña y Panchito >



< Carmen Rivadeneira Monreal y Alicia Rivadeneira Vial



< Se hacían muchas trillas esos años, estos eran los pajales



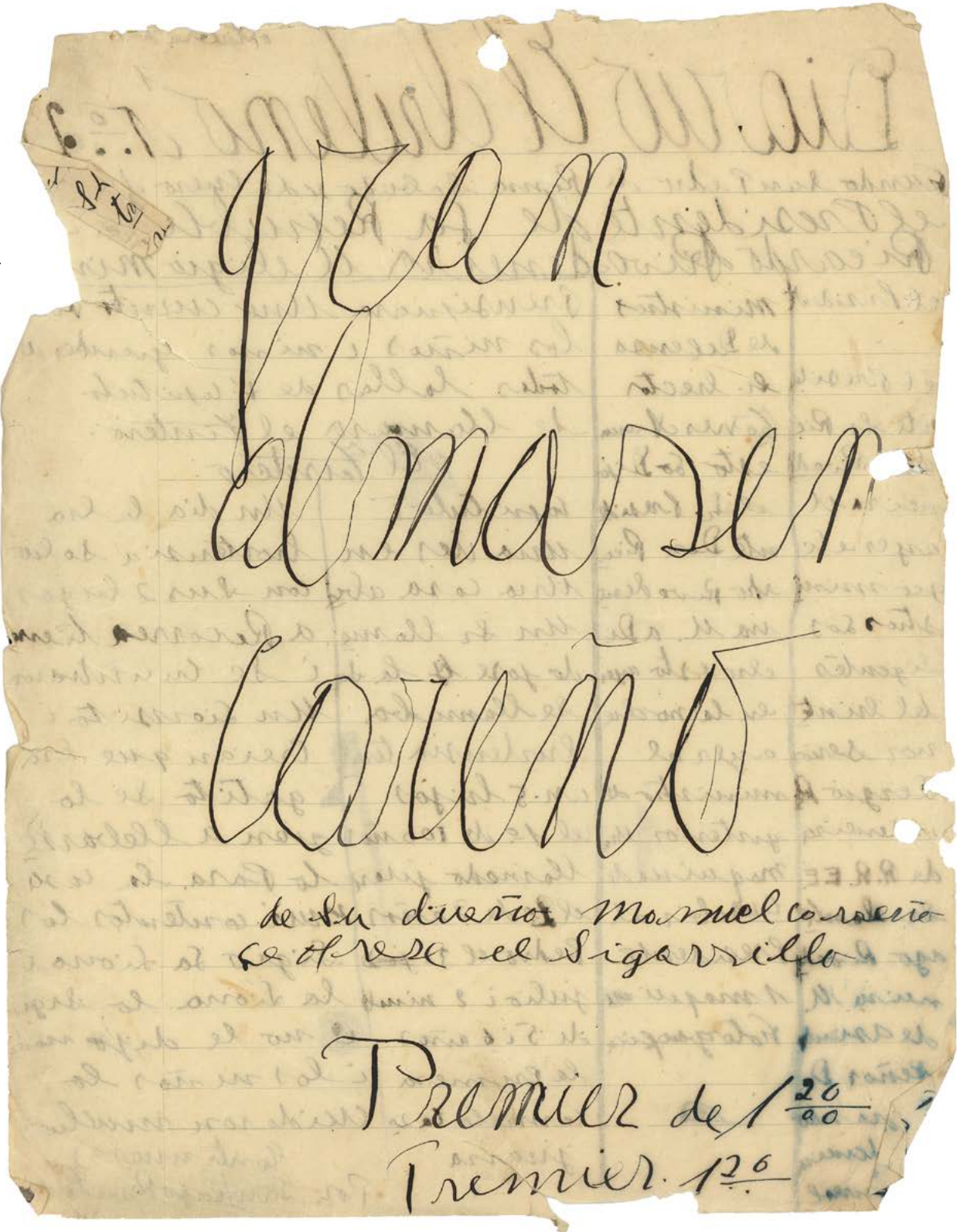
Diario El Chileno T.º 1  
 Cundo San Pedro de Roma Sabado 14 de Enero de 1944  
 el Presidente de la Republica Sr.  
 Ricardo Rivadeneira M eligio ministros  
 el Presidente ministros Presidencia uno cuantos  
 de Defensa los niños i niños grandes  
 el Presidente Sr. Hector todas las cosas de Capitulos  
 de Sr. Ricardo Torres Araya de llamar al Tintero:  
 M. Rivadeneira esto se dijo  
 neira M. el Sr. Presidente  
 ayer el Sr. Presidente  
 no ministro Sr. Ricardo  
 stros dos Sr. M. a D.  
 ligentes el Sr. M. a D.  
 del Sr. M. a D.  
 rior Sr. M. a D.  
 Sergio M. a D.  
 neira M. a D.  
 de R. R. E. E. M. a D.  
 Sr. M. a D.  
 ago Rivadeneira M. a D.  
 neira M. a D.  
 de Araya M. a D.  
 Señores D. M. a D.  
 Fernando M. a D.  
 Rivadeneira M. a D.  
 Monreal M. a D.

Un dia la Srta  
 Hortensia solia  
 con sus 2 hijos  
 a Recorrea tierra  
 i se encontraron  
 Un Sierro i  
 creian que era  
 gatito se lo  
 gion a llevarse  
 lo Para la casa  
 muy contentos los  
 Sigio la Lina i  
 la Lina lo sigio  
 no le dijo nada  
 i los niños lo  
 Uidaron mucho  
 (Continuara)  
 Por Santiago Rivadeneira

Diario escrito por Chago en Roma



Diario escrito  
por Chago  
en Roma



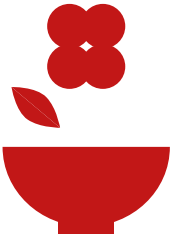
Tío Sergio y Tía Gloria >



< Carmen y Tararo



< Feña y Neche







Panchito y Carmen >

< Caduco y Merce



< Chago y Ana María



De izq a der: Caduco, Maritxu Aramburu, Tit'y y Chago en el día del matrimonio de Chago con Ana María Arbildúa A. >

< De izq a der, Tararo, Rosa Serrano de R-T, Tití y Panchito



Aunque la casa de Roma distara mucho de ser palacio, Tararo trataba a Tití como a una princesa. Se llevaban muy bien. Él se mataba de la risa con su señora y ella adoraba a su marido. Era cariñosa y atenta con él, pero no melosa. Hacían una buena dupla. Tararo era un marido a la antigua usanza que se encargaba de todo. De la mantención de la casa, de llevar a los niños a los colegios, de comprar todo lo que hiciera falta en la casa, desde las sábanas y los cubrecamas hasta los muebles y las alfombras y las enaguas y los calzones de la Tití. Como esas familias de antes, en que el papá hacía todo.

Para la Pascua le regalaba cajas con camisas de dormir y ropa interior de seda. La Tití era muy regalona, le gustaba que la atendieran y ser el centro de las miradas. Se complementaban bien porque su marido la consentía, siempre quiso darle lo mejor y mantenerla contenta, y ella se dejaba querer y cuidar.

En la casa tenían niñera, cocinera, un empleado que se preocupaba de cuidar las hortalizas y otros trabajos de mantención de la casa, una niña de mano (encargada de las labores domésticas que no fueran cocinar, como limpiar, sacudir, hacer camas) y una lavandera, por lo tanto a Tití no le tocaba hacer labores pesadas. La Menchu, su niña de mano, la peinaba, la arreglaba, le sacaba la ropa que se iba a poner ese día y las fajas que se usaban entonces, que se apretaban con cordelitos. Le preparaba el baño, como a una doncella. Le gustaba que le hicieran todo. Más tarde, cuando se murió su marido, tuvo a

todos sus hijos hombres a su alrededor preocupados de ella de forma permanente y atendiéndola.

Jamás la vieron agarrar una escoba ni subirse a un caballo, pero sí le gustaba dirigir y ser tratada como la patrona. Ella decidía lo que iban a almorzar los niños y los adultos, y daba las instrucciones pertinentes. En la mañana una empleada le traía una bandeja con el desayuno a la cama y un brasero para entibiar la gélida habitación si era otoño, invierno y hasta primavera. Después se ponía un delantal y sacudía los enormes faroles que colgaban de los corredores de Roma. Le encantaba caminar por los corredores con un matamoscas, sentarse a conversar y luego tocar el piano en el escritorio. Se tendía a dormir siesta después de almuerzo. Siempre estaba con jaqueca y se acostaba a dormir con unas papas cortadas en rebanada amarradas con una media, una a cada lado de la sien. En la tarde recibía la visita de amigas y señoras de otros fundos que venían a verla y se instalaban a conversar con una taza de té y a armar mesas de póker. Si no había visitas, se sentaba en la punta del comedor con sus hijos mayores y les enseñaba a jugar canasta y carioca.

A sus guaguas les dio leche hasta grandes. Tití decía que su hijo Feña estuvo colgado de la pechuga hasta los 5 años, cuando nació Panchito. Ella no peinaba ni les daba desayuno a los niños, la niñera se encargaba de eso. Lo que sí le interesaba era que estuvieran bien vestidos. Tenía una máquina de coser a pedales con la que les hacía vestidos a su hija y camisas a los niños hombres. Com-

praba géneros y se las hacía. Cuando la sacaba de su caja, don Tararo decía “¡Ay, va a llover, sacaron la máquina!”.

En ese tiempo pasaba un camión que vendía cosas como azúcar, calugas, ropa y géneros. Tití compraba creas, un género amarillo duro para hacer las sábanas. También les compraba calzoncillos a los niños, que se rompían rápido por las corridas a caballo. Tití alegaba: “¡Por Dios, estos niños parece que tuvieran dientes en el pote!”.

Era cariñosa con la gente del campo y se encargaba de que tuvieran acceso a ropa, colchones y abrigo. Cuando se acercaba diciembre se preocupaba de llevarles regalos a toda la gente del fundo. Muy religiosa, ponía flores en el oratorio del fundo y se preocupaba de que se mantuviera limpio y arreglado. Rezaba el mes de María con todos los trabajadores en el oratorio y hacía una misa de navidad en que repartía regalos a todos los hijos de los inquilinos. Antes de acostarse, los niños y las niñeras tenían que rezar el ángel de la guarda y tres aves Marías y no se movía de la pieza hasta que lo hicieran.

Tití era muy divertida. Aunque vivir en el campo no fuera su situación ideal, siempre se la veía contenta y sonriendo. Contaba cuentos, decía refranes y trabalenguas. Tenía dichos de una sabiduría particular que sus hijos y nietas siguen repitiendo de memoria: “Boca, vuélvete botón”, para no hablar mal de nadie. Inventó una poesía que decía: “Cumpliste los 50 años lindísima mujer, bájate los vestidos que ya no hay nada que ver”. Era distinguida de facha, siempre regia, con las uñas cuidadas y las manos encremadas. Se hacía unas mes-

colanzas con leche de las vacas y las hierbas que tenía a mano en Roma. Cuando estaba en Santiago iba a la pe-luquería y compraba partituras nuevas, porque su gran entretención en el fundo era cantar y tocar el piano.

La vida social era muy importante para Tití. Ella escaneaba la zona buscando amigas con quien jugar canasta o póker. Sabía perfectamente quién, tres campos más allá, tenía auto y podía llevarla a ella y sus amigas a tomar una bebida a San Fernando. A veces convidaba a sus amigas serenenses a Roma, como las Aguirre Edwards. Y sus hermanas iban muy seguido de visita, eran tan simpáticas y alegres como ella y buenas también para jugar ajedrez y canasta. Permanentemente estaba con las antenas paradas en dirección a las novedades. Cuando llegaba alguna familia nueva a veranear al campo, Tití inmediatamente los invitaba a tomar té a la casa, para que sus niños conocieran a los hijos de la gente que había llegado. Era acogedora con los recién llegados pero también estaba preocupada de que sus hijos no fueran brutos y tuvieran roce social. Ella les inculcó que no se quedaran en el puro campo, que estudiaran y fueran profesionales.





Tararo >

## Tararo como patriarca en Roma

Don Tararo era de costumbres sencillas y muy acampadas. Se sentaba a tomar desayuno en el corredor, afuera de la pieza de Tití y Carmen, muy temprano. Salía a las siete de la mañana a dar instrucciones a los trabajadores del campo. En una mesa con dos sillas le llevaban la bandeja con los jarros de leche, teteras enlozadas con agua caliente y hojas de té, junto a marraquetas tostadas, mermelada, quesillo y mantequilla. El pan y la mantequilla lo compraba en San Fernando un trabajador llamado Tuco Gómez, porque don Tararo no comía cosas pesadas para el estómago, solo marraqueta. Mientras tanto, Tití estaba acostada. Solo se levantaba temprano cuando tenía que coser.

A sus niños les transmitió el valor del trabajo y la honradez. Y una costumbre que su hijo Feña siguió hasta el día de su muerte: si uno usa la tina o el lavatorio, debe dejarlo limpio y secar lo que quedó mojado.

A Tararo todos los días había que darle cazuela de vacuno. Después de almuerzo, se iba a dormir siesta con una taza de té puro. En Santiago, para ir al Club de la Unión, se vestía con calcetines con liga, calzoncillos largos blancos, suspensores, relojes. En Roma usaba una chaqueta blanca de huaso elegante, unas botas con espuelines y salía con un sombrero cucalón o una chupalla.

Todos los días daba instrucciones a su gente y recorría el fundo a caballo. Se fijaba en que todo estuviera bien

hecho. Como agricultor le gustaba tener de todo un poco. Criaba muchas aves y también chanchos. En el patio de atrás de la casa tenía un palomar con muchos cajones y puertas chiquititas para que se criaran las palomas y no estuvieran en el techo. Una vez al año iba a la cordillera a caballo a ver animales allá arriba. Era una zona de baqueanos y con una gran variedad de fauna salvaje. En esa época los huasos hacían concurso de laceo de cóndores y cazaban pumas.

Cuando llegaba de vuelta de su cabalgata, había que sacarle las botas y quitar las espigas de trigo que se le metían en el pantalón. A veces salía en su auto para hacer alguna diligencia a San Fernando. Los niños decían que cuando encendían el auto del papá, el motor partía con el sonido “tararo, tararo, tararo”. Y cuando tocaba la bocina sonaba “titi, titi, titi”. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial la familia dejó de usar auto porque había escasez de bencina y de neumáticos. En ese tiempo se iban a San Fernando en una cabrita, un coche tirado por dos caballos.

Tararo era muy simpático con los niños y bueno para cantar zarzuelas y rimas antiguas de campo. Iba a la pieza de su hija Carmen y su prima Alicia cuando eran chicas y les cantaba: “Había una rubia y una morena, hijas del pueblo de Madrid...”. Carmen era morena y su prima era rubia. Para levantar a los niños de la cama les recitaba “Vamos a ver por qué llora esta mujer.

Arriba limón, abajo laurel”. Era muy bueno para conversar, pero si lo interrumpían en una conversación le daba una rabia atroz.

Fumaba, pero nunca compró cigarrillos. Le pedía cigarrillos a su hermano mayor, que era muy fumador. Pito le pasaba la cajetilla, pero con dos dedos tapaba la abertura y le dejaba sacar uno solamente. De lo contrario, Javier era capaz de meter la mano y sacar ocho cigarrillos de un zarpazo.

En los días de pago Pito se sentaba en un escritorio chico que tenía y se ponía a pagar a los trabajadores, uno por uno, en efectivo. Llegaba, por ejemplo, don Vale y le preguntaba: “¿Cuántos días tiene usted, don Vale?”. “Seis días”, respondía. Entonces Pito reclamaba: “¿Cómo que seis, si uno estabai curao?”. Don Vale se corregía: “Cinco días, patrón”. Si los inquilinos habían pedido adelanto y les llegaba poca plata salían amargados para afuera. Había muchas cantinas alrededor del fundo, como la de Carreño. Ahí se gastaban la plata los hombres del campo.

Tenían un campo con muchas siembras y animales y les iba bien, lograban crecer y vivir del campo, pero de forma sencilla. A Tararo le gustaba la ópera, por ejemplo, pero no era de viajes ni de gustos caros. Ni Pito ni Javier fueron tomadores. El momento en que gastaban plata más generosamente era cuando había rodeo en San Fernando, que era toda una tradición. En estos eventos se juntaba plata para causas benéficas de los inquilinos y a ambos hermanos les pedían

que prestaran vacunos para correr el rodeo. El tío Pito, con todo lo austero que era, durante el rodeo tenía una mesa reservada para él y su familia. Sus hijos y sobrinos podían ir a esa mesa, pedir una bebida o un plato de comida y después Pito iba el lunes siguiente y hacía un cheque por todo lo consumido. Ese era el momento del año en que no reparaba en gastos.

Don Tararo era un hombre preocupado de lo público y militaba en el Partido Liberal. Durante ese tiempo la hacienda Roma era una comuna y el fundo Roma era la capital. Tararo fue alcalde de Roma durante el primer período del presidente Carlos Ibáñez del Campo, entre 1927 y 1931. Era un título ad honorem, porque las municipalidades rurales eran muy pobres. Él se preocupaba de construir y arreglar caminos, que eran pésimos. Contrataba gente para arreglar el camino de Roma a San Fernando y el camino de Agua Buena y el de Puente Negro. También quiso ser diputado por el partido liberal, pero don Ladislao Errázuriz le ganó la candidatura.

### LA CRISIS DEL 29 Y EL ÚLTIMO REGRESO DE LOS ABUELOS A ROMA

Desde el diagnóstico de la enfermedad del abuelo en 1913, Javier Rivadeneira Baeza y Rafaela Palacios vivían en la calle Vergara. Pero la depresión mundial del 29 golpeó a Chile con una recesión económica salvaje. Ante la incertidumbre y escasez, los abuelos paternos cerraron la casa de Santiago y se volvieron a vivir a Roma. En ese tiempo, el fundo se transformó en un refugio para parientes en crisis, que de forma permanente se deja-

ban caer y se quedaban de allegados. También en esa época acogió a la tía Hortensia, una hermana de Rafaela casada con un gringo que se volvió en barco desde Estados Unidos con todos sus muebles y baúles para vivir en la casa patronal. Todos se iban acomodando en las distintas piezas de la casa.

La tía Hortensia no dejaba que sus sobrinos nietos Sergio, Carmen y Ricardo pasaran corriendo por el corredor, porque ella tenía un helecho grande y no quería que se lo dañaran. Los tres niños la iban a aguaitar cuando se levantaba y a intrusear cómo se vestía con esa ropa tan curiosa que sacaba de sus baúles.

Los tres niños mayores eran inseparables hasta que a Sergio lo mandaron a los 8 años a estudiar a Santiago. Cuando volvió a Roma, Caduco, que tenía 4, le preguntó a su hermano cómo era Santiago. “Mire, todas las calles son así”, dijo Sergio, tocando las baldosas de cemento del corredor. Caduco no podía entender cómo era posible que todas las calles estuvieran pavimentadas, porque en San Fernando era todo pura tierra.

Otra anécdota que sobrevive de esos años es de la primera visita que hicieron Tararo y Tití con los niños al Zoológico de Santiago. A Caduco le encantaba contar que cuando entraron, con sus hermanos salieron gritando despavoridos por este animal que tenía cola por los dos lados y que era el elefante.

La llegada de los abuelos paternos también fue un evento para los nietos Rivadeneira Monreal que estaban fascinados por los tatas Javier y Rafaela, que aportaron sus antiguas costumbres y sus canciones.

El abuelo caminaba apoyado en un palo delgado, más parecido a una varilla que a un bastón. Nunca almorzó ni comió en el comedor, sino que afuera, en el corredor. La abuela Rafaela le llevaba comida afuera.

DON TARARO ERA UN  
HOMBRE PREOCUPADO  
DE LO PÚBLICO Y  
MILITABA EN EL  
PARTIDO LIBERAL.  
DURANTE ESE TIEMPO  
LA HACIENDA ROMA  
ERA UNA COMUNA Y  
EL FUNDO ROMA ERA  
LA CAPITAL.

Javier Rivadeneira  
Baeza >







Rafaela Palacios >

Pese a su enfermedad al hígado, a sus más de ochenta años se devoraba unos platos repletos de grasa y frituras.

Feña recordaba haber visto de muy chico a su abuela Rafaela en la cocina haciéndole un huevo frito a su marido en un sartén mientras cantaba el Vals del Estudiante:

“Yo por ti no voy a la escuela  
Yo por ti no voy a estudiar  
Yo por ti no voy al colegio  
Y es por ti que no soy colegial...”

Feña iba con frecuencia a la pieza de sus abuelos, porque era regalón de la abuela Rafaela. Se metía a intrusear en sus veladores, que tenían una parte donde dejaban la bacinica y justo al lado guardaba unas cajitas de galletas.

Hasta que en 1938 el abuelo Javier Rivadeneira se enfermó de pulmonía. El doctor Sepúlveda, su viejo médico de cabecera, lo iba a ver y esta vez sí lo desahució. Se murió en abril de ese mismo año. Sus tres hijos, Pito, Tararo y Alberto, siguieron trabajando sus tierras, que ahora se llamaban “Sucesión Rafaela Palacios de Rivadeneira”, porque fueron heredadas por la abuela Rafaela. Cuando se murió el abuelo Javier, su nieto Caduco se fue a dormir a la pieza de la abuela Rafaela, para acompañarla. Hasta que una noche, en 1941, la abuela se levantó a tomar una pastilla, se quedó dormida y se murió en la noche. Caduco despertó en la mañana y estaba la Rafaelita muerta en la cama de al lado. Lo sacaron volando de la pieza.

En muy poco tiempo la familia sepultó a tres muertos muy cercanos y queridos. En septiembre de 1941 murió la tía Hortensia y en diciembre del mismo año se murió la abuela Rafaela. Dos meses después, en febrero de 1942, falleció el tío Alberto, muy joven, de un cáncer a la garganta. Antes de morir, Alberto les pidió a sus hermanos que le dieran su parte del campo antes, para dejarle herencia a su único hijo, Javier. Alberto y su hijo se quedaron con el fundo Pelequén. Se dividieron en muy buena lid, sin conflictos. Y siguieron juntos los hermanos que quedaban vivos, Pito y Tararo, en la misma sociedad y bajo la misma lógica de solidaridad mutua que habían acordado décadas atrás con su padre.

## La abuela Mimí en Santiago

Luego de enviudar de su marido en 1928, la abuela materna Ema Gallardo González, a la que llamaban Mimí, vivió en el segundo piso de Dieciocho 537, que era una de las calles principales de Santiago, con casas de ensueño. Estaba ubicada frente al palacio Cousiño, pero un poco más al sur. Era una casa en alto, en el segundo piso. En el primer piso vivía el dueño y su familia y el segundo era para renta, un diseño común en esa época. Para la crisis del 29 también se fue a vivir un tiempo corto a Roma. Luego volvió y vivió en su casa hasta que murió en 1952. Sus nietos Sergio y Carmen vivieron con ella cuando se fueron a estudiar al colegio en Santiago.

Era una señora muy mandona y divertida, peinada con un sombrero con un alfiler grande atravesado y un velo. Salía a la calle Dieciocho y doblaba por Castro para tomar el transporte público que tú vives en segundo piso, no me atrevo a subir”. Mimí le contestó con altivez: “Ay, sí, vivo en segundo piso. Pero no en un palomar como vives tú”. En otra ocasión, de una de las casas vecinas iba saliendo un caballero en uno de los pocos automóviles que había en el barrio y tocaba insistentemente la bocina para que le abrieran. Harta del ruido, Mimí lo increpó: “¡Ay, Dios! ¿No ha tenido nunca auto que toca tanto la bocina?”.

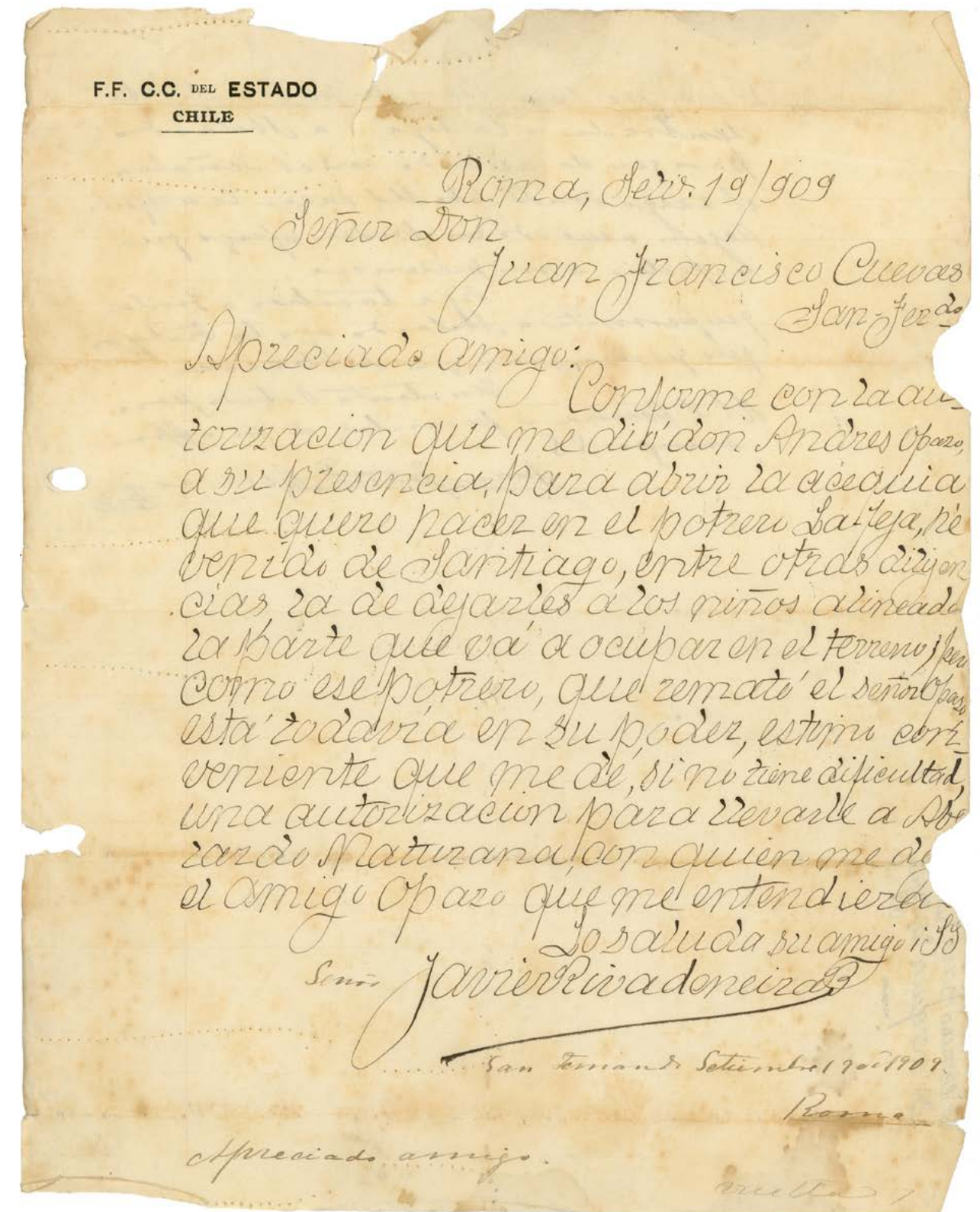
De ella seguramente sacó Tití sus aires de princesa y las historias de grandeza. La abuela Mimí contaba que una vez que ella se enfermó estando en La Serena, se vino a Santiago en El Canela, el avión presidencial que Gabriel

González Videla adquirió en 1946. La mandó a buscar en avión, porque una persona de su alcurnia no se venía en micro. Era buena persona, pero muy estirada. Le gustaba jugar canasta, como a sus hijas. Una vez Mimí acompañada de una hermana fueron a una fiesta de beneficencia del Hogar de Cristo. Llegaron tarde y al entrar lo primero que escucharon fue: “¡No puedo creer que las hermanas Monreal todavía están vivas!”.

< Tití y Tararo en el matrimonio de su hija Carmen



Carta de puño y letra de Javier Rivadeneira Baeza >







Tití, su hermana  
Florencia y  
Carmen Rivadeneira  
Monreal

## El mundo extinto y encantador de Roma

Desde 1925 hasta 1948 don Tararo y Tití vivieron en la antigua casa patronal de Roma, postergando una y otra vez la promesa inicial de trasladarse a Santiago. Fueron años inolvidables para sus seis hijos, llenos de anécdotas de infancia y de tradiciones de campo hoy casi extinguidas.

La casa en la que vivían los Rivadeneira Monreal en Roma era de arquitectura colonial, construida en adobe, con jardines interiores rodeados de corredores largos, sostenidos por pilares de más de 200 años de historia. Originalmente tenía un torreón que se vino abajo con el terremoto de 1939. Estaba dividida en dos partes. Una era habitacional, en ella estaban las piezas, la cocina, el repostero, un comedor de diario, el salón y el comedor. Era un espacio grande, de cerca de 300 metros cuadrados, unido con corredores con pasadas hacia los patios. La otra mitad de la casa era para el trabajo del campo: los patios de servicio, donde vivían y trabajaban los empleados de la casa; los galpones donde se guardaban sacos, monturas y herramientas; los graneros que almacenaban trigo hasta el techo y donde los niños Rivadeneira jugaban a saltar de un fardo al otro. Era una casa donde convivía la rutina familiar y la cotidianeidad del trabajo del campo.

Toda la casa estaba estructurada en corredores, no porque se viera bonito, sino porque eran funcionales a la vida del campo. Guarecían de la lluvia, permitían alma-

cenar cosechas, criar pollos, chanchos y palomas. En definitiva, eran corredores de trabajo. En ellos extendían el trigo o el maíz para que se secaran, se limpiaban los porotos, se cosían los sacos. Durante el día siempre había gente trabajando. La vida de la familia ocurría junto a las labores de los trabajadores. Los hijos y nietos de Tararo y Tití se sentaban a coser los sacos de trigo con los inquilinos o a tomar mate con los arrieros que paraban a descansar en esos mismos corredores.

Tararo tenía un escritorio que daba al corredor. Era una de las piezas más bonitas de la casa, con un mueble escritorio con documentos, libros contables, plumas y el tintero para escribir. En él hacía los pagos a los trabajadores. Había libreros con puertas de vidrio con los libros de Tití y estaba su piano con un taburete donde se sentaba a tocar. En esa pieza Tití empezó a hacer hoyos, porque cuando iba gente a alojar decían que había una luz que brillaba de noche. La gente del campo decía que la luz significaba que había tesoros, monedas de oro escondidas que resplandecían. Corrían varias historias de personas que enterraban monedas de oro y los niños solían ir al cerro a los lugares donde les decían que aparecía un brillo y hacían hoyos.

El comedor era enorme, con una gran mesa donde se sentaban los padres, los abuelos y en verano también los primos, tíos y amigos que venían a veranear en Roma.



Vistas de la casa  
de Roma

Los niños jamás almorzaban con los grandes, había una mesa aparte para los seis niños Rivadeneira y para sus primos o amigos.

Las piezas donde dormían eran altas, grandes y heladísimas, con orientación sur. Estaban en el corredor exterior, con vista a los jardines. En la esquina estaba la habitación de Tití y Tararo, luego venía la pieza de los niños, un dormitorio grande para los alojados, la pieza de la abuela y la pieza de la tía Hortensia Palacios. Todas tenían trabas en las puertas, porque a Tití le daba miedo el campo.

Cuando los niños eran chicos dormían todos en la misma pieza, al lado de la habitación de sus padres. Las camas eran de bronce, con perillas, y las ventanas miraban a la arboleda. Carmen, la única mujer, tenía pieza propia que compartía con las primas que venían de visita o con parientes que se instalaban a vivir durante un tiempo en esta casa que acogía a todos los familiares en periodos de crisis.

Había un jardín muy florido frente a la casa, de diseño cuadrado, con chamomilla y abundantes camelias que se veían desde las habitaciones del primer corredor. Las camelias eran típicas de Roma y don Tararo las cuidaba como si fueran un tesoro. No dejaba que las cortaran para adornar floreros salvo en ocasiones muy excepcionales.

También había una arboleda muy bonita que proporcionaba profusamente frutas que hoy son difíciles de encontrar. Tenía árboles de lima, cuyo fruto era un limón más dulce y grande que el limón corriente. Había también

araucarias, parrones, granados, nísperos y ciruelas. Había varias corridas de caquis, de unos naranjos que daban unas naranjas muy buenas y de higueras. También unas variedades de duraznos que han ido desapareciendo, como los duraznos tomates, de color rojo, y los duraznos betarraga. Destacaba una palmera enorme, muy antigua, a la que los niños se trepaban para amarrar las ramas más largas y usarlas como columpio.

Un pedazo de la arboleda tenía una huerta para el consumo de la casa, con tomates, espárragos, ajíes, lechugas, repollos, coliflores y otras verduras. Tararo les daba como misión a sus hijos cuando eran chicos que fueran a regar el huerto en las tardes y a limpiar el corral de los chanchos. Los niños se entretenían con esas tareas. Al fondo de la casa estaba el gallinero, que era enorme y con un buen espacio para criar los chanchos. Don Tararo los cebaba para venderlos y tener plata para sus gastos.

Antiguamente ese potrerrillo alojaba gente que venía en carreta desde lugares lejanos como Chillán. Largaban los bueyes y ellos dormían en esa pieza. Por eso era un espacio abierto, para dar posada. Al día siguiente los viajeros seguían su rumbo.

En una esquina del corredor, a la salida de la pieza de Tararo y Tití, estaba el punto de encuentro de la familia, donde pasaban la tarde conversando o jugando canasta después del trabajo, sentados en sillones de mimbre de Chimbarongo y en escaños de madera, mirando el jardín. Don Tararo se instalaba con un sombrero para no enfriarse. Había dos sillones con cojines que eran los más





Sergio y Caduco



Viaje a El Rincón,  
Santiago Rivadeneira M.,  
Fernando Rivadeneira M.,  
Alicia Rivadeneira Vial.,  
Carmen Rivadeneira M.,  
Luño Rivadeneira Vial



Alicia Rivadeneira,  
Carmen, Feña y  
Panchito (los tres a  
la derecha), el resto  
desconocidos





cómodos y que todos se peleaban. A veces salían a caminar hacia el lado del cerro o visitaban al tío Pito y a Anita, su señora, que vivían en un fundo vecino.

A la vuelta del oratorio había un corredor que, según relatos familiares, fue construido por don Pedro Rivadeneira, el abuelo de Tararo y Pito, para irse caminando por el corredor hasta el cerro que rodea la casa. En el cerro había un sendero que disfrutaban recorrer porque era como un jardín natural, con piedritas, musgo, arbutos y muchos árboles.

Frente a la casa se amarraban los caballos a los árboles, se dejaban las carretas que se usaban para traer el trigo y se les sacaban la trinca a los bueyes, que se descarrilaban contra un pino para rascarse y lo dejaban hecho un desastre. Varias generaciones de niños Rivadeneira jugaron al balancín con las carretas que quedaban ahí paradas.

Después de las piezas donde vivía la familia, estaban los corredores y patios interiores de la casa, donde estaba la ropa colgada y se mezclaban los trabajos propios de la casa y del campo. Había varios graneros donde se dejaban las monturas y se guardaba el trigo y las cosechas. Sergio, Carmen y Caduco se subían a las montañas de trigo y se tiraban para abajo hasta que un día la abuela Rafaela le puso candado al granero y los dejó encerrados como castigo.

Otro lugar prohibido para los niños era una pieza donde estaba la bodega. Estaba lleno de muebles y baúles grandes que la tía Hortensia se había traído de Estados

Unidos. A Carmen y a sus amigas les encantaba meterse ahí a intrusear, a abrir esos baúles y a probarse ropa antigua de la tía Hortensia.

Había una parte muy antigua de la casa llamada el Alambique. Era una especie de taller en donde arreglaban los tractores, se guardaban las monturas, los porotos y los trigos.

En uno de los corredores había un corralcito para las cabras. Durante el día se soltaban en el cerro y en las tardes bajaban y se guardaban en el corral. Adentro tenía una piedra de sal que los animales chupaban, porque necesitan minerales.

Durante un tiempo Tararo tuvo ovejas y en la casa había un lugar para bañarlas. Era un recipiente grande y largo lleno de agua con creolina, un desinfectante muy hediondo. Después hubo que venderlas, el cerro de Roma no es apto para ovejas, porque tiene árboles y se enredan. Y en la cordillera también era peligroso porque salía un pasto llamado coirón, que es como una lechuga, pero después se pone duro y si uno se cae encima, se clava y a las ovejas les rompía los ojos. Mandaban 120 ovejas los domingos a San Fernando porque la feria era el lunes. Era fregado, porque había que esquilárselas y era necesario tener a una persona en el potrero donde se largan, porque las ovejas trasquiladas tienen una maña: se empiezan a subir una arriba de otras. Y si se las deja hacer, el asunto puede terminar con un montón de ovejas ahogadas. En Roma las tuvieron un año como negocio, las engordaron y las vendieron.

### LA COCINERA DEL GENERAL BAQUEDANO

La cocina era un espacio enorme y oscuro que no parecía haber cambiado un ápice desde el siglo XIX. Estaba al fondo de la casa, en el tercer patio. La cocina era a leña y era tan grande que se alimentaba con leña de cuenta, que son los palos grandes sin cortar, de un metro veinte de largo. Se metían los leños enteros y el fuego pasaba encendido día y noche. A veces la cocinera salía a ver la hora en una piedra en el patio. Era una piedra donde afilaban los cuchillos y, según donde estaba la sombra del sol en la piedra, sabía si era tarde o temprano para almorzar o servir la comida. Tenía horno para amasar, al lado había un caldero y de ahí se sacaba agua caliente en la mañana para el té o para llevarle una tetera a don Tararo para que se afeitara.

Para cocinar se compraba la carne y los lácteos todos los días, porque no había refrigerador. Tuquito, el cartero del fundo, iba todos los días a caballo a San Fernando a comprar el diario, llevar cartas al correo y buscar hielo. Traía unas barras inmensas de hielo que duraban dos o tres días y se dejaban en unas cajas parecidas a un ataúd. Se forraban por dentro y en ellas se guardaba la comida sobre una tela especial.

La cocina era el territorio de una de las trabajadoras más legendarias de Roma: doña Delia Pérez, la cocinera y dulcera de la casa. Una señora ya anciana, eterna y bajita, cuyo mayor orgullo era haber trabajado en su juventud para el general Baquedano. Porque resulta que los Rivadeneira estaban relacionados con la familia Baquedano por el lado de los Palacios. Cuando Chago era chico y más bajo que ella, su gran aspiración era pasar a la Delia. Ella era la mamá de Ñunguito Maturana, el mayordomo del fundo, y abuela o pariente de gran parte de los inquilinos de Roma. Usaba palabras extintas como “misia” y se arropaba siempre con un chal. Los huasos del campo la llamaban Oña Elia. No caminaba por los corredores, porque decía que era una falta de respeto a los patrones. Hacía un rodeo por el patio de tierra para entrar a la cocina.

Tantos eran sus escrúpulos que una vez que Delia se enfermó, Feña la fue a buscar a la casa de un hijo. La señora no se quería subir al auto, aunque llovía a chuzos. “Cómo me voy a subir al auto del patrón”, rezongaba. “Pero si él la manda a buscar, doña Delia, suba no más”, trataba de convencerla Feña.

FRENTE A LA CASA  
SE AMARRABAN LOS  
CABALLOS A LOS  
ÁRBOLES, SE DEJABAN  
LAS CARRETAS QUE SE  
USABAN PARA TRAER  
EL TRIGO Y SE LES  
SACABAN LA TRINCA  
A LOS BUEYES, QUE  
SE DESCARRILABAN  
CONTRA UN PINO  
PARA RASCARSE.



Tití le tenía mucho cariño y cuando se sentaba con su máquina de pie a coser delantales decía: “A la Delia le voy a hacer un delantal con los bolsillos bien grandes, porque la Delia es muy mañosa”. Se los cosía de color olivo, que era el color que le gustaba. Ella protegía su dominio sobre la cocina. Se sentaba al lado del horno a leña a pelar papas y daba un paletazo al que le tocara una. Parecía eterna, pero se murió de 104 años en el fundo.

Una anécdota clásica de la Delia es de un verano en que Mimí, la mamá de Tití, trajo a Roma a una nana que venía con ella y que encontró que la cocina era una mugre porque ella había trabajado en una casa que parecía un palacio, con refrigerador y hielera. La mujer empezó a alegar y le reclamó a la Delia: “Es que yo estoy acostumbrada a la gente-gente”. La Delia le respondió con sorna: “¡Qué va a estar acostumbrada a la gente-gente! Usted está acostumbrada a los nuevos ricos. Yo trabajé con mi General Baquedano”.

Para más remate, Delia Pérez era una repostera experta que hacía dulce de membrillo, mermeladas y manzanas, peras e higos deshidratados. Sabía hacer manjar duro, unos bloques de manjar que se van batiendo con yemas de huevo hasta que se nota el fondo de la olla. En el verano hacía miel de melón que preparaba dejando el melón maduro estilar formando un hilito dentro de una bolsa con azúcar. Panchito, el hijo menor, aprendió también esta técnica de Delia y más grande hacía frascos de miel de melón para poner a los postres. La señora Delia pasaba tardes enteras revolviendo una paila enorme para hacer manjar blanco. Cuando estaba listo, Tití lo echaba

en frascos de conserva, mientras los niños estaban parados alrededor. Todos gritaban “¡hagámosle un bravo!” y aclamaban “¡bravoooooooo!” hasta que la Delia les pasaba la paila para que la cucharearan a gusto.

La cocina tenía una mesa enorme y no faltaba gente que llegaba a almorzar, sobre todo los arrieros de la cordillera y otros forasteros de paso. Muy seguido venía un hombre montado en una mula con una campanita que anunciaba su llegada y detrás de él venían todos los burros cargados de leña de la cordillera. Dejaba varias cargas para la cocina y para calentar el agua del baño.

Delia hacía olladas de porotos todos los días, porque siempre había al menos tres o cuatro personas extra almorzando, además de todas las trabajadoras domésticas, que eran una empleada para Tití, una empleada para los niños, una mucama o niña de mano que hacía las camas y el aseo, otra que servía las mesas y la cocinera, que era la Delia.

Había un señor que barría el parque y mantenía el jardín, otro que sacaba la basura, otro que ayudaba a limpiar. La casa y sus jardines lucían impecables siempre. Al amanecer, ese mismo trabajador prendía los braseros de bronce en el corredor, la única defensa frente al frío.

Cuando los braseros estaban encendidos llegaban las empleadas con una bandeja de desayuno para cada habitación. Tití y los niños desayunaban en sus camas, con el brasero dentro de la pieza y los postigos aún cerrados. Las nanas despertaban a los niños, les daban el

Javier Rivadeneira  
Palacios con Javiera  
Palacios Baquedano  
en 1929.



té con leche y el pan tostado y se llevaban las pelepas llenas de las habitaciones, para entonces Tararo ya había terminado su desayuno en la mesa del corredor.

Al mediodía se servía el almuerzo, que era apoteósico. Consistía en una entrada, una cazuela de segundo y el plato fuerte. La entrada podía ser una lechuga con jamón, un salpicón o espárragos. Después venía la intran-sable cazuela de vacuno. A don Tararo había que tenerle cazuela todos los días. Tití servía los platos de una so-pera donde venía el caldo de la cazuela y unas fuentes tapadas donde estaban las papas, los trozos de carne, el choclo y el zapallo. Primero le servía a su marido, luego a los demás adultos presentes y al final a los niños. El segundo podía ser puré o arroz con un pedazo chico de bistec. Y después venía el plato fuerte, que siempre eran porotos, lentejas o algún guiso contundente del estilo. Se preparaban muchos platos de campo como patas de chanco con cebolla, porotos granados, guiso de co-chayuyo y capachitos, que eran unas masas con cuatro puntas rellenas con arvejas, pollo y salsa blanca.

Cuando Mimí y las hermanas de Tití venían a Roma se incurría en una osadía culinaria. La tía Graciela, la tía Yola y otras de sus hermanas saboreaban los pichones del palomar de Tararo. Las palomas no se comen porque son muy duras, sí a los pichones, justo cuando empiezan a echar plumitas. Las hermanas de Tití los sacaban con un palo de los niales y se los llevaban a la rezongona Delia para que los asara.

Había horarios para ciertas rutinas. Después de almuerzo, los adultos dormían siesta. Tití y sus herma-

nas, si es que estaban de visita, dormían sagradamente en las tardes. Se reían mucho de las Monreal porque decían que si les iban a ver después de almuerzo estaban todas durmiendo siesta. A las cuatro recién se volvían a activar. A las cinco, cuando se veían las moscas, las empleadas abrían todas las puertas y las ventanas de las piezas. Después se cerraba todo de nuevo. Mimí en las tardes hacía a todos en la casa a rezar el rosario por los pasillos de la casa y sus nietas se reían en voz baja de las letanías. Chago y Feña también no hacían otra cosa que reírse de la Mimí.

Todos los días se hacía quesillo en la casa, que se dejaba orear envuelto en paños blancos, una tradición que perdura hasta hoy en las casas de Roma. Queso mantecoso no, porque se iba a buscar al fundo de don Pedro Blanquier, que vendía los quesos más famosos de Chile en esa época. Tararo llevaba a su hija Carmen en su cabrita cuando iba a encargarle quesos a don Pedro. La cabrita era un coche con un solo caballo y un asiento.

Todas las mañanas el tío Pito salía a caballo con un quitasol y pasaba a buscar a Tararo para recorrer todo el fundo y ver las siembras. A las cinco de la tarde llegaban de vuelta a la casa para tomar el té. María Torres, una empleada joven que era muy viva se asomaba a la mesa del comedor y anunciaba: “Listo el té para Tararo y Pito”. Tití reaccionaba alarmada: “No sea atrevida, niña. Don Pito y don Tararo”.

Para la hora del té la mesa estaba repleta, sobre todo en verano. Comían melón, sandía y la mamá Tití llevaba una fuente llena de dulces de bizcochuelo con almíbar,

picarones o fritos de zapallo sobre los que la concurrencia se abalanzaba y no dejaba rastro.

Tomaban té con leche o una agüita caliente con azúcar tostada. En la cocina a leña la cocinera tostaba los terrones de azúcar en una latita de fierro para que el agua caliente quedara con gusto a caramelo.

### LOS SERVICIOS BÁSICOS

La casa tenía un solo baño que construyó don Tararo cuando se casó, sacándole un pedazo a una pieza grande. Él estaba orgulloso de su baño, porque tenía tina con agua caliente y gasómetro. El gasómetro estaba en el patio y había que cargarlo todos los días con carburo. Para el agua caliente usaban una caldera cuyo combustible eran corontas de choclo. En un tambor se hacía fuego y se alimentaba con estas corontas secas, leña y troncos gruesos de parra. Ese único baño lo usaban Tití, los niños, la abuela Rafaela, la tía Hortensia y toda la familia en la medida que se iban levantando. Pese a lo rudimentario, ese baño era un lujo en el campo durante los años 30 y 40. En otras casas patronales de la zona contaban con unas casuchas tipo letrina edificadas en los patios. En la casa del tío Pito y la tía Anita, por ejemplo, no había ningún baño y cuando visitaban Roma lo usaban con mucha felicidad.

A los niños los bañaban en la tina. Las nanas calentaban el agua con leña y preparaban los baños. El lavado del pelo era con hojas de Quillay, que les dejaba el pelo brillante. Más adelante, cuando Sergio, el hijo mayor, se casó con Gloria y se fueron a vivir a Roma, crearon una extensión



Javier Rivadeneira  
Palacios, Julito Germain,  
tío Pito y  
Jorge Palacios



para su familia que parecía una casita saliendo de la casa hacia el potrero. También construyeron un baño exclusivo para ellos y sus niños. Era inmenso y estaba al lado de la pieza, para calentar el agua usaban un horno gigante de ladrillo, parecido a un horno de pan, que se alimentaba con leña. El agua duraba caliente por dos o tres días. El agua de la casa era turbia, venía de la lingana que salía de un canal del río Los Lingues que viene del Tinguiririca y pasaba por el pie del cerro de Roma, a medio kilómetro de la casa. Ahí había una torre donde subían el agua a un estanque que se llenaba con bomba, a manivela. No era potable, salía de color café y se evitaba tomar.

El agua que se destinaba a beber se filtraba primero en una destiladera de madera con piedras negras volcánicas que dejaba caer el agua gota a gota hasta que salía clarita por el otro lado. Se dejaba un jarro bajo la destiladera en la mañana y recién al mediodía estaba lleno. Esa era el agua que usaban en la mesa para el almuerzo. Las destiladeras acumulaban tierra y había que fregarlas con una escobilla, pero suavemente porque si no, filtraban muy rápido y no limpiaban bien el agua. Era un sistema primitivo y desesperantemente lento, pero cubría la necesidad básica e inmediata de agua potable.

Más de una vez pillaron a los hijos y a los nietos de Tararo y Titi tomando agua directamente de la acequia cuando eran chicos. Panchito, el menor, y su prima Rafaela tragaban agua de la acequia echados de guata, igual que los caballos. Quizás por eso no se enfermaban nunca. Muchos años después, Panchito Rivadeneira estaba en la despedida de un amigo en el Club de la Unión. Comieron

ostras al inicio de la comida y cuando ya estaban terminando los últimos platos, uno de ellos se quejó: “Ay, que dolor de estómago más grande”. A los dos minutos cayó otro. Y ya al tercero, uno de los presentes, Patricio Donoso, que era doctor, diagnosticó: “Nos envenenamos con las ostras y vamos a fregar todos”. Agarró el teléfono y empezó conseguir cupo en distintos hospitales: a cinco los estaban esperando en el hospital del Salvador, a ocho en la Posta Central y todavía faltaban unos pocos por colocar. Y cuando ya estaba todos repartidos, Panchito preguntó: “Bueno, ¿y yo para dónde me voy?”. Su amigo doctor le dijo: “Tú has tomado agua con caca en Roma toda tu vida. ¡Qué te va a pasar a ti con una ostra mala!”.

No había electricidad en Roma. A veces encendían lámparas a carburo y también usaban lámparas a parafina. Feña escribía las planillas del pago para los trabajadores en el escritorio a la luz de una vela y hacía todas las sumas a mano. Recién en los años 50, cuando se casó Sergio con Gloria, instalaron luz eléctrica en la casa de Roma. La electricidad fue un adelanto que no todos aceptaron con gusto. Cuando enchufaron la primera radio en el escritorio y empezaron a sonar voces por el aparato, Delia Pérez salió arrancando porque estaba el diablo en la casa y no quiso volver más.



Lola, Claudio, Consuelo  
Rivadeneira Correa, Fernando,  
Mané y Alfredo Rivadeneira  
de Amesti







La Lula

En el fundo había una escuelita básica que estaba cerca de la casa y cuya casita aún existe. Ahí estudiaron los niños Rivadeneira sus primeros años escolares junto a los hijos de inquilinos y campesinos, muchos de ellos muy pobres, descalzos o con ojotas. Era una escuela sencilla, con dos salas –una para los avanzados y otra para el resto– y con un patio. Feña Rivadeneira era compañero de clase y muy amigo de Luis Calquín y Jorge Chávez, quienes al crecer se volvieron arrieros expertos e iban juntos los tres a buscar el ganado a la cordillera los 15 de marzo. Caduco, Feña, Santiago y Panchito se hicieron amigos de por vida de varios niños que después serían inquilinos, administradores o arrieros en Roma.

Chago y Feña se iban a caballo todos los días a la escuela. Feña llevaba las riendas y Santiago, que no era muy aficionado a montar, iba sujeto al anca. Si no había nadie mirando, daban vuelta el caballo y se devolvían galopando a la casa. Después, cuando estuvieron internos en los Maristas, su papá los iban a dejar el lunes, los dos sentados en el eje de atrás del coche. Chago y Feña entraban al colegio, se salían de nuevo y se sentaban escondidos de nuevo en el eje hasta que llegaban de vuelta a Roma. Allí Tararo rabiaba y vuelta a dejarlos otra vez al internado en San Fernando. Duraron un año internados, porque nunca se acostumbraron al rigor de los curas españoles que los obligaban a rezar todo el día bajo unos letreros que decían “Dios te ve” y a escribir más allá del margen de los cuadernos. Lloraban a moco tendido cuando llegaban al co-

## La escuelita de Roma

legio. Igual que sus primos Rivadeneira Vial, que llevaban unas ramitas de boldo del cerro y llegando a los Maristas se largaban a llorar y repetían agitando su rama: “Es de la Loma Larga, yo quiero ir a la Loma Larga”.

La niñera de los hermanos Rivadeneira y la que los levantaba para ir a la escuela era la fiel Lula, nacida y criada en Roma, que no se movió del lado de sus queridos niños hasta que los crió a todos. Chago y Feña le daban dolores de cabeza cuando se le escapaban para el potrerillo de los chanchos en calzoncillos y a pata pelada, porque no querían ir al colegio.

No era tan fácil hacer la cimarra porque esos años coincidieron con el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, que hizo obligatoria la educación primaria. Los carabineros se aparecían los lunes en el fundo, juntaban a los niños que veían fuera de las aulas y los llevaban a la escuela. A don Tararo le entregaban la lista de los que habían faltado y si estaban sus hijos, les llegaba reto. Tararo tenía un dicho típico cuando lo trataban de hacer lesa: “No hay que ser lesa, no hay que ser tonto, pero conmigo hay que ser habiloso”.

Feña era malo para los estudios. Mientras su hermano Chago ya había estudiado el Silabario, el libro primero, el libro segundo y el libro tercero, él seguía pegado en el Silabario. Pero tenía un gran talento e interés por la agricultura y se iba solo al campo a intrusear y a aprender de



las siembras. Desde los 6 años sabía arar con el arado de caballos y bueyes. Pasaba todo el día en eso porque era lo único que le gustaba. Así aprendió cómo se sembraba. Fue uno de los primeros sembradores de maravillas, una flor que en el campo y jardines salía sola, pero él la sembró en forma industrial.

Cuando tuvo edad suficiente, Panchito también fue a la escuela de Roma con su prima Rafaela Rivadeneira Vial, de su misma edad. Los levantaban las nanas, los peinaban y les lavaban la cara por si los llevaban a San Fernando en la tarde, que para los niños era como ir a Europa. Iban a la escuela a caballo y Panchote llevaba a su prima en el anca, de carrerita. La profesora de la escuela se llamaba Laura Garcés, era una señora muy respetuosa. A veces enseñaba también la señora de Sergio Catalán, el arriero que encontró a los rugbistas uruguayos en la cordillera. Ella les enseñó a leer de corrido a Rafaela y Panchito. De vuelta en la casa, iban al gallinero a robar huevos. Encendían un fuego y los hacían fritos en una pailita negra de fierro, sentados como indios en el cerro o en un potrero.

En el oratorio intruseaban en la caja donde se guardaban las estolas, túnicas y casullas y los demás accesorios que usaban los curas cuando iban a hacer misa. Ricardo y Panchito sacaban los ornamentos para disfrazarse de sacerdotes y jugaban a hacer liturgias mientras su prima Rafaela tocaba la campanilla y los otros hermanos hacían el rol de feligreses.

Carmen y Sergio, que se habían ido a los siete años a estudiar a Santiago, volvían todas las vacaciones de vera-

no y septiembre a Roma y con ellos el batallón de niños se reforzaba desde diciembre hasta fines de marzo. Recién después de Semana Santa los mandaban de vuelta a Santiago. Con sus hermanos jugaban, corrían, metían bulla. Carmen era como la mamá de sus hermanos menores. Los peinaba y cuidaba; especialmente a Panchito, que era su regalón desde guagua. Sergio y Carmen invitaban a varios amigos del colegio que se unían a sus correrías a sacar duraznos y damascos de la arboleda, a cazar zorros con perros zorreros. También dejaban trampas. Panchito dejaba unas en el cerro cuando era de noche, para atrapar conejos. Con los primos, que también eran buenos para cazar, iban a veranear a la cordillera y todos los días comían conejo estofado.

Carmen era íntima amiga con Eliana, que era hija de la Emilia, la cocinera del fundo. Eliana tenía la misma edad de Carmen y a las dos les gustaba jugar juntas. Su mamá, Emilia, después se casó con Dionisio, un gallo regio de Roma, según Carmen.

La Tití tenía seis u ocho vacas para el gasto de la casa, para hacer queso y manjar blanco. Don Patria, el encargado de los bueyes, correteaba a los niños Rivadeneira con una huasca cuando los pillaba montando y laceando los terneros para amansarlos. “¡Vayan a jugar a otra parte, chiquillos de porquería”, les gritaba, agitando su huasca larga de mimbre mientras Feña, Caduco y Sergio salían cascando.

A Sergio y Feña les gustaba ir a bañarse al estero. Iban a caballo y el que llegaba al último pagaba un revuelto,

que era una malta con Bilz. Iban chiquillas con ellos al estero y, curiosamente, un año los acompañó la Inés Sánchez, que a los hermanos les llamaba mucho la atención porque nadaba de espaldas. Los niños Rivadeneira sabían nadar a lo puro perrito e Inés era una bala.

Después de pasar todo el día trepando los cerros o jugando fútbol en los potreros llegaban inmundos. Por eso antes de entrar a la casa iban a lavarse a la acequia que pasaba por afuera. Cuando afuera estaba lloviendo a chuzo se sentaban envueltos con mantas de Castilla en el corredor, ponían un sartén sobre el brasero y hacían huevos revueltos o manzanas cocidas. A la hora de acostarse, las nanas acompañaban a los niños a dormir y les contaban historias de fantasmas. Decían que de noche desde el oratorio salían unos monjes que circulaban por los corredores. Contaban que Margarita Vásquez, una de las empleadas más viejas, en la noche se convertía en Tuetué, un pájaro brujo. Y les hablaban de un hombre que se transformaba de noche en un perro diabólico y que en los corredores andaban espectros sin cabezas que arrastraban los pies y hacían sonar cadenas.

A los 16 o 17 años Feña todavía no conocía el mar, porque se iba los veranos a cazar guanacos con rifle a la cordillera con Jorge Labatut, un amigo de su papá, y con sus hijos. Con los guanacos hacían charqui para comer durante el viaje. Era un paseo de 8 a 10 días y traían la piel de los animales como trofeo, varios años antes de que la caza de estos camélidos estuviera prohibida. Jorge Labatut tenía una excelente puntería y un tornillo suelto en la cabeza, porque también llevaba a sus hijos a esta cacería y se entretenía poniéndoles una palito de fósforo con una vainilla sobre la cabeza y le disparaba a la vainilla. Afortunadamente siempre le acertó al blanco.

Allá, en la cordillera, Feña aprendió de los arrieros más fogueados. Estaba un día con un viejo llamado Pepe Ruiz-Tagle y le dijo “pucha,

SERGIO Y CARMEN  
INVITABAN A VARIOS  
AMIGOS DEL COLEGIO  
QUE SE UNÍAN A SUS  
CORRERÍAS A SACAR  
DURAZNOS Y DAMASCOS  
DE LA ARBOLEDA, A CAZAR  
ZORROS CON PERROS  
ZORREROS. TAMBIÉN  
DEJABAN TRAMPAS.  
PANCHITO DEJABA UNAS  
EN EL CERRO CUANDO  
ERA DE NOCHE, PARA  
ATRAPAR CONEJOS. CON  
LOS PRIMOS, QUE TAMBIÉN  
ERAN BUENOS PARA  
CAZAR, IBAN A VERANEAR  
A LA CORDILLERA  
Y TODOS LOS DÍAS COMÍAN  
CONEJO ESTOFADO.





< Carmen y Sergio Cuadra

en este cerro no hay nada de pasto, ¿cómo es que comen las vacas?”. Pepe le respondió “no se preocupe usted de lo que comen, si no que va a comer usted. Mejor vea la bosta. Si la bosta es grande es porque el animal comió harto. Si la bosta es chiquitita, no comió nada”. Preguntando y mirando, Feña aprendió que los animales alojan de a 15 o 20 juntos, en un revolcadero, como lo llamaban los arrieros, donde está más seco. Ahí algunos duermen parados y otros se acuestan.

El fundo de Roma tenía 20.000 hectáreas de cordillera, en 8.000 de ellas se podía tener a los animales; las demás arriba eran pura nieve. En la cordillera Feña conoció lugares preciosos, como el cajón Las Mulas, que se parecía a andar en la Luna. No había ni un árbol. En las vegas había pastos y un musgo en las piedras que es lo que comían los caballos en las veranadas.

#### DOS FAMILIAS EN LA CASA

En distintos periodos Roma fue una fuente de riqueza y alimentos para la familia y un hoyo interminable de deudas por pagar. Lo que se mantuvo constante es que en el campo nunca se pasa hambre, entonces el fundo de Roma era un lugar para guarecer a los familiares que habían caído en alguna desgracia económica. Esos familiares podían quedarse a vivir en Roma hasta que se murieran, como fue el caso de los abuelos Javier y Rafaela y de la tía Hortensia, o solo durante un tiempo, como ocurrió con el tío Pito y su familia cuando se incendió su casa. No era un lugar para vivir con magnificencia, pero aseguraba un refugio en momentos de necesidad.

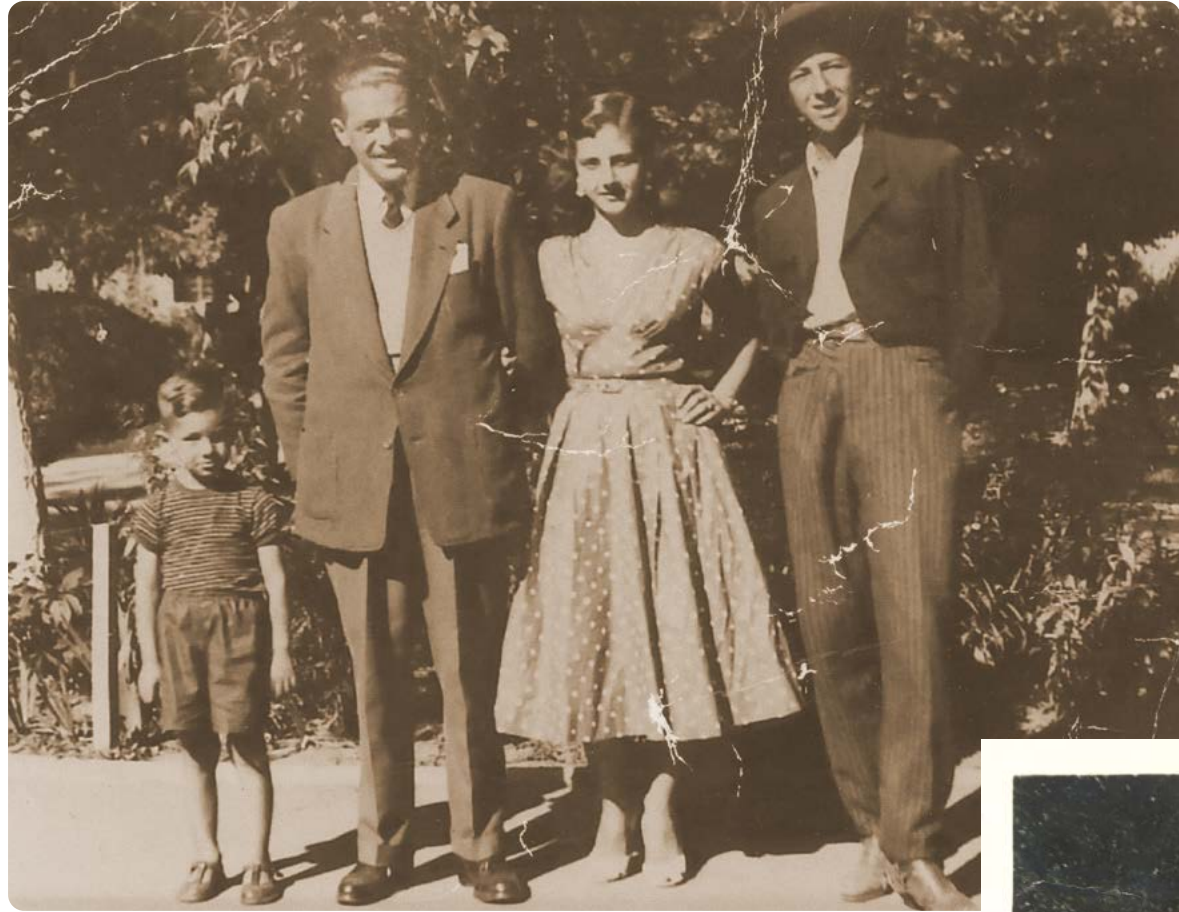
En 1939 se le quemó la casa al tío Pito. Era la casa patronal, donde vivía con su señora Anita y sus seis hijos Rivadeneira Vial. Todos fueron acogidos de inmediato en la casa de Tití y Tararo en Roma. En ese momento los Rivadeneira Monreal también tenían seis niños, Panchito estaba recién nacido. Durante un año vivieron apretujados, pero muy felices. Todos los niños hombres dormían en una sola pieza grande: cinco Rivadeneira Monreal y cuatro Rivadeneira Vial. En otra pieza dormían las niñas, Carmen y sus primas Rafaela y Alicia.

Los doce recordarían siempre esa época de juegos y anarquía entre primos como una de las más entretenidas que vivieron. Los adultos estaban sobrepasados por los números, así que los niños hacían lo que querían. Se perdían los sombreros y las mantas porque salían a jugar al cerro y después se les olvidaba dónde las habían dejado. Tararo les decía en tono resignado: “No pierden la cabeza porque está pegada al cogote”.

También salían a andar a caballo. Alicia era una gran equitadora. Usaba una montura de amazonas, con una chaqueta chica y saltaba obstáculos montada de lado, con ropón. Caduco tenía un caballo negro y Feña tenía un caballo mulato llamado Trompo. Eran tantos en la casa y había tanto que hacer, que hasta a la Tití se la vio buscando huevos en los gallineros y haciendo postres. Se quedaron todo un año mientras reconstruían la casa patronal del tío Pito en el mismo lugar.

En el verano llegó una señora viuda con sus hijas a una casa de campo muy cercana que les habían prestado para





Cristián y Sergio Cuadra, Carmen y Fco. Javier Rivadeneira M.



Carmen Rivadeneira  
con sus hijos  
Cristián y Sergio Javier  
Cuadra Rivadeneira



Sergio Cuadra  
y Carmen  
Rivadeneira

Neché de Amesti con Lola,  
Ximena, Veronica y M. Inés Rivadeneira



Carmen Rivadeneira y  
Joyce Hogg Monreal





las vacaciones. La Tití inmediatamente las invitó para recibirlas. En palabras de Caduco, las niñas eran “ sencillamente una belleza” y todos los primos Rivadeneira quedaron vueltos locos con estas niñas. Caduco con sus primos empezaron a tramar planes para volver a toparse con ellas. Eduardo Rivadeneira Vial, el Lulo, proponía: “Yo suelto a mis perros para que se vayan al potrero al lado de su casa. Entonces vamos detrás de los perros, hacemos como si estuviéramos cazando y yo grito ‘la liebre, la liebre, la liebre’, para que ellas salgan de la casa. Ahí las saludamos y conversamos un rato con ellas”. Otro de sus primos, Pedrito Rivadeneira, que era un par de años mayor que Caduco, tenía otra idea: “No, no, no. La idea de la cacería es una estupidez. Lo que hay que hacer es acercarse a ellas escribiéndoles una carta. Y yo me ofrezco a escribirla, porque tengo la ‘o’ más redonda”.

De grande, Caduco se acordaba de estas estrategias infantiles de conquista con sus primos y lloraba de la risa al contarlas.

Ese mismo año fue el terremoto de Concepción, que se sintió fuerte en Roma. Todos los habitantes de la casa, familia y empleados, salieron a dormir a los corredores, con mantas, junto a los braseros encendidos. Todos, excepto el tío Pito, que decidió quedarse durmiendo en su pieza con la puerta abierta. Pero cuando vino una réplica fuerte, salió disparado por el corredor. Logró hacerles el quite a los pilares, pero no a los faroles grandes que colgaban de las vigas y quedó aturdido al pegarse en la cabeza.

Más o menos por ese mismo tiempo el tío Pito y don Tararo se compraron un auto. El de Tararo era un Ford plomo con radio, la última chupada del mate del momento. El de Pito era negro, sobrio, no tan chinchoso como el de su hermano. Al poco tiempo estalló la Segunda Guerra Mundial y de pronto se acabó la bencina, no había neumáticos ni aceite para motores. Los flamantes autos tuvieron que quedar guardados y volvieron a usar caballo para todo. Se tardaba siete horas en llegar a caballo a la entrada de la cordillera para ver el ganado y algo menos en ir a buscar carbón de espino para la carbonera.

Los dos hermanos eran muy unidos y nunca tuvieron un desacuerdo grave pese a que los dos tenían estilos muy distintos. Tararo era lo más optimista que puede existir. El tío Pito era pesimista. Cuando llegó el gobierno de Pedro Aguirre Cerda auguraba con amargura: “Nos van a dejar sin tomar desayuno”.

El tío Pito era gruñón y austero, pero tenía un corazón generoso con los niños del campo. Fidel, inquilino histórico de Roma, recuerda que cuando tenía seis años, don Pito en sus recorridos diarios pasaba en su caballo por el lado de su casa. Cuando Fidel lo veía aproximarse, salía corriendo a abrirle un portón. Pito le daba un peso y le decía “gracias” y Fidel quedaba muy contento. Y el domador Segundo Becerra tiene grabada aquella vez en que, siendo un niño de 6 o 7 años, acompañó a su padre a llevarle un piño de chanchos. Pito le preguntó al papá quién era y él respondió: “Es hijo mío”. Pito metió la mano en la billetera y le pasó al pequeño Segundo un billete que crujía de nuevecito. Le alcanzó para una chaqueta y un sombrero.

## TRADICIONES DE ROMA

En Roma se fusionaban las tradiciones campesinas y religiosas. Para Viernes Santo, Tití y la abuela tapaban los santos del oratorio y las empleadas les decían a los niños que no podían hablar porque en ese día no cantaban ni los pajaritos. Les inculcaban un respeto por ese día y recogimiento. No se comía carne ese día ni ningún viernes del año, solo pescado.

En noviembre, Tití celebraba el mes de María. Todos los días el oratorio se llenaba de mujeres del campo que rezaban el rosario en las tardes y mantenían engalanado con flores la imagen de la Virgen. En Navidad se hacía una misa muy bonita en el oratorio con la gente del campo y después un desayuno donde se entregaban regalos para todos los niños de Roma.

En los veranos llegaban las misiones, un grupo de curas y seminaristas que se instalaban por una o dos semanas en el campo y bautizaban a todas las guaguas y casaban a todas las parejas. Era como la vacunación de la influenza en versión sacramentos. Después migraban a otra localidad y hacían lo mismo.

A Feña le causó una impresión muy honda presenciar el velorio de angelito de una familia que había perdido a su guagua. En un rancho humilde de Roma hicieron una celebración muy emotiva. La guagua estaba sentada en una sillita puesta sobre la mesa, con un vestido muy bonito. La gente llegaba y le pegaba monedas en toda la cara mientras un cantor a lo divino entonaba:

*Ángel venturoso y bendito  
me hai venido noticeando dónde estaba el velorio  
donde te estaban velando.*

Y el otro cantor le contestaba:

*Ángel venturoso y bendito,  
por los clavos del purgatorio,  
supe que te habiai muerto,  
por eso vine al velorio.*

Y así, cantaban y cantaban toda la noche. Fue una de las escenas más tristes que Feña había visto en su vida.





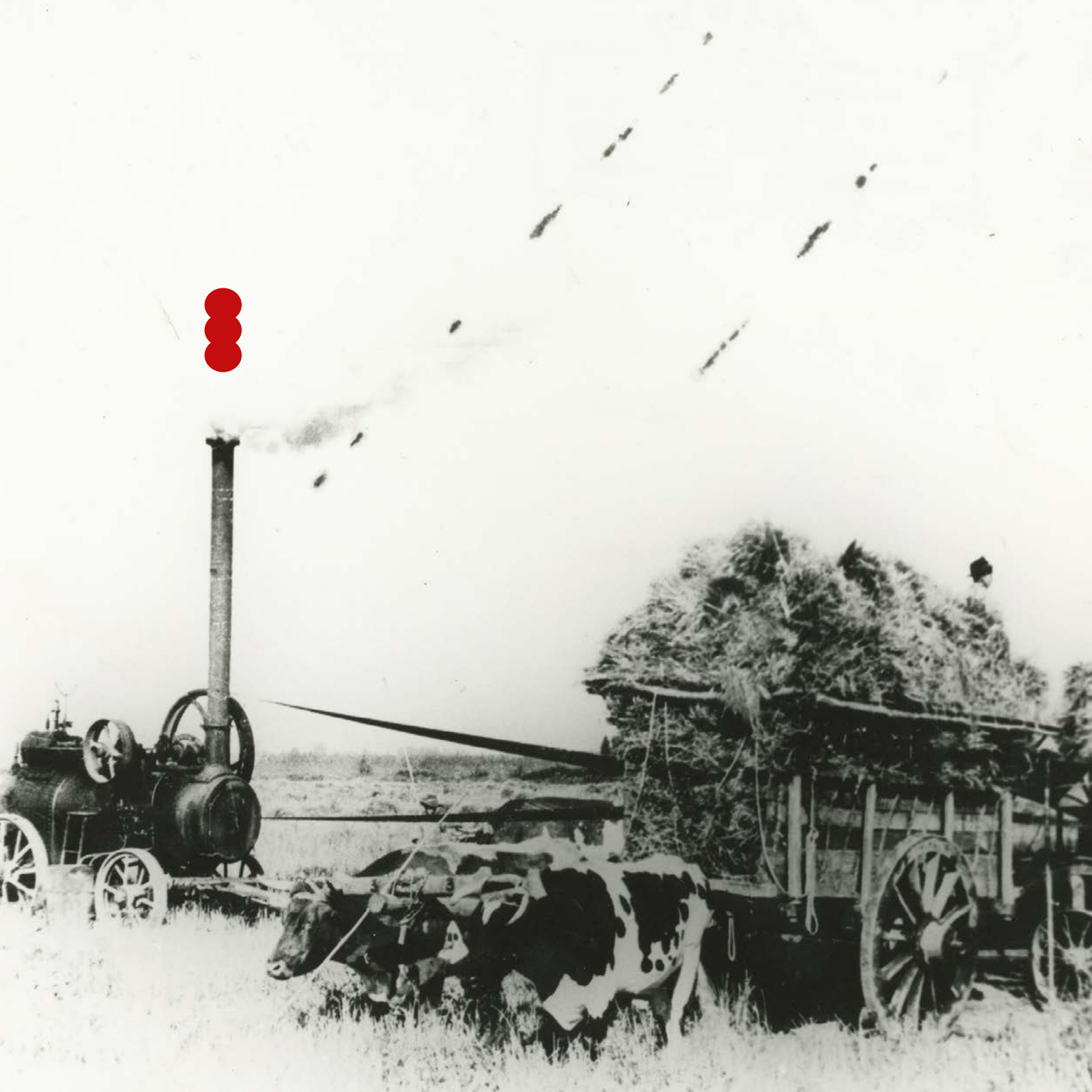
< Cristo de Roma



Vistas de la casa durante  
Misiones de verano.







## Los trabajos de campo

De las 600 hectáreas de campos que tenía don Tararo en Roma, unas 400 se cultivaban y las otras 200 se usaban para ganado. Los trabajos agrícolas comenzaban a las ocho de la mañana y terminaban entre las cuatro y las seis de la tarde. Las tareas variaban según la época del año. El invierno era para limpiar los predios, cortar moras, limpiar cercos. En septiembre y octubre se arreglaban las tierras para sembrar y luego se araban con caballos y bueyes.

Cada trabajador tenía su picana de colihue con una puntita corta de clavo en la punta para picanear a los bueyes. Eran muy bonitas porque las adornaban con lanas y pompones de color morado. Otra tradición hoy extinta era que todos los trabajadores llevaban un paño blanco de tela de saco amarrado a la cintura, que usaban para no romperse los pantalones. Sus señoras les bordaban los paños y quedaban muy elegantes.

Después del arado, venía el rastreado y después otra arada más hasta que la tierra quedaba molida y dócil para sembrar, sin terrón. Entonces empezaba la siembra. Las semillas se sacaban de la propia cosecha. Dejaban las más bonitas que iban saliendo para el ciclo siguiente.

En Roma se usaban las rotaciones de cultivos. Se dejaba descansar la tierra un año y se usaba como potreros para el ganado, lo que abonaba la tierra y eliminaba los bichos. La impaciencia es enemiga de la agricultura. Si

sembraban muy temprano las lluvias hacían que brotaran hongos. Hoy existen productos para eliminar plagas, pero entonces solo quedaba rezar. Para las siembras en Roma traían a un cura que se ponía una estola y oraba para espantar gusanos.

Para sembrar el trigo, los campesinos usaban un poncho de saco en el que echaban el trigo y lo iban desparmando por la tierra. Después de volear el trigo lo tapaban con una rastra de clavo, para que quedara cubierto de tierra. Había maestros que hacían las rastros en el fundo porque dominaban la ciencia de desparramar el trigo para que quedara bien distribuido. Pescaban el puñado y dejaban escurrir el trigo parejito por entremedio de los dedos. Todo el potrero tenía que quedar cubierto. Después tiraban la rastra con caballo para tapar con tierra. Se sembraba trigo con trébol, se sacaba el trigo en enero y se guardaba para marzo el trébol que venía detrás. Se le daba un riego para que recibiera recién crecido a los animales que llegaban el 15 de marzo de la cordillera. Los animales sabían anticiparse a estos viajes. En noviembre o diciembre, cuando los subían entre una decena de arrieros con sus perros a la cordillera para la veranada, ellos iban a toda marcha, deseosos de llegar. Se quedaban dos personas solamente arriba con el ganado, que eran los vaqueros. Llegando el 15 de marzo ya empezaban a buscar el puente para venirse. El trigo crecía y cuando ya estaba listo para la cosecha en enero y febrero, se cortaba con hachona, un cuchillo

dentado. Los segadores usaban una linguera, una especie de saco que se echaban al hombro con una camisa, un cuchillo y un plato. Se segaba a mano y se entregaba por cuadras de 125 metros. Había que cortar abajo, bien pegado al suelo, para que quedaran los trigos largos para la gavilla. Cortaban y cortaban y algunas las dejaban en agua para que estuvieran más elásticas y usarlas para amarrar los trigos. Al otro día las juntaban y hacían unas gavillas grandes, amarradas con las mismas ramas que habían dejado en remojo. A continuación venían los gavilleros, que sabían levantar las pesadas gavillas hasta la carreta sin que se desarmaran. Era un trabajo de chino. Luego acarreaban el trigo con carretas a la era para trillarlo. En esa época no había herbicida, así que después de la trilla, el trigo tenía que pasar por una máquina seleccionadora que sacaba todo lo que no fuera trigo: el yuyo, el rábano y las malezas. Ese fue el primer negocio del avisgado Feña Rivadeneira, a los 10 o 12 años se dedicó a vender las semillas de yuyo como alpiste para aves.

Cuando se terminaba la trilla, se llevaban el trigo en 16 carretas tiradas por bueyes al molino El Cisne, de William Balfour. Desde lejos se escuchaba el traquetear de las carretas que venían desde los distintos campos de la zona. El ruido del traquete ocurría porque el eje tenía un hoyo donde se insertaba una cuña, y entre la cuña y la rueda había una golilla grande. Entonces la rueda iba de un lado a al otro y chocaban, ¡tra! Y cuando venían varias traquetas, eso se llamaba traquetear. Si escuchaban en la mañana el traqueteo que salía del fundo Los Lingues, la gente de Roma se apuraba para salir primero y llegar a descargar antes que ellos al molino. Se dejaba

el trigo y a cambio Tararo pedía lo que necesitara de harina para las galletas o para la despensa familiar durante el resto del año. Si necesitaba la plata, le entregaban el pago en efectivo. En ese tiempo el trigo era como el cobre de Chile ahora, tenía un valor enorme.

Las medidas que usaban para medir eran la fanega, un cajón de aproximadamente 46 kilos que por un lado tenía salida. Entonces se llenaba de porotos, se pasaba un palo por arriba para que quedara parejito y por el lado hueco se echaba al saco. La otra medida era el almud, de 11 kilos. Era un cajón cuadrado que se usaba para todo. Por ejemplo, con un almud de harina se hacía 25 galletas. Si necesitaban 100 galletas, a la persona que hacía el pan se le enviaban cuatro almud.

Después de cosechado el trigo venía el trabajo en las chacras de porotales y de choclo chileno. En Roma los choclos se daban grandes y bonitos. En esa época se cosechaba a mano. Sacaban con la mano los choclos de la caña cuando estaba seco y se apilaban en carretas. En las casas, en el alambique, se le sacaba el rastrojo y se deshojaba el maíz para dejar la coronta con los granos. Los animales se comían las hojas. En el campo se limpiaba el choclo y se desgranaba con una máquina con polea. Salía la coronta por un lado y los granos enteros por el otro lado. Era un trabajo pesado, tenían que cambiar muy seguido de turno al que le tocaba darle vueltas a la rueda y al que echaba los choclos a la máquina. Después los granos se vendían en sacos de cáñamo. Los mismos inquilinos hacían los sacos y los cerraban con agujas saqueras e hilo grueso. Los cargaban en carreta y los llevaban a San Fernando.

En cuanto a los porotales, en Roma se sembraban porotos burro, porotos blancos, porotos tórtola, porotos coscorrón, porotos Méndez y porotos bayos. El poroto bayo era muy rico, con él hacían la comida que daba el fondo para los trabajadores, de un color amarillo renegrido, suave y sabroso.

Los porotos se cosechaban en enero y se trillaban con yeguas. Se hacía una era despejando un pedazo de tierra redondo y grande, de al menos unos 50 metros de diámetro. La era tenía que ser redonda para que los caballos caminaran en círculos. Cuando los porotos estaban secos se acarreaban en carreta hasta la era, engavillados en montones grandes. Un hombre arriba de la carreta descargaba las gavillas con horqueta y otros tres o cuatro abajo desparramaban los porotos para hacerla herada, cuidando de que quedara redondita. Cuando estaba lista, soltaban cinco yeguas amarradas unas con otras para trillar los porotos. Un hombre al medio del círculo sujetaba el cordel de la yegua de más afuera y otro trabajador a caballo las empezaba a corretear desde atrás, a gritos, para que arrancaran a todo galope. Las yeguas con sus patas hacían tira las vainas, sin romper los porotos. Durante dos horas corrían las yeguas hasta que terminaban de desgranar todos los porotos que llegaban a saltar cuando estaban bien secos. Después salían las yeguas y entraban los trabajadores a recogerlos.

Era un trabajo que tomaba todo el día, con una decena de personas dedicadas a esta tarea. Con horqueta se recogía la paja y la vaina y se escarmenaba hasta que quedaba el poroto pelado. Con la paja se hacían pilas fuera de la era. Finalmente, los porotos se amontonaban con palas de madera de álamo, porque las de fierro parten el grano, y quedaba una gran ruma de porotos. Se limpiaban los restos de paja y luego ensacaban los porotos limpios en sacos de 80 kilos. Los mismos inquilinos los subían a la carreta. Era necesario saber cómo ponerle el hombro al saco o si no se hacía imposible levantar ese peso.

Era mucho lo que trillaban durante marzo porque, además, se le daba media cuadra a cada trabajador y tenían que trillar también sus porotos. Era muy entretenido, porque la gente se preparaba con un muy buen desayuno de queso, pollo, caldo y galleta. En la casa de Roma se les preparaban unas fuentes inmensas de cebolla con tomate y quesillo,

EN ROMA LOS  
CHOCLOS SE DABAN  
GRANDES Y BONITOS.  
EN ESA ÉPOCA SE  
COSECHABA A MANO.  
SACABAN CON LA  
MANO LOS CHOCLOS  
DE LA CAÑA CUANDO  
ESTABA SECO Y  
SE APILABAN EN  
CARRETAS.



y se acompañaban de chicha sin fermentar. Era el famoso causeo que comían los trilladores, tan sabroso que era apetecido por todos, los dueños de la trilla y también los niños Rivadeneira.

Ese día de trilla era una fiesta que duraba todo el día. El fundo tenía que darles desayuno, almuerzo, once y comida. Llevaban 150 litros de vino, 2 quintales de harina, causeo y comida abundante para los trabajadores. La gente llegaba a la trilla cada uno con su orquesta, con su pala, con guitarras. Hacían trilla a yegua suelta, en una cerca redonda con varas, con unas yeguas trilladoras que tenía Roma. Se instalaba un capataz al medio que gritaba “¡vamos dándole no más!” y se metían las yeguas adentro y dos huasos a caballo las iban gritando “hey, hey, hey, yegua yegua”. Tenían que ser especialistas, porque al que le tocaba ir adentro le tocaba una vuelta más corta, galopaba más despacito. Pero el que iba afuera iba como un balazo, para ir parejo con el de adentro. El capataz gritaba “¡párele!” y las yeguas se paraban solas y se daban la vuelta hacia el otro lado. En la tarde después de trillar, los trilladores y sus familias bailaban cueca, cantaban y le ponían.

De una erada podían salir unos 50 sacos de 80 kilos. Las siembras rendían más que ahora y sin echarle abono, por la pura fuerza natural de la tierra. Llegaba a dar gusto cómo daban las cosechas. Ahora las tierras están descalcificadas y rinden mucho menos.

En tiempos de cosecha los corredores de Roma se llenaban de sacos hasta tocar las vigas del techo. Los sacos

que no se vendían se vaciaban en los graneros del patio, que quedaban llenos hasta arriba de porotos a granel.

Cuando terminaba la trilla de porotos empezaba la limpieza. En todo el corredor de la casa patronal se instalaban mesas cuadradas con cinco a ocho mujeres que iban a limpiar porotos, se les pagaban por saco. Sacaban los porotos con un balde, los echaban al harnero, un hombre los harneaba y luego se los llevaba a la mesa. Las mujeres se ponían el saco vacío en la falda, lo afirmaban con unos clavitos en la mesa y ahí iban metiendo los porotos limpios. Tenían un tarrito arriba de la mesa para ir tirando los porotos malos y partidos y eso se guardaba para comida de los chanchos. Después el mismo caballero del harnero cerraba y pesaba los sacos. Tenían que completar los 80 kilos. Algunas mujeres llenaban dos o tres sacos al día, porque llevaban a sus hijos a limpiar porotos, los sentaban debajo de la mesa y les pasaban un saquito más pequeño. Se demoraban cerca de tres meses en llenar todos los sacos durante el invierno en ese corredor helado. La que quería llevaba su braserito.

#### LOS POROTOS CON MOTE DE LA SEÑORA ROSA

A las doce el maestro tocaba el pito y los inquilinos se iban a su casa a almorzar y descansar hasta que la sirena volvía a sonar a las dos de la tarde. Un poco antes de las doce los niños de los trabajadores iban con un tarro o una olla a buscar una ración de porotos con mote que variaba según cuantos integrantes fueran en su familia. Solía ser alrededor de dos kilos de porotos y

dos cucharadas de color. Los porotos eran muy ricos y los chiquillos se iban de vuelta a su casa comiéndose con un palito la color que teñía la superficie del potaje.

En esa época una ley fijaba la ración diaria de porotos y galletas que el empleador debía entregar a cada trabajador del campo y su familia. En el fundo de la tía Anita se hacían las galletas, que era un pan redondo de tamaño similar al pan de campo grande que se vende en panaderías. Las cocinaban en un horno grande de barro. Daban una galleta en la mañana y otra en la tarde, al finalizar la jornada de trabajo. Era un pan semi integral, sabroso y duraba bastante sin ponerse duro. Si había cinco niños en la familia les daban tres o cuatro galletas diarias.

Frente a la casa de la tía Anita estaba el almacén de Orlando Moreno. A su hijo Leandro, Tararo lo recomendó con un tío que era gerente de la Molinera San Cristóbal. Trabajó ahí, fue muy respetuoso, llegó a ser presidente del sindicato y se hizo amigo de Carlos Ibáñez del Campo. Cuando fue elegido en su segunda presidencia, un día Leandro fue a verlo a La Moneda y llegó en medio de una crisis política. Ibáñez estaba nombrando nuevos ministros, le faltaba alguien para que fuera ministro del Trabajo y justo salió al pasillo, se encontró con Leandro ¡y lo nombró a él! Chago recuerda que siendo ministro fue una vez a Roma, almorzó con él en el comedor y la Delia consideraba que eso era una falta de respeto. Un tiempo después Carmen Rivadeneira fue a Impuestos Internos a buscar a Sergio Cuadra, su marido, y se encontró con Leandro Moreno, que la saludó sorprendido: “Carmencita, por Dios”.

La señora Rosa Valenzuela era la encargada de preparar los porotos con mote para los trabajadores de Roma. En una casita de adobe en el patio de servicio la señora Rosa empezaba desde temprano a

LA SEÑORA ROSA  
VALENZUELA ERA LA  
ENCARGADA DE PREPARAR  
LOS POROTOS CON MOTE  
PARA LOS TRABAJADORES  
DE ROMA. EN UNA  
CASITA DE ADOBE EN EL  
PATIO DE SERVICIO LA  
SEÑORA ROSA EMPEZABA  
DESDE TEMPRANO A  
PREPARAR POROTOS EN  
UN TREMENDO FONDO  
DE COBRE, DE UN METRO  
Y MEDIO DE ALTURA,  
PARA CERCA DE 20  
TRABAJADORES Y SUS  
FAMILIAS. ESA OLLA HOY  
ESTÁ DE RECUERDO  
EN LOS CORREDORES DE  
LA CASA.

preparar porotos en un tremendo fondo de cobre, de un metro y medio de altura, para cerca de 20 trabajadores y sus familias. Esa olla hoy está de recuerdo en los corredores de la casa. Ella misma preparaba el mote desde cero. Era hartó trabajo. Pelaba el trigo con una piedra cóncava, cocía el trigo, le echaba lejía y después lo lavaba en la acequia del patio para sacarle el hollejo. Siempre había agua corriendo en los patios de Roma, como en La Alhambra o en las casas moriscas antiguas. Después de lavar y pelar el trigo, la señora Rosa se lo echaba a los porotos que se cocían lentamente en la olla. Finalmente preparaba color, la tradicional mezcla de aceite o grasa con ají de color calentada en un sartén. Y quedaba lista la gran olla.

A Sergio, el hijo mayor de Tararo, le gustaban tanto esos porotos que se iba a llenar un plato donde doña Rosa en vez de comer el almuerzo de su familia en la casa.

Muchos años después, cuando murió la señora Rosa, en el fundo se rumoreaba que penaba.

## LA CRIANZA DE ANIMALES

En el invierno aparecía en la casa otro grupo especial, era los baqueanos que regresaba de ir a buscar a los animales a la cordillera y se instalaban en los corredores de afuera de la casa. Dormían en el corredor, entremedio de los sacos de trigo, tapados solo con mantas y usando sus monturas como camas. Hacían fuego en el patio y tenían un tacho especial para tomar té hecho de latas de duraznos en conserva, unos hoyitos y un alambre como asa, que a los niños Rivadeneira les parecía lo máximo.

Roma llegó a tener muchos animales en sus buenos tiempos, unas tres mil cabezas de ganado. En los meses de invierno, hasta el 20 de octubre, los animales estaban en el cerro que rodeaba la casa. Y en verano los llevaban a la cordillera. El mejor arriero era Egidio Becerra, quien estuvo durante muchos años a cargo de subir y bajar a los animales del cerro. Echar animales a la cordillera era un trabajo difícil, porque bovinos y equinos tenían que ser aclimatados, aprender a comer y a sobrevivir, o si no se morían. Solo los arrieros eran capaces de lograr esa proeza con tantas cabezas de ganado. Algunos incluso sabían cortar huellas. Miraban un camino y decían “aquí van cuatro vacas con dos terneros y un ternero va más atrás”. Canales, uno de los buenos arrieros de Roma, era un gran huellero. Le fueron a preguntar si había visto pasar una mula y él les dijo que sí, que por allí había pasado una mula con el cabrero a la rastra, que iba una yegua parida y también el caballo de su compadre. “¿Y cómo sabe usted que es el caballo de su compadre”, le preguntaron. “Porque ayer lo vi y le faltaba una herradura”. El caballo dejaba una de sus huellas sin herradura en la tierra y él podía darse cuenta, era una brutalidad.

En octubre o noviembre se llevaban un piño de 300 vacas a la cordillera entre diez arrieros cuya primera preocupación era que no se les perdieran los animales. Toda la carga la llevaban en capachos y en machos, que son el resultado del cruce de yeguas con burros. También llevaban mulas, que se cargaban de a dos hombres. Uno se ubicaba a un lado y el otro iba echando las cosas arriba. A las mulas mañosas había que taparles la cabeza mientras las cargaban, porque eran buenas para las patadas.

Las cosas iban en capacho, bien equilibrados y amarrados con sogá, porque algunos desfiladeros eran peligrosos y las mulas se podían resbalar. Los arrieros iban montados a caballo. Llevaban vacas, toros y vaquillas. Algunas vacas obedecían y otras eran lobas y arrancaban. No faltaban las vacas que se ponían bravas y si las laceaban correteaban al laceador, que tenía que hacerse a un lado. El lazo era de cuero y lo llevaban en la montura.

Se demoraban como tres días en llegar arriba, a la zona de la veranada. Ya en la cordillera, el ganado se desparramaba y se quedaba allí hasta que volvían los vaqueros a bajar el 15 de marzo a las vacas paridas, a las más débiles y a las que iban a vender, para dejarlas pastando en los cerros de Roma. En ese intertanto se perdían 10 o 15 animales, pero se compensaba porque algunas vacas habían parido.

Para ir o volver de la cordillera había que pasar con todo el piño de 500 o 600 animales por la calle Rancagua, al medio de la ciudad de San Fernando, con hartó cuidado. Mandaban animales en tren para venderlos en Santiago y había que hablar con el jefe de estación para decirle “Necesito un carro para 22 vacas el jueves”. Y ese día el carro esperaba preparado y los arrieros de Roma llevaban el grupo de vacas y cargaban el carro. Se podía pagar con o sin intervención de la empresa, que era una especie de seguro. Con intervención significaba que si algún novillo se moría, lo pagaba el ferrocarril. Los enviaban a Santiago a la feria del Tattersall o en la feria de San Fernando.

En ese trayecto dejaban algunos novillos en la media luna para prestarlos al rodeo, que se hacía en beneficio de arrieros y trabajadores de la zona que estaban pasando necesidades.

Del 20 de agosto al 20 de octubre bajaban a los cerca de 3.000 animales al cerro de Roma para evitar que se volvieran salvajes, lo que ocurría si se quedaban arriba de manera permanente. También los señalaban con la marca de una copa y un palito, que identificaba al ganado de los Rivadeneira Monreal. Al caballo, novillo, vaca o ternero había que lacearlo de la cabeza, manearlo de las patas y entonces se botaba al suelo para marcarlo con hierro caliente. Era un trabajo de chino. Si el animal tenía la copa para abajo quería decir que lo habían vendido y si la copa estaba para arriba, era de Roma. En el mismo momento también los señalaba en la oreja con un cuchillo y se castraban. Castrar era difícil porque el animal se podía morir y muchos llegaban a tiritar ante esa tarea. El primo Lulo era muy bueno para castrar, de los pocos a quienes no les temblaba la mano. Solo los animales más bonitos se dejaban para toro.

Como no podían tener abajo a tantos animales, se hacía una selección. Si una vaca estaba gorda y con el ternero bonito, se echaba a la veranada. Si unos novillos estaban muy chicos para ser vendidos, se echaban a la veranada. Las vacas gordas y secas, iban a la veranada también. En la zona de la veranada había un corral grande que había que reparar todos los años porque la nieve lo rompía. También llevaban herramientas para limpiar caminos. Antes de bajar a los animales, se juntaban en el corral y





Cuentas del tío Pito  
y Tararo

	Pedro Rivadeneira	Javier Rivadeneira
Cuadras de 1 <sup>a</sup> (\$100.000=)	180.-	155.-
Cuadras de 2 <sup>a</sup> (\$75.000=)	56,5	104.-
Cuadras de 3 <sup>a</sup> (\$50.000=)	24,5	16,5
<del>5<sup>a</sup></del> Cuadras isla (\$1000=)	15.-	<u>          </u>
	<u>276.-</u>	<u>275,5</u>

había que ir a buscar a las vacas perdidas. A veces demostraban hasta ocho días en juntar a todo el ganado.

Había un refugio, pero los baqueanos preferían dormir afuera, a la intemperie. La ropa era la misma que usaban abajo, en el campo, no existía la ropa con tecnología térmica. Usaban mezclilla, porque es más firme. Lo que más comían eran tarros de conservas. Los arrieros más experimentados se quedaban semanas o meses cuidando el ganado, los más nuevos bajaban al fundo a los dos o tres días.

Sergio, Caduco, Feña y Panchito acompañaron desde muy jóvenes, casi desde niños, varias de estas subidas a la cordillera con arrieros que habían sido sus antiguos compañeros de escuela en Roma. Los lazos que formaron en esos años creciendo en Roma seguirían siendo inquebrantables hasta viejos. Fue una vida inmersa en las costumbres y trabajos del campo que duró hasta 1948, cuando la familia Rivadeneira Monreal se trasladó a vivir a Santiago.

El legendario pesimismo del tío Pito

“Nos van a dejar sin tomar desayuno”.  
Para anunciar que se viene la quiebra, la catástrofe del negocio, el gobierno de Pedro Aguirre Cerda.

-“¿Creen que se dan los pavos asados en el potrero?  
Traen un cajón de tomates y se quedan un mes”.

Visitas: “¡Qué bien se pasa donde Pito!”  
Tío Pito: “Claro... ¿y quién paga?”

Tararo: “¿De qué te preocupas, Pito? Tenemos tanta cosecha, tantas tierras, estamos consolidados”.  
Tío Pito: “Consolidados las weas”.

-“Postergue, mijo, postergue”.  
La frase que decía invariablemente cuando un hijo o sobrino le confesaba que planeaba casarse pronto...  
¡Por algo tantos hombres Rivadeneira se casaron después de los 36 años!

Personajes de Roma

SARA SARABIA

Sara era la lavandera del fundo y también la que hacía los quesos. El lavado de la ropa en Roma era como sacado de la edad media y generalmente requería de uno o dos ayudantes. Primero se hacía fuego y se calentaba agua en latas antiguas de manteca. El agua se recogía de la acequia y se aclaraba con hojas de tuna, porque la hoja chupaba toda la tierra. Después usaban el agua limpia para lavar la ropa en artesas con Rinso y Jabón Gringo. Toda la ropa blanca, los pañales y las sábanas las hervían en ollas grandes y las revolvían con un palo de madera. Finalmente Sara planchaba con plancha a carbón que se calentaba al fuego.

LEONIDAS VÁSQUEZ

Era el mayordomo de Roma, el que destinaba la gente a las distintas cuadrillas de trabajo en el campo y vigilaba que no sacaran la vuelta. Era el padre de Lula, la empleada doméstica que acompañó hasta la muerte a Tití y abuelo de Elba Pereira. Era muy amigo de Santiago Rivadeneira, que a veces lo acompañaba a sus salidas a caballo por las siembras.

DON PATRIA

Era el encargado de los bueyes. Vivía en el callejón pegado a la arboleda. En la mañana temprano arreglaba los bueyes y se los entregaba al trabajador correspondiente para que lo trabajara. Si alguno se pasaba de listo tratando de llevarse un animal mejor, Patria lo retaba: “Ese

buey no te corresponde a ti, es de otro fulano. No vengas a tomar animales que no te corresponden”. No era un trabajo simple, porque había bueyes y caballos de parada y de vuelta. El de parada era el que iba por dentro del surco; el de vuelta era el que sabía volver. Si uno los hacía andar al revés los animales se enredaban y se tropezaban.

A las cuatro de la tarde se paraba de trabajar porque a los bueyes había que traerlos y dejarlos enfriar. Cuando se enfriaban les daban agua y pasto y luego los largaban al potrero. A las cinco se paraban los caballos que, por lo general, eran yeguas paridas. También había que dejar que se enfriaran y se escuchaba de lejos los relinchos de los potrillos con hambre. No se les podía dar leche de las yeguas sudadas, porque se enfermaban si tomaban leche caliente.

Don Patria salía a las dos de la mañana a caballo para rodear los bueyes del fundo La Capilla, en Pelequén, y en la tarde se volvía a Roma. Tararo le decía: “Quédese allá a alojar una semana, mientras estamos trillando”. El hombre se negaba: “No, yo tengo que llegar a la casa”. Salía a las cuatro y media de la tarde, dejaba los bueyes acomodados en el fundo y llegaba como a las diez o doce de la noche. Dormía dos horas y partía de nuevo.

DON EGIDIO SEGUNDO TERCERO RODRÍGUEZ

Don Egidio era un capataz de puro cerro. Toda la vida amansando y empretando a caballo. Tenía una casa

muy bonita al fondo del callejón de Roma. Formó una amistad de mucho cariño con Caduco que duró toda la vida y que retomaban cada verano en las cabalgatas a la cordillera. Tanto cariño le tenía a la familia que decía “Después del tatita Dios, están los Rivadeneira”. Los caminos eran peligrosos y estrechos en varios tramos. Las mulas cargadas a veces se caían, pero con sus uñas se agarraban de las rocas y se salvaban. Una vez don Egidio se resbaló y con unos reflejos impresionantes sacó un cuchillo de la vaina, lo clavó en su caída y quedó colgado del precipicio como monito animado.

Cuando era día del pago en Roma y le tocaba firmar las planillas para la asignación familiar, él se hincaba en el escritorio, entintaba la pluma en el tintero y se pasaba la pluma por la cabeza.

Tenía unas frases muy particulares. Si el trigo salía abundante, él decía “salió muy fachoso”. En cambio si salía medio malo, una matita aquí, otra por allá, sentenciaba que el trigo “viene muy avergonzado”. Cuando su señora, Trinidad Rodríguez, que era más buena para el caballo que su marido, lo acusaba de algún desliz, él decía “Señora Trini, se lo reconozco que me he puesto bien achiquillado, pero no lo voy a hacer más”.

SEGUNDITO BECERRA

Hijo de Egidio, hasta hoy es celador, el que cuida los canales y vigila que no roben el agua. Antiguamente los dueños de fundo andaban armados por si no hacían caso los inquilinos. Y también porque peleaban por el agua. Igual que ahora, pero más directo.

EFRAÍN HERNÁNDEZ

Era el cabrero de don Tararo. Todas las mañanas iba a sacar las cabras del alambique para soltarlas para el cerro y en la tarde las iba a buscar para guardarlas en su lugar.

FERNANDO TORO

El jardinero de las casas patronales, responsable de las preciadas camelias y arboleda de don Tararo.

TUCO GÓMEZ

Le decían Tuquito, era el cartero del fundo. Iba a caballo todos los días, menos los domingos. Galopaba los 11 kilómetros que separan Roma de San Fernando para llevar la correspondencia a la casilla de correos de la familia Rivadeneira, que era la Casilla 17, y se traía las cartas de vuelta a Roma. Le encargaban todos los días marraquetas, don Tararo no podía comer otro pan porque era enfermo el estómago. Traía mantequilla, carne, carburo y otras cosas que faltaran, como azúcar o té, que compraba en el almacén de Chelita Reyes. El pedido quedaba anotado en una libreta a nombre de don Tararo. También traía un tarro con leche de Roma para el tío Alberto, que vivía en San Fernando y estaba enfermo. Los días miércoles les mandaba una galleta del fundo a Chago y Feña que estudiaban internos en el liceo de San Fernando. Se paraba en la puerta y pegaba un grito que retumbaba: “¡Traigo el pan para los niños!”. Salían todos los cabros a mirar, así que a los dos hermanos les tocaba sacar torrijas para convidarles a los amigos.





### LA PICARDÍA DE MORALES

Morales era dueño del fundo San José de Toro. Era elegantísimo, tenía una fortuna, y era hijo de una prima de Tararo y Pito. Cuenta la anécdota que se las arregló para venderle porotos dos veces a Lulo, uno de los hijos del tío Pito. Morales se ofreció a comprarle unos porotos. Morales se llevó los porotos, pero nunca le dio la plata a Lulo. “Cuando lo pille a este desgraciado lo agarrro a patadas, me hizo lesa en mi propia casa”, rabiaba Lulo. Un día iba en el auto con Feña y vieron a Morales en la calle. “Déjame aquí mierda, que quiero hablar con él”, dijo Lulo. Se bajó echando humo por las orejas, pero el otro lo convenció y le compró el resto de los porotos. Lulo se los volvió a vender.

Otro cuento que parece más falso que cierto es sobre una ocasión en que Morales acompañó a Chago a reducir el mausoleo de los Rivadeneira en el Cementerio General. Sacaban y sacaban huesos, hasta que salieron unos bototos que estaban en bastante buen estado. Morales le dijo: “¿Qué hacemos? ¡Están nuevos!”.

### ARMANDO YÁÑEZ

Era uno de los tres capataces que tenían mayor rango, porque cuidaban los animales, los ensillaba y los arriaba. Como andaba a caballo era uno de los pocos que usaba botas y no ojotas.

### DON CELSO

Era el cuidador de las casas, pintoso, de físico poderoso, casado con Carmen. Le hizo unas ojotas a Sergio Rivadeneira, hijo de don Tararo, porque cuando niño estaba obsesionado con los pies fuertes y ojotas de los inquilinos.

### CLORA CALDERÓN Y JAVIER LEÓN

Eran el matrimonio que cuidaba la casa en Roma cuando no estaba la familia Rivadeneira.

### ÑUNGUITO

Su nombre era Manuel Maturana y le decían Ñunguito. Era el encargado de los caballos de la familia Rivadeneira en Roma y mayordomo del fundo. Vivía con su señora casi en la esquina de la casa patronal. Muy cariñoso y querido, les enseñó a andar a caballo a casi todos los niños Rivadeneira sobre el Plátano, el Blanco, el Repollo y varios otros equinos. A los niños más chicos les armaba la montura del caballo y les daba permiso para ir a la esquina y volver, tirando el caballo de las riendas.







Sentados,  
Sergio Cuadra y  
Carmen Rivadeneira,  
de pie: Joyce Hogg Monreal  
y Jaime Correa en el  
Parque Forestal  
de Santiago

En 1946, después de dos guerras mundiales y una recesión económica planetaria, llegó el momento que Tití esperaba desde 1925: dejar la vida de campo en Roma y trasladarse con su marido y los hijos a vivir a Santiago. Fue una buena época para los Rivadeneira Monreal. Especialmente para Tití, que se sentía como pez en el agua en el ambiente social capitalino, disfrutaba de las tardes de póker con sus amigas, sus caminatas largas por el centro y siendo la reina del palacio familiar en la calle República.

Por un breve periodo los hermanos volvieron a vivir bajo el mismo techo. Sergio, que tenía 19 años y estaba estudiando Medicina, y Carmen, que estaba en su último año de colegio, dejaron la casa de la abuela Mimí y volvieron a vivir con sus padres. Chago, que tenía 15 años y Fernando 13, dejaron el liceo de San Fernando y se inscribieron en liceos de Santiago. Chago estudió contabilidad en el Instituto Superior de Comercio (Insuco) porque siempre fue muy bueno para los números. Feña, que era el que tenía más vocación agrícola de los hermanos, terminó de estudiar en la Escuela Agrícola de Quinta Normal, que era donde iban los que eran buenos para la pala y para arar. Lo mandaban en carreta desde la Escuela Agrícola a buscar sacos a la Estación Central. Cuando egresó se volvió casi de inmediato a trabajar en San Fernando con su primo Nano. Y Panchito, el conchito de 8 años, dejó la escuela rural de Roma y empezó un largo rebote por distintos colegios de la capital con su hermana Carmen

como apoderada –y sempiterna protectora. La excepción fue Ricardo, de 17, que prefirió seguir interno en los Maristas de Rancagua y se reintegró a la casa familiar después de graduarse del colegio. Caduco quería estudiar Arquitectura. Venía a Santiago en el tren y se encontró con sus amigos Eduardo y Gonzalo Vial, que iban a postular a Derecho. Ahí decidió entrar a Derecho, porque además la fila de Arquitectura era muy larga.

Durante los primeros años, don Tararo se mantuvo marcando presencia aquí y allá. Se quedaba de lunes a viernes trabajando en Roma y se iba los fines de semana en auto o en tren a reunirse con su familia en Santiago, con dos canastos bien cargados de naranjas, manzanas, lechugas, huevos y algún pollo, porque era muy buen dueño de casa.

El tío Pito estaba muy enojado con esta decisión de su hermano de irse a Santiago y a veces discutían en el auto mientras manejaba Feña. El tío Pito le decía a Javier: “Es una huevá que te vayas a Santiago” y le tiraba a su sobrino el sombrero para atrás. Su papá le respondía: “Pero si tengo que educar a los niños”, y lanzaba el sombrero para adelante.

Inicialmente arrendaron una casa grande en República 621. A ese sector lo llamaban el barrio de los latifundistas porque eran en su mayoría casonas en las que vivían acaudalados dueños de fundos. Estaban muy cerca del





Carmen Rivadeneira  
y Sergio Cuadra

Club Hípico y a veces iban en el verano a su bonita piscina. Al poco tiempo don Tararo le compró la casa a don Manuel Vial, ubicada a dos cuadras, en República 399. Era una mansión de tres pisos que parecía un palacio o una embajada. Lamentablemente esa casa hace un tiempo se incendió y ya no existe. Las residencias que sobrevivieron de ese barrio hoy están convertidas en universidades y edificios patrimoniales.

La casa de República 399 era tan grande y tenía tantas piezas que pudo acoger a varias generaciones bajo el mismo techo. Cuando Carmen se casó con Sergio Cuadra, a los 19 años, con su marido y los hijos que iban naciendo – Cristián, Sergio, Paquí y Soledad –, siguieron viviendo en esa casa. Incluso durante muchos años vivió también el tío Carlos Monreal, el misterioso y extravagante hermano soltero de Tití. Compartía pieza con Caduco, que estudió Derecho y luego ejerció como abogado durante varios años viviendo en la casa familiar. Santiago comenzó a trabajar llevando la contabilidad de distintos fundos y vivía feliz y contento en la casa de sus padres mientras estaba soltero. Era simpático y bueno para ir al casino y salir de fiesta hasta tarde con sus amigos y primos. A su prima Mary Ann le preguntaba: “¿Sacaron panorama?”. Ella le respondía que no y él decía: “Otra fiesta perdida”. Tanto Chago como Caduco siguieron el consejo que les daba siempre su tío Pito: “Postergue, miijo, postergue” y a los 35 años no tenían ningún apuro en casarse. Lula, la nana de toda la vida de Tití, los molestaba: “¿Cuándo se van a casar? ¡Van a quedar para solterones!” y se reía a carcajadas. Caduco en ese tiempo era muy mañoso y maniático de su ropa. Mandaba a la Menchu a dejar camisas y trajes a

la lavandería y quería que se las tuvieran listas el mismo día. Una vez mandó a la Lula con un cheque a comprar una camisa a la Casa García, que quedaba en Alameda con avenida España, a dos cuadras de la casa. Estaba lloviendo y después de alegar y resistirse, Lula salió refunfuñando a cumplir el encargo: “Ay, le ha dado ahora con las camisas todos los días”, se quejaba.

La de República era una casa de dimensiones palaciegas, tenía un subterráneo y más de diez piezas. Muy cerca estaban las embajadas de Perú y de España y esta residencia no tenía nada que envidiarles en tamaño y esplendor. El jardín frontal era inmenso y frondoso, con un sendero ancho bordeado de césped y macizos de flores. Tenía un árbol antiguo que abarcaba gran parte del jardín y lo cubría con su sombra. Para los niños era como meterse en un túnel de ramas. No había terraza ni sillones para estar afuera. La entrada de la casa era una escala ancha con unas balaustras de cemento y la puerta principal. Desde el hall se podía salir al jardín o entrar a la casa.

La primera impresión era la de entrar a un palacio muy luminoso, tenía dos claraboyas y un tragaluz. En el primer piso había un recibidor inmenso, dos livings y un tercer salón o sala de estar, un comedor grande y un escritorio a la antigua lleno de libros que usaba Chago para sentarse a escribir. El piso era todo de parqué, no estaba alfombrado. Lula y sus hijas lo mantenían virutillado y tan encerado que resplandecía de limpio.

Había dos escaleras. La escalera de servicio y la ancha escalera principal, que se usaba para las visitas y parecía

sacada de Lo que el viento se llevó. Era de madera y tenía una claraboya impresionante, con vidrios cincelados. Tití se enojaba porque sus nietas se tiraban por el pasamanos de la escalera principal. Las retaba y las mandaba a bajar por la escalera de servicio, que estaba por el otro lado. En el espacio debajo de la escalera había una puerta y una vez Feña entró y vio varias chimeneas guardadas ahí, pero nunca se les ocurrió sacarlas, quién sabe en manos de quién estarán.

En el segundo piso estaba lleno de piezas en las que alojaba la familia. En la más grande y bonita vivían los abuelos, Tití y Tararo. Era una habitación con balcón, cortinas, la enorme radio del abuelo Javier y un tocador con espejo donde Tití se pintaba y guardaba sus polveras, sus frasquitos de perfume y su maquillaje. También tenía un ropero gigante, maravilloso, donde escondía sus míticas monedas de oro de las que siempre hablaba pero nunca mostraba. Sus nietos y bisnietos llegaron a creer que eran un cuento de Tití, pero eran reales. Les regaló una moneda de oro a cada uno de sus hijos cuando ya eran adultos. Ese ropero ahora está en Roma, al igual que las camas de Tití y Tararo. La pieza era tan espaciosa que también tenía una mesa de póker en la que Tití se sentaba con sus amigas a jugar cartas. Su nieto Sergio Javier cuando era chico se metía a la habitación a verlas jugar y nunca lo echaron, era un grupo de señoras acogedoras y simpáticas con los niños.

En otra pieza vivía Carmen y su marido Sergio Cuadra. En las dos habitaciones vecinas vivían sus hijos mayores, que alcanzaron a vivir en República: Sergio,

Cristián, Soledad y la Paquí. Chago tenía una pieza que compartía con Feña y Panchito. Y Caduco dormía en otra pieza con el tío Carlos.

En el tercer piso vivían las trabajadoras domésticas, donde compartían tres dormitorios y un baño. Eran la Lula, sus dos hijas Elba y Menchu, y Melania, que estuvo durante un tiempo. Elba llegó chiquitita, cuando aún era una guagua y se crió en la casa jugando con los hijos de Carmen, que eran de la misma edad. Menchu, que era más grande, se casó y se fue a vivir a Argentina. En ese tercer piso había una salida para subirse al tejado y ver la puesta de sol. Los niños de la casa se entretenían trepando a los techos de la casa y del vecindario.

Detrás de su fachada palaciega la casa seguía siendo una sucursal del campo. Lula tenía un brasero en el tercer piso que prendía con un tarro y salía la llama por el otro lado. Cuando Elba era chiquitita todavía, don Tararo le compraba cajas de pollitos recién nacidos y le encargaba que los criara en el enorme patio trasero de la casa. Él les daba trabajos especiales a todos los niños y esa fue la misión que le dio a Elba. Como los pollos eran chiquititos, para que no pasaran frío al caer la tarde Elba los guardaba en un clóset de la pieza en el tercer piso, que estaba bien temperado con el brasero. Los pollitos estaban felices piando en su cajita. Después, cuando ya estaban crecidos, don Tararo se los llevaba para el fundo. Más grande, Elba se ocupó también de limpiar los autos con un trapo todos los días en la mañana, barrer el patio grande y regar el jardín. Y en la tarde se encargaba de los pollos.

En el patio había gallinas, patos, un loro y una pequeña huerta. Solo faltaba que llegaran los caballos. Era una casa llena de resabios del Chile rural de la Colonia. En el subterráneo guardaban la leña para la chimenea, el charqui, las manzanas, las papas, las cebollas colgando en ristras, los sacos de porotos y los cajones de fruta que traían del campo. Toda esa mercadería almacenada alcanzaba para tres o cuatro meses. Siempre había un gato para evitar que se llenara de ratones. Sergio, Cristián, Paquí y la Elba jugaban al almacén con los abarrotes del subterráneo, a la pelota, a las bolitas, al trompo y a los vaqueros, con sombreros de cowboy y pistolas de madera en la cintura. Se escondían detrás de los troncos de los árboles y se tiraban al pasto a disparar con las pistolas de juguete. Paquí y Elba eran muy apegadas cuando chicas. Si Elba no estaba acostada, Paquí no se acostaba. La amistad perduró y ahora Paquí es la madrina de confirmación de la sobrina de Elba.

Sergio y su hermano Cristián invitaban a sus amigos a jugar al patio. Era un espacio entretenido para los niños, porque atrás había una suerte de garage en ruinas de tres pisos, con un balcón lleno de hoyos, donde podían meterse a demoler restos de paredes de adobe, hacer fuego o jugar a las escondidas en los escombros y nadie se daba cuenta. Un reino propio lejos de la vista de los adultos.

En la calle había familias de clase alta, como los Donoso y los Pérez Sánchez, y había cités humildes entre esas mismas casas. Los niños de los cités también iban a jugar a la casa, un lugar entretenido donde siempre había gente: amigos de los nietos jugando en el patio; hermanas y primos solteros de Tití que llegaban a almorzar el fin de semana, como el tío Víctor; compañeros de universidad de Sergio y de Caduco. Por esa misma época, a los niños de la familia Vial Cox, la misma que había vendido la casa a Tararo, se les murió la mamá y pasaban siempre donde los Rivadeneira. Eran muy amigos de los hijos de Carmen y se sentían acogidos en esa familia numerosa y bulliciosa.

TITÍ SE ENOJABA  
PORQUE SUS NIETAS  
SE TIRABAN POR EL  
PASAMANOS DE LA  
ESCALERA PRINCIPAL.  
LAS RETABA Y LAS  
MANDABA A BAJAR  
POR LA ESCALERA DE  
SERVICIO, QUE ESTABA  
POR EL OTRO LADO.





Tití llevaba esta multitud de niños, amigos y conocidos revoloteando por la casa con buena tolerancia y buen humor. Los niños de Carmen celebraban sus cumpleaños con casi 30 amiguitos en la casa y con torta hecha por la Lula.

Panchito era el regalón de Lula. Ella le decía Panchote y él le decía mamá Lula, porque lo cuidó desde recién nacido. Su casa estaba al lado del colegio, pero les decía a los profesores que vivía en Vitacura y que llegaba tarde porque venía de muy lejos. Era flojo para estudiar, pero tuvo la suerte de que le tocó el cambio de notas. Antes las notas se ponían como en Derecho, con pelotitas negras y coloradas, donde las coloradas eran las buenas. Entonces Panchito llegaba con un rojo en la libreta y su papá lo felicitaba.

Cuando entró a la Escuela Militar a los 15 años, Lula y Elba iban al recinto que entonces estaba en Beauchef a buscar sus guantes para lavárselos, porque tenían que estar inmaculadamente blancos. Su hermana Carmen era su apoderada y a veces iba a entregarle la espada y ese tipo de cosas. De esas tareas se encargaba ella, porque Tití se desentendía de esas cosas con el sexto hijo. Pero para jugar póker salía cascando. En uno de sus días de salida, Pancho se fue a dormir y no se quiso levantar más. Lula le dijo:

–Panchote, estás acostado. ¿No vas a ir a la Escuela?  
–No, mamá Lula, no voy a ir más. Me salí.  
–Panchote, lindo, tu papá te va a retar... ¿él sabe?  
–Sí.

Pero Tararo no sabía. Ese día llegaron sus padres a Santiago desde Roma y lo encontraron muy acostado. Cuando le empezaron a llegar retos y coscachos de parte de su papá, Panchito pidió auxilio: “Mamá Lula, veeeen!”. Lula lo retó también: “Eso te pasa por porfiado”, pero ponía su cuerpo menudito entremedio para que no le pegaran, porque su Panchote era intocable. En República se vivió una infancia disfrutada y generosa con la familia extendida viviendo bajo el mismo techo, como era antes, cuando había espacio. En 1962 era una de las pocas casas de Santiago que tenían un aparato de televisión y para los partidos el living se llenaba de gente. Iba hasta el carabinero de la embajada de Perú a ver jugar a Chile. Todos los días llegaban muchos amigos de Sergio Javier y de la Telo que se sentaban a ver tele, pero a veces cuando llegaba Tití y veía un choclón de niños amontonados en su living, se le acababa la paciencia y los echaba. Como su palabra era ley, los chiquillos se saltaban la reja y escapaban a la calle.



< Lula



## SERGIO TOMA EL ROL DE SU PAPÁ EN EL CAMPO

Don Tararo no solo proveía para su familia en Santiago. Era muy ayudador de su familia extendida y se preocupaba de ir a ver a sus tíos en San Fernando y de enviarles comida a parientes pasando por apuros. Su hermano mayor, el tío Pito, no hacía eso, era más huraño. Cuando se moría un familiar, Tararo partía a ayudar y a organizar el velorio y todo lo necesario. De los tres hermanos Rivadeneira Palacios que habían heredado Roma, era él quien representaba a la familia y se apersonaba en momentos de necesidad. Era muy simpático y conversador, capaz de quedarse hablando la tarde entera. No le faltaba tema, ni siquiera con desconocidos.

Una vez su hijo Feña lo fue a dejar desde Roma a Santiago en auto. Un carabinero les hizo señas para que lo llevaran y Tararo, que iba leyendo el diario, le dijo a Feña que parara y lo llevaran. Le preguntó de dónde era. “De Tinguiririca”. “Ahí vive doña Martina González, esa es tía mía”. Y así, se fue conversando durante todo el día, preguntando por la familia del uniformado. Nunca se aburría de hablar.

Además, escribía muy bien y solía incluir rimas en sus cartas. Se llevaba bien con los parientes de Tití que visitaban la casa en República: el tío Carlos y Roberto Monreal, más conocido como Toto. Le mandaba una carta al tío Carlos y remataba la misiva con “y al incomparable Toto no lo deje de traer, porque un plato de porotos con él me quiero comer”.

En esta nueva etapa de mayores gastos, con su familia instalada en un palacio en Santiago, Tararo le pedía a su

hermano Pito que le pasara más plata de las ganancias del campo. Pito no gastaba en nada porque no salía nunca de San Fernando y porque era muy austero. Entonces rabiaba cuando su hermano le pedía plata para poder ir a Santiago con plata para la Tití y para costear sus salidas a la ópera y a jugar dominó en el Club de la Unión. Tararo le decía a su hermano “Ya, pero Pito, dividamos algo de plata, además que ahora estamos consolidados”. Pito le respondía su clásica frase: “Consolidados las weas”.

Finalmente el tío Pito cedía y de mala gana hacía dos cheques por el mismo monto, uno para él y otro para su hermano. Firmaba el cheque de Tararo, se lo entregaba y agarraba el cheque que era para él y le decía, echando chispas: “yo este cheque lo voy a guardar y no me lo voy a gastar”. Tararo le respondía: “Métetelo en el pote si tú quieres”, enojado de que le pasaran plata haciendo tanto show.

Don Tararo se dividía entre dirigir los trabajos del campo en Roma y la convivencia familiar en Santiago. Feña, que había vuelto a los 18 años a vivir a Roma, manejaba el Ford de su papá y lo iba a dejar los viernes a la estación de buses de San Fernando, recién inaugurada. El auto lo dejaba guardado en la Ford y después Fernando se tenía que volver en micro a Roma. Cuando su padre le permitió usar el auto durante los fines de semana, Feña volvía el sábado a buscar el Ford a San Fernando y luego se iba a la casa del tío Pito y la tía Anita para pasar a buscar a su primo Lulo, su prima Rafaela y a sus amigas Neche de Amesti, María Isabel y Raquel Díaz.

Se sentaban todas en el auto y se iban escuchando las cuecas del programa favorito de Feña, Esta es la fiesta chilena, con Neche siempre sentada al lado de él. Así, en esos viajes, comenzó el polo-leo con su señora.

Feña, muy apegado siempre a Tití, aprovechaba sus idas a San Fernando para hablar por teléfono con su mamá. Salía a las nueve desde Roma, llegaba a las diez y media a la oficina de teléfonos y le decían que tenía hora para hacer su llamada a las tres y media de la tarde. Entonces pasaba a la posada a dejar el caballo, las botas y las espuelas y ahí por una suma módica se las guardaban. Tití tenía una voz muy parecida a la de su hermana Graciela, entonces cuando contestaba ella el teléfono, Feña se confundía y le respondía “Sí, tía Graciela; no, tía Graciela”. La Tití le aclaraba: “soy tu mamá, niño estúpido...”.

Sergio, el mayor de los Rivadeneira Monreal, entró a estudiar medicina pero no alcanzó a terminar porque en su tercer o cuarto año su padre lo mandó a llamar para que lo ayudara a administrar el campo. Siguiendo la lógica del mayorazgo que aplicó el abuelo Javier con Pito y Tararo, Sergio fue destinado por su papá a hacerse cargo del campo porque era el hijo mayor. Era el más cercano a Tararo, el delfín, el príncipe heredero.

Al principio a Sergio le costaba levantarse temprano. Sentía a Elba cuando llegaba darle la papa y mudar a Verito, su hija menor, y le preguntaba: “Elba, ¿el papá ya se levantó?”. Ella le decía que ya venía de vuelta del potrero, había tomado desayuno y estaba sentado en la esquina del corredor. Entonces Sergio se escabullía por el escritorio y salía por el corredor hacia la arboleda, para que no lo pillara. Entraba de nuevo por el patio de adentro y salía al pasadizo para que pareciera que venía de vuelta del comedor. Le costaba madrugar y

SERGIO, EL MAYOR DE LOS RIVADENEIRA MONREAL, ENTRÓ A ESTUDIAR MEDICINA PERO NO ALCANZÓ A TERMINAR PORQUE EN SU TERCER O CUARTO AÑO SU PADRE LO MANDÓ A LLAMAR PARA QUE LO AYUDARA A ADMINISTRAR EL CAMPO. SIGUIENDO LA LÓGICA DEL MAYORAZGO QUE APLICÓ EL ABUELO JAVIER CON PITO Y TARARO. SERGIO FUE DESTINADO POR SU PAPÁ A HACERSE CARGO DEL CAMPO PORQUE ERA EL HIJO MAYOR. ERA EL MÁS CERCANO A TARARO, EL DELFÍN, EL PRÍNCIPE HEREDERO.



prefería dormir un poco más mientras que a las siete de la mañana su papá ya estaba en los potreros dando instrucciones a Ñunguito, que era el ministro que mandaba a los trabajadores, distribuía los trabajos y les entregaba las galletas para el desayuno.

Tararo llegaba a golpearle la puerta a Sergio y le gritaba: “¡Levántese, hijito, por la puta!”. Y le abría los brazos diciendo: “Tiene que mantener a su familia”. Le llegaban retos cuando se atrasaba y a veces se arrancaba directamente al campo en su caballo sin tomar desayuno para que su papá no se diera cuenta de que se había levantado tarde. Después de vivir casi toda su vida con las comodidades de la ciudad no estaba acostumbrado al rigor de los trabajos del campo. Pero le nacía querer ser de ayuda para su padre y le fue tomando el gusto a su rol.

Llegaba a la pieza de don Tararo y le hacía preguntas para organizarse: “Papá, ¿qué tenemos que hacer con los terneros chicos?”. “Pásame los calcetines”, ordenaba Tararo y luego respondía: “Hay que separar a los terneros chicos”. “Y qué hacemos con los porotos?”, volvía a preguntar Sergio. “Pásame los pantalones”, respondía Tararo. Hasta que Sergio se cabreaba y le decía: “A ver, papá, por la puta, ¿soy administrador o soy valet?”.

Como empleador, Tararo era paciente, pero tenía principios que no transaba. En todo el tiempo que fue patrón solo echó a una persona del fundo y fue porque hizo un agujero en la bodega y robaba porotos. Era el cuidador, además, y que robara no era admisible. La familia Rivadeneira le tenía mucho cariño, porque él herraba los ca-

ballos y ensillaba en la mañana. Lo sintieron mucho los hijos Rivadeneira, pero se tuvo que ir.

Feña ya llevaba dos años viviendo en Roma y trabajando en sociedad con su primo Nano en distintas siembras y servicios agrícolas. Cuando se vino Sergio, se hicieron socios los dos en la administración del campo de Roma. Eran hermanos, amigos, compadres y socios.

Por esa misma época, Sergio conoció a Gloria Correa en una fuente de soda de San Fernando. Ella estaba recién salida del colegio y llegó a vivir a San Fernando, a donde solo había ido los veranos. Un amigo la llevó a tomar una coca cola a un lugar donde se juntaba la gente a tomar bebidas. Estaban conversando, cuando el mayor de los Rivadeneira se acercó y le pidió a su amigo: “Preséntamela”. El amigo dijo que no y Sergio, ni corto ni perezoso, dijo: “Ya que no me la quieres presentar, me voy a presentar yo. Yo soy Sergio Rivadeneira...”. Ella lo encontró alto y regio y al poco tiempo empezaron a pololear. Se encontraban después de la misa de las once y se iban al club, o él se quedaba a comer en la casa y se iba más tarde. Sergio le escribía cartas desde el tren de San Fernando a Santiago. Al poco tiempo se casaron. Primero nació Claudio y luego Sergio Andrés, que debido a ciertas complicaciones se murió de un año sin haber salido nunca de la clínica. Era muy bonito, con pestañas preciosas y pelo crespo. Luego se instalaron a vivir en Roma, donde fueron felices y tuvieron tres hijas más.

Matrimonio de  
Gloria Correa y  
Sergio Rivadeneira>





En esa época había un solo auto en Roma que era de don Tararo. Feña le pedía a su cuñada: “Anda a decirle al papá que quieres ir a ver a tu papá ,porque yo quiero ir a ver a mi polola”. Gloria le hacía la paleteada y le pedía prestado el auto a su suegro para ir a San Fernando a ver a su papá. “Bueno, vaya”, respondía Tararo y Fernando aprovechaba de visitar a la Neche.

Elba fue enviada de regreso a Roma para ayudar a Gloria y Sergio a cuidar a los niños. A las 13:30 los tenía acostados para que durmieran siesta hasta las cuatro y en ese rato aprovechaba de lavarles la ropa y los pañales. A las cuatro les daba leche con fosfatina y a las ocho y media los hacía dormir.

Feña también se casó joven, con Neche, otra sanfernandina que hizo buenas migas con Gloria. Las dos se sentaban en el rincón del corredor con un brasero debajo de una mesa y con una radio al lado a escuchar comedias, coser ropa o tejer chalecos a las guaguas. Ponían a secar la ropa de los niños en unos secadores de mimbre grandes junto a los braseros para que las empleadas después la plancharan.

Dio la casualidad de que el primo Nano, hijo del tío Pito, se casó con un día de diferencia con Tina, que es hermana de Neche. Feña y Neche se casaron el 26 de enero y Nano con Tina se casaron el 27. Los dos matrimonios fueron siempre muy cercanos y hacían viajes y paseos juntos. Una vez las dos parejas fueron en auto a Viña del Mar, uno de sus destinos favoritos. De regreso a Roma pasaron a echar bencina, Nano se ofreció a pagar, pero

Feña propuso que pagaran a medias y eso gatilló que se enfrascaran en una discusión. Tina y Neche aprovecharon de bajarse a comprar galletas. Los primos llegaron a acuerdo, pagaron, se subieron al auto y partieron. Iban conversando como loros y cuando estaban por llegar a Roma algo iban alegando y el Nano dijo: “Pregúntale a la Tina, para que veas que es cierto”. Feña miró para atrás y recién entonces se dieron cuenta de que sus mujeres no estaban en el auto. ¡Habían dejado botadas a Neche y Tina en la bomba de bencina! A ellas no les importó porque habían ganado plata en el casino, y pensaron irse a un hotel, pero volvieron a buscarlas. Durante años Feña y Neche se mataban de la risa recordando este cuento.

Poco antes de su matrimonio Feña creó una carbonería, hacía carbón de espino con carboneros que sacaban las ramas de espino y peumo de los cerros. En esa época casi toda la gente que estaba arrancando de la policía eran carboneros porque en los cerros nunca los iban a buscar. Gracias a este negocio pudo amoblar su casa de recién casados. Después le vendió la carbonería a Sergio.

Neche tenía 19 años cuando se casó con Fernando. Una vez su suegro se enojó porque ella vio el jardín y encontró que las plantas estaban muy tupidas y que había que despejar y dejar puro pasto y los árboles grandes. Llamó a un trabajador y le dijo que por favor empezara a despejar. Sacaron todo, incluso algunos arbustos que molestaban la vista. A Neche se le ocurrió hacerlo, porque su mamá siempre decía que había que tener pastito. Hasta que un día don Tararo llegó a verlos desde Santiago y le dijo: “Por Dios, está bonito, pero me has botado hasta los



Claudio, Gloria  
María, Verónica  
y Consuelo  
Rivadeneira con  
Gloria Correa



arbustos finos”. Esa es una anécdota que nadie le creía a Neche de su suegro, porque le podría haber dicho ¡cómo hiciste eso! Pero él, con su cariño de siempre, le dio a entender que realmente no debía haber cortado, que debió pedirle permiso a él.

Una paciencia parecida demostró don Tararo con su otra nuera, Gloria. Él le tenía mucho cariño a sus camelias, eran su tesoro. Gloria un día estaba cortando camelias para el florero y su suegro, alarmado, le dijo: “Gloria, no se pueden cortar las camelias”. Ella no entendió lo que le decía y le respondió: “No, si yo puedo, mire”. Y cortaba y cortaba.

De manera inesperada para alguien tan alegre como él, don Tararo cayó en una depresión que le impidió seguir haciéndose cargo del campo. No tenía energía para le-

vantarse y menos para trabajar. Feña lo sacaba todos los días en auto a dar vueltas para reanimarlo, pero no hubo caso. Entonces decidió venirse definitivamente a Santiago y entregó la responsabilidad completa del campo a su hijo Sergio. El padre seguiría apoyando como una suerte de consejero desde Santiago, pero el liderazgo pasó a ser definitivamente de Sergio. Fue un cambio de ritmo difícil, después de toda una vida acostumbrado a ser el patrón de Roma. Pero una vez llegado a Santiago la depresión fue amainando y comenzó a regresar su espíritu festivo y dicharachero. Iba al Club de la Unión todos los días a jugar dominó con sus amigos y al teatro en las tardes acompañado de Tití o de Carmen.

Tenía un humor maldadoso que sacaba a relucir con sus nietos chicos. Una vez llamó a su nieto Sergio Cuadra, porque le tenía un regalo. No era navidad ni su santo, pero



le tenía un paquetito envuelto. Intrigado, Sergito lo abrió y resultó ser un cenicero del Tata, que se desternillaba de risa con su propia broma. También les decía en tono muy serio a sus nietos que iba a hacer una piscina en el campo. Cuando los niños le recordaban su promesa, él les respondía\_ “Ah, es que había entendido que ustedes querían una ofi-cina”. Todo lo tomaba para la chacota.

La única vez que vieron a don Tararo enojado de verdad fue en una discusión con Sergio. Su hijo mayor era partidario de Eduardo Frei Montalva y Tararo era del partido liberal, de derecha. Sergio le dijo que había que arreglarles las casas a los inquilinos, que no podían seguir viviendo en viviendas tan precarias, y esos cambios serían parte de las innovaciones de la reforma agraria que traería Frei. A Tararo le dio rabia que su hijo le dijera lo que había que hacer con los inquilinos y echó a Sergio de la pieza.

Sergio era querido por los trabajadores porque lo consideraban humanitario, muy caballero y de muy buen trato. Les decía a los inquilinos que si había alguien enfermo que fueran a buscarlo a la hora que fuera para partir a la urgencia del hospital.

### LA COCINA DE LA LULA

La cocina era el territorio que dominaba Eduvina Pereira Catalán, la Lula. Fue la fiel nana de Tití hasta su muerte, nacida y criada en Roma y también tuvo a sus dos hijas Elba y Menchu en Roma. Las tres vivían en familia en el tercer piso de la casa de República. Lula era una excelente cocinera y hacía la comida para todos.

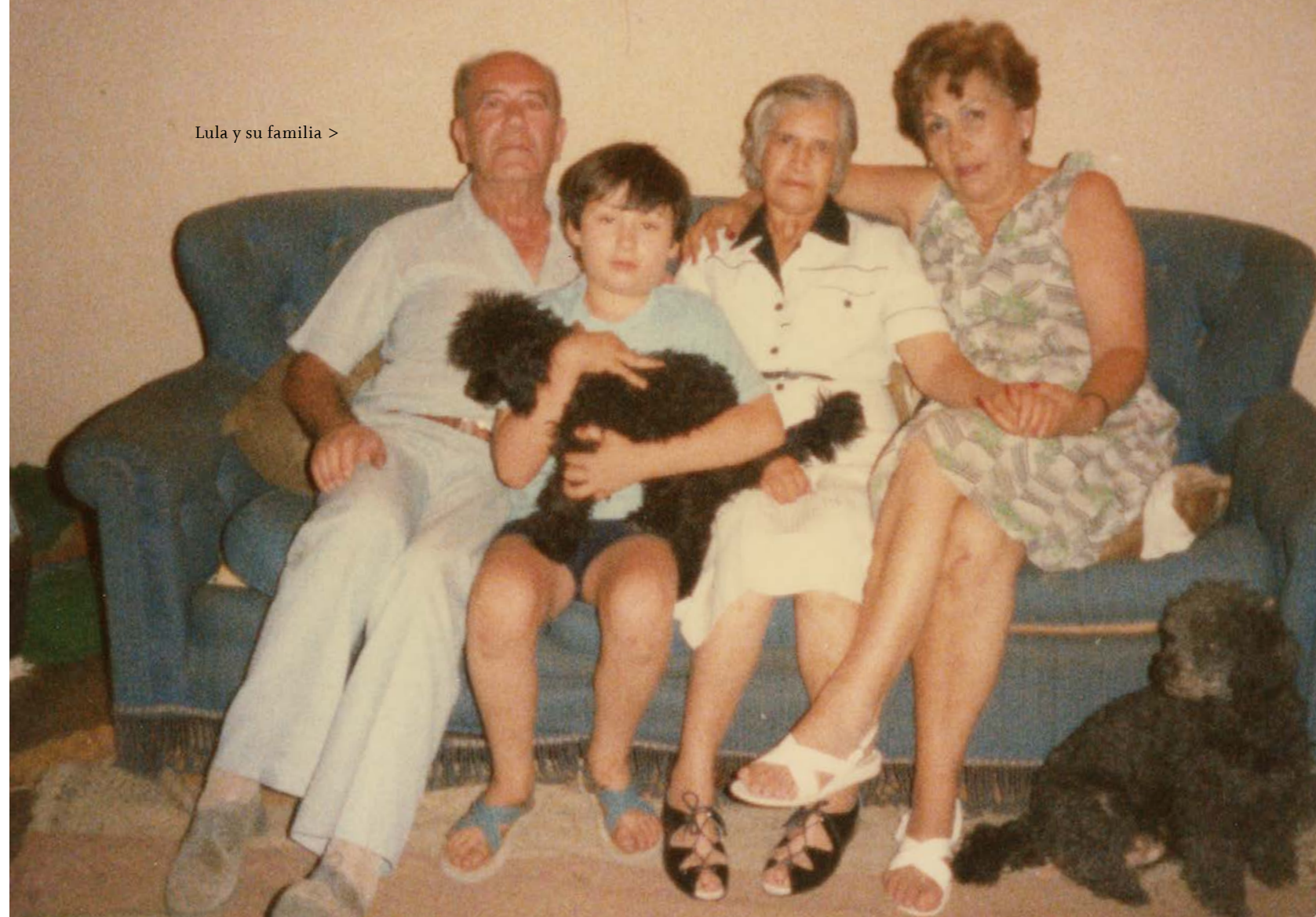
Todos los días iba a la carnicería, al Almac y a los negocios del barrio a comprar con una libreta donde anotaba la lista de compras y lo que gastaba. Si había almuerzo preparado para las ocho personas que había en la casa, podían llegar de sopetón otros ocho y había almuerzo igual. Nadie sabe cómo se las arreglaba Lula, pero alcanzaba para todos y nunca ponía un problema.

Cocinaba platos típicos de campo, comidas antiguas que le gustaban a Tití. Cazuela, porotos granados o con rienda, legumbres, papas con luche, charquicán, guiso de cochayuyo, empanadas fritas de queso, tortas, huesillos, ciruelas cocidas, picarones con almíbar.

La Lula hacía todo a mano en la cocina, que era grande y con una mesa al medio con una tabla para picar o amasar. La cocina también tenía un repostero, donde comían los niños de Carmen cuando estaban chicos. Todo se compraba para cocinar en el día. Había refrigerador, pero a Tití le gustaban los ingredientes frescos y las preparaciones hechas para el día, igual que en Roma. No se congelaba nada ni se guardaba comida para el día siguiente.

En la casa los fines de semana se almorzaba majestuosamente. Había tres platos: una sopa, consomé o crema de verduras, una entrada y un plato principal. De postre siempre había fruta cocida y en el verano helados de canela hechos por la Lula, que eran la perdición de la familia entera. Para preparar esos helados Lula tenía la paciencia de cocer los palos de canela para que el agua quedara rosada, le agregaba azúcar y después dejaba enfriar el agua acanelada en cubetas para que fuera cua-

Lula y su familia >



jando. Luego raspaba con la cuchara para sacar la escarcha, batía un buen rato ese hielo molido con un tenedor y luego lo echaba a la cubeta otra vez a congelarse.

Para los cumpleaños, santos y celebraciones con invitados, la Lula hacía unos fritos de zapallo espolvoreados de azúcar flor que eran muy buenos. Hacía tortas de mil ho-

jas de hojarascas tan finas que se demoraba varios días en hacerlas. El merengue lo preparaba batiendo firmes ocho claras y sus tortas de merengue con frutillas provocaban suspiros.

También horneaba unos legendarios queques para agasajar las amigas pokeras de Tití, que se juntaban una vez

a la semana a jugar a las cartas. Eran como 15 señoras que se sentaban alrededor de una mesa profesional de póker. Entre ellas estaban Marina y Eugenia Correa, las señoras Lucha, Ena y María Radrigán. Empezaban a llegar a las tres de la tarde y se quedaban hasta las ocho y media o nueve de la noche. Peleaban, gritaban, se reían, apostaban plata con fichas y en un cuaderno iban anotando las cuentas. Se armaba una gritadera cuando perdían, lo pasaban espectacular. No podía faltar en la mesa un platito celeste con harina para limpiar las cartas. Era un truco de Tití. Limpiaba los naipes con un pañito y lo pasaba por harina para que quedaran suaves y más fáciles de barajar. Se turnaban las casas todas las semanas. Cuando iba cerca, Elba y Lula la iban a buscar a pie para acompañarla. Si ya se hacía más tarde, se venía con un taxista de confianza.

Cuando Tití se iba a jugar, don Tararo se quedaba solo en la casa y de inmediato le proponía un panorama a su nuera Gloria: “Glorita, vámonos al teatro”. Ella le respondía que sí y que podían tomar un taxi. “No, cómo vamos a tomar un taxi si lo rico es andar en micro”, replicaba el suegro.

Cuando la reunión de pokeras era donde la Tití, la Lula servía té acompañado de galletas, queques, pancitos con jamón y la repostería que tocara: a veces sopaipillas, a veces panqueques, roscas o chimbos falsos, que eran una especie de bizcochuelo bañado en almíbar. Cuando se iban las amigas, los nietos de Tití se encargaban de devorar cualquier sobra que hubiera quedado en la mesa.

## LA CELEBRACIÓN DEL SANTO DE TITÍ

El 29 de julio era el santo de Tití y nadie podía faltar a su celebración. Era sin duda la festividad principal de la familia. Llegaban todos sus hijos, yernos, nueras y nietos, incluidos los que vivían en San Fernando. También sus hermanos, sus tías vivas, su adorado tío Víctor, varios primos y amigos de la familia. Eran más de 30 adultos y toda la chiquillería. Se llenaba tanto la casa que parte de los invitados se sentaba en la escalera para comer.

Para esta ocasión especial, su nuera Neche se daba el trabajo de cortar camelias del jardín de Roma, que eran lindísimas, de todos los colores. Hacía con ellas un arreglo floral bonito para los centros de mesa. Eso le fascinaba a Tití. Llegaban los invitados y ella llamaba a la Neche y la presentaba: “Esta es mi nuera, que me trae las camelias y me las pone aquí y me alegra la vida de puro verlas”.

Lula se esmeraba durante los días previos en la preparación del banquete. Hacía unas tortas de milhojas, de merengue con frutilla o de chocolate con galletas champaña que eran legendarias. Hacía un pavo asado al horno tan deleitoso que ha sido recordado por varias generaciones de Rivadeneira. Lo dejaba adobando toda la noche con orégano, ajo y jugo de limón. Sergio llegaba días antes con un pavo gordo desde Roma, a veces venía vivo y lo mataban ahí mismo, en el patio. Una vez el ave se arrancó para la calle y tuvieron que salir corriendo a atraparlo. Siempre mandaban a hacer otro pavo entero al Club de la Unión, para que no fuera a faltar. Acompañaban las lonjas de pavo con la clásica ensalada de apio,

palta y nueces de la Lula y una de chagual de la cordillera aliñado con limón y sal, todo amenizado con varias botellas de vino. Los niños comían en una mesa chiquitita al lado de la mesa grande del comedor.

Este era el gran día de Tití, que nada amaba más que ser el centro de atención. Se arreglaba, se pintaba los labios rojos, iba a la peluquería y se vestía impecable para protagonizar su celebración. Cuando le ofrecían cigarros, aceptaba con una coquetería que llegaba a ser siútica, aunque no fumaba.

Su invitado favorito era su tío Víctor, hermano de Mimí, su mamá, a quien esperaba con agasajos especiales. Tití se asomaba ansiosa a la cocina a dar instrucciones: “Lula, el mejor plato es para mi tío Víctor”. Apenas se cerraba la puerta, Lula refunfuñaba: “Ya llegó esta señora a joder la pita... ¡qué se pone pesada cuando está con gente!”, le decía a Elba, mientras servía plato tras plato. Cuando los invitados pasaban a la mesa Tití decía en voz alta que su tío Víctor iba en la cabecera al lado de ella, como si se tratara del más alto de los honores. Era su tío adorado y nadie podía destronarlo.

~~~~~

CUANDO LA REUNIÓN DE POKERAS ERA DONDE LA TITÍ, LA LULA SERVÍA TÉ ACOMPAÑADO DE GALLETAS, QUEQUES, PANCITOS CON JAMÓN Y LA REPOSTERÍA QUE TOCARA: A VECES SOPAIPILLAS, A VECES PANQUEQUES, ROSCAS O CHIMBOS FALSOS, QUE ERAN UNA ESPECIE DE BIZCOCHUELO BAÑADO EN ALMÍBAR. CUANDO SE IBAN LAS AMIGAS, LOS NIETOS DE TITÍ SE ENCARGABAN DE DEVORAR CUALQUIER SOBRA QUE HUBIERA QUEDADO EN LA MESA.

~~~~~





Cédula de identidad de Tití

A las siete y media de la mañana Lula le llevaba el desayuno a la cama a mamá Tití y a don Tararo. Era una bandeja grande con el jarro de agua caliente, la taza, el lecherito, el azúcar, el té y todo el servicio completo de té y unas tostadas con jamón, queso, mermelada del campo o huevos revueltos, lo que hubiera. Lula llegaba con esta tremenda bandeja y se escuchaba el crujir de sus pasos subiendo la escalera.

La Menchu, que ejercía el extinguido oficio de niña de mano, atendía a Tití como si reinara en el palacio de Versalles. Le hacía la cama, sacaba del clóset la ropa que Tití se iba a poner ese día y se la dejaba lista sobre el cobertor de la cama, que siempre debía estar estiradísimo. Abría la llave de la ducha para que corriera el agua hasta que se calentara y así la Tití no se enfriara mientras esperaba, le rascaba la espalda y le hacía masajes en los pies, porque se quejaba de que le dolían.

A las ocho y media Tití ya estaba lista para salir, arreglada y con el diario leído. Leía todos los días El Mercurio y El Diario Ilustrado. Nadie podía tocar los diarios antes de que ella los leyera. A las nueve o antes le dejaba a Lula las instrucciones para el almuerzo: “Papas con mote y bistec, te dejo la plata para que vayas a comprar”, y luego salía. Cuando llegaba de vuelta, ya estaba listo el almuerzo.

Todos los días se iba al centro a pasear. Salía envuelta en un abrigo negro de cuero con un pañuelo blanco y ca-

minaba desde Gorbea con República hacia arriba por la Alameda, todo ese recorrido de ida y vuelta a pie. Llegaba de vuelta pasada la una de la tarde a almorzar. Como era loca por los dulces, después de algún trámite en el banco y de hacer un par de compras, se sentaba en la Plaza de Armas a comer cocadas, empolvados o chocolates. Todas las Monreal eran buenas para el dulce. Si a Tití le ofrecían un bistec a lo pobre o un pedazo de torta, se iba por la torta, sin dudar. A Chago y a Caduco les compraba empolvados y dulces chilenos y se los iba a dejar a la oficina. Le decía a Caduco “Come, niño, que yo no puedo comer más”, con la ropa llena de azúcar flor de los empolvados que se había zampado ella.

No era una abuela querendona, pero era divertida y acogedora. De sus recorridos por el centro traía sustancias y pastillas a los nietos. En la noche llamaba a los nietos que vivían en la casa para rezar tres Ave Marías y el Ángel de la Guarda y no se movía hasta que lo hicieran. Los niños se hincaban y rezaban ante la Virgen que Tití tenía en su pieza.

Tití era muy creyente y tenía la costumbre de ir a misa todos los domingos. La religión era parte de la vida del barrio República, que estaba lleno de iglesias y de colegios católicos. Los domingos iba toda la familia arreglada, caminando, a la misa.



Cristián, Sergio  
Javier y Paquí  
Cuadra Rivadeneira  
en la casa de  
República



Paquí en República



Sergio y Paquí  
Cuadra en la casa  
de República



Claudio Rivadeneira  
Correa





Para el Mes de María Tití hacía un altarcito con flores frescas para las estatuillas del Sagrado Corazón y la Virgen María que tenía en su cómoda. En la tarde llamaba a todos los que estaban en la casa: “Vengan a rezar el Mes de María”. Llegaban Lula, Elba, Carmen, Mercedes, Caduco y todos los nietos a su pieza a cantarle a la Virgen.

Cada tres o cuatro meses Sergio, el hijo mayor de Tití y Tararo, llegaba a República con una camioneta llena de carbón, papas, cebollas, conservas y frutas y vegetales del campo de Roma. Era una alegría para los niños de la Carmen, que decían “¡Va a llegar Caíto, va a llegar la Gloria!”, que eran sus hijos mayores. El delfín de la familia se preocupaba sobre todo de que a sus padres no les faltara leña para la chimenea. Antes de que comen-

zara el invierno él subía a la cordillera y les decía a los capataces de arriba que le tuvieran las rodela de leñas listas, porque las iba a pasar a buscar en la camioneta para llevarlas a Santiago.

En Navidad, Carmen adornaba el árbol de pascua para los nietos y ubicaba el pesebre en un lugar destacado del living. Esa noche a los niños de la casa los mandaban a acostar temprano porque venía el Viejito Pascuero. Elba dejaba los zapatos a los pies de la cama antes de dormirse. Tití compraba regalos de Pascua para todos los niños de la familia y del fundo en Roma en una antigua juguetería del centro. Le hacía regalos a todos los inquilinos y trabajadores de Roma y de la casa en República, sin olvidarse de nadie.



En el centro  
los novios Feña  
y Neche, a la  
derecha Caduco,  
a la izq. Sergio  
Rivadeneira,  
agachados Chago  
y Sergio Cuadra

## Veraneos

Al comienzo, la familia completa –Tití, Tararo, hijos y nietos– se trasladaba de República a Roma durante todo el verano. Después empezaron a destinar un mes en Viña del Mar, enero en Roma y febrero en Viña.

Tití se llevaba al fundo a Menchu, Lula y Elba, para que ayudaran con los niños y con la cocina. Lula atendía a Tití, Menchu ayudaba con los niños de Carmen y Elba, cuando ya estaba más grande, atendía a los niños chicos de Sergio y Gloria.

A Neche y Gloria, que vivían aisladas del mundo en San Fernando, les encantaba cuando Carmen llegaba a veranear a Roma. Esta cuñada, tan buena para arreglarse y pretenciosa como su madre, traía las novedades que usaban las señoras jóvenes en Santiago. Una vez quedaron impresionadas cuando le vieron los ojos pintados con delineador. A Gloria y Neche les encantó ese nuevo estilo. Trataron de imitar a su cuñada pintándose los ojos con un lápiz que encontraron en el escritorio de don Tararo y no entendían por qué no les resultaba. Después Carmen les explicó que se trataba un delineador que se compraba en tiendas de maquilaje, no un lápiz común, y las tres lloraban de la risa. “Nos pasamos de huasas”, decía Gloria.

Panchito, que ya era adolescente, invitaba a amigos de Santiago a veranear con él a Roma y pasaban todo el día afuera, a caballo, yendo al cerro y a veces cazando. La

única excepción era cuando Gloria iba a la cocina a hacer un queque para la once. Llegaban los amigos de Panchito y se quedaban a ayudar, esperanzados de recibir una porción. Uno se subía al árbol a buscar el último limón que quedaba, otro iba a buscar huevos. Hasta que Panchito llegaba y decía “¡Cómo es la cosa! Se quedaron con la Gloria y no salieron conmigo”.

Tití también lo pasaba bien en sus veraneos en Roma. Jugaba cartas, carioca, póker con sus nueras y amigas e invitaba a veces a sus primas de Santiago: a Emilia, Margarita y Teresita, que eran buenas para cantar y para armar fiestas espontáneas. Se instalaban en una pérgola perfumada con flores de la pluma, en una mesa redonda en el medio y bancos de madera sencillos que había mandado a hacer don Tararo junto al corredor. En ese rincón florido se dedicaban un buen rato a cantar música chilena. Las primas tocaban cada una su guitarra, Tití acompañaba tocando el teclado del acordeón y Feña con la guitarra o el arpa. Lula le decía a Elba “Está tocando mi Feñita”, que era su regalón, y salían a mirar el espectáculo y acompañaban con las palmas.

Feña aprendió solo y con puras mañas a tocar la guitarra, con un talento natural. Nunca compró una guitarra, usaba guitarras prestadas, hasta que heredó una de su suegra, que era pésima. Después se compró, que tampoco sirvió para nada. Y al final tuvo una guitarra que Mercedes, la señora de Ricardo, se sacó en una rifa y que

usó hasta poco antes de morir en abril de 2022, con los zapatos de huaso puestos. También aprendió arpa tocando con Ruiz Silva, un músico al que admiraba y que iba a los rodeos. Feña no perdía oportunidad de tocar arpa con él. Marcelo del Real, amigo de Panchito, le regaló un arpa que se afina con una llave como de reloj a cuerda, con cuerdas de metal y de tripa de cordero.

Cuando Panchito llegaba a veranear a Roma de inmediato se instalaban los dos hermanos a tocar la guitarra. Trataban de cantar a dos voces. A Feña le salía la voz más gangosa y a Panchito con buena entonación, porque era muy afinado.

Rápidamente enero se iba y llegaba febrero, momento de irse a Viña. Durante todo ese mes arrendaban la misma casa en 5 Norte, que les gustaba porque era grande y quedaba cerca del Casino. El traslado era como una mudanza. Era importante llevar el televisor, la ropa de cama y la almohada de Tití, porque ella no iba a ninguna parte sin su almohada.

Don Tararo disfrutaba en Viña. Iba en la mañana a la sede del Club de la Unión, donde se encontraba con todos sus amigos y lo pasaba muy bien. Y en las tardes iba al Casino a jugar un rato a la ruleta. Apostaba con prudencia, no era muy aficionado al casino, iba principalmente para acompañar a su señora.

Tití no pisaba la playa. Lo que le gustaba era ir a la calle Valparaíso en la mañana a comer camotillos y a tomar un jugo de tuna. Si ese día no iban a la playa, sus nietas Carolina y Paquí la acompañaban y Tití les compraba un pastel o un helado. Después almorzaban en la casa y en Viña del Mar, al igual que en República, la Tití se sentaba siempre en la cabecera. Después dormía una siesta probablemente para acortar el día, porque lo que ansiaba era que atardeciera para ir al casino, con su pinta más elegante. Se pasaba desde las seis a las diez jugando, a veces con su hija Carmen, con la Neche o alguna de sus hermanas, como la tía Yola. Si le iba bien en el casino, les regalaba unas monedas a las nietas para que fueran a comprarse helados.

Panchito en Roma





En 1964 la vida contenta que llevaba la familia Rivadeneira Monreal en la calle República se ensombreció cuando se desató una tragedia: la muerte del adorado hijo mayor, Sergio, a los 37 años, y la de Javier, su padre, dos meses después, de pena.

Cuando Sergio enfermó de cáncer de testículos dos años antes solo le contó a su hermano Caduco. Al parecer la enfermedad se originó después de una patada que le dio un caballo cuando fue a la cordillera con su primo Nano, hijo de su tío Pito. Ni siquiera a Gloria le contó de su enfermedad. Sergio viajaba a Santiago a ver al doctor Patricio Donoso inventando cualquier excusa y Caduco lo acompañó mucho durante ese periodo, sobre todo durante los exámenes y los tratamientos, que lo hacían sentirse muy mal. A sus padres les comunicó que estaba enfermo cuando se tuvo que quedar varios días en la casa de República por una operación. Su papá le preguntó qué tan peligrosa era la operación. Sergio le respondió: “Mire, eso mismo le pregunté yo a Patricio Donoso. Me dijo que es tan peligroso como atravesar la Alameda. No sabes tú si te pueden chocar”. El procedimiento salió bien, pero solo le alargó la vida un año más. Sergio estaba más recuperado y tenía que ir a controles. En uno de esos viajes para un control, iba en el auto con su amigo Eugenio Maturana. Pasado el túnel había una vuelta y ellos se cayeron a un canal. Eugenio se quebró las costillas, andaba enyesado entero. Sergio salió por el parabrisas para afuera y no le pasó nada. No era su momento.

Don Tararo también tenía un cáncer, pero estaba más controlado que el de su hijo. Comenzó a dormir en una cama clínica al lado de Tití. Pasaba más tiempo acostado que en pie, preocupado por la salud de su hijo, pero no se le quitó lo bromista. Su nieta Soledad, la hija de Carmen, tenía en ese tiempo 3 o 4 años y lo miraba desde la puerta, porque le daba un poco de susto ese señor pelado y acostado en la cama alta. Cuando nació Carolina, su hermana menor, el tata Tararo le preguntó por el nombre de la guagua. “Se llama Carolina”, le respondió Soledad. El Tata se hizo el sordo: “¿Se llama Gallina?” La Sole se puso furiosa y se fue corriendo.

La vida en la casa siguió con relativa normalidad hasta que el cáncer de Sergio volvió a agravarse. A Chago la noticia lo pilló de improviso una mañana temprano cuando volvía bien trasnochado después de una fiesta. Su hermano Caduco lo escuchó llegar y entró a su pieza. Le dijo: “Se va a tener que ir a Roma usted, porque a Sergio le hicieron exámenes y está fregado. El cáncer se le expandió al pulmón”.

Chago, el hermano al que menos le gustaba el campo y que desde los 9 años no se subía a un caballo, estaba feliz en Santiago. Pero tuvo que irse a San Fernando para ayudar a Feña y suplir a Sergio, que organizaba las tareas agrícolas y llevaba la parte económica de los bancos y la contabilidad. Sergio todavía confiaba en que se recuperaría y anunció que iba a escribir lo que es-

taba viviendo en un cuaderno para recordarlo después, cuando ya hubiera salido del peligro.

Mary Ann, sobrina de Tití, fue con su hermana a ver a Sergio a la casa en República y Gloria le dijo “¡Ah! Menos mal que llegaron ustedes que entienden inglés, porque mira el remedio que me mandaron”. Mary Ann y su hermana lo miraron y se quedaron mudas. Era el mismo remedio que le habían dado al marido de una de ellas para el cáncer. No supieron qué decirle a Gloria.

Estas angustias por su hijo mayor afectaron la salud de don Tararo. Feña lo acompañó a ver al doctor Balmaceda, porque algo sonaba raro en su respiración. El doctor no estaba en la mejor condición tampoco. Según Tití, estaba tan mal del corazón que cada cinco minutos la secretaria tenía que ir a ver si seguía vivo o estaba muerto. El maltrecho doctor Balmaceda le sacó la chaqueta a don Tararo, lo examinó y le dijo: “Javier, usted está muy mal. Debe tener cáncer al hígado, está muy mal”.

En enero de 1964, Sergio estaba tan enfermo que ya no pudo negarle su realidad a Gloria. Junto a su mujer y sus cuatro hijos se vinieron a vivir a la casa familiar en República 399, y ya no se volvieron más a Roma. Estaba acostado en la pieza, muy débil, sus poquitas fuerzas las destinaba a sostener a su hija Verónica, la menor. Verito tenía ocho meses cuando su papá murió.

El último tiempo estuvo internado en la clínica. Un día Feña y Neche fueron a verlo y ella encontró a Sergio muy mal y se emocionó. Se fue a una ventana para recom-

ponerse, Sergio la llamó y le dijo: “Neché, no te apenes, porque lo mío es muy poca cosa”. Estaba conectado con sueros, antibióticos y medicamentos. “Esto no es nada, esto es normal en un enfermo, así que no se apenen ustedes”, les dijo. Esas fueron las últimas palabras de Sergio. Les subió el ánimo. Él decía que era pulmonitis, porque de repente se tomaba un Aliviol o un Mejoral y se sentía perfecto, pero decaía después.

Sergio murió en la clínica el 16 de abril de 1964. Tenía 37 años y cuatro hijos chicos. Y la casa de República, que había sido tan luminosa y alegre, se oscureció de tristeza y espanto. Tití quedó como trastornada. Caduco o Santiago entraban a la pieza y ella lloraba y repetía “Se murió Sergito, se murió Sergito”. Era su regalón, su hijo más querido. A partir de esa fecha, la mamá Tití usó luto toda su vida. Nunca dejó de vestirse de negro. Gloria usó luto un año entero y después se mandó a hacer con una amiga un vestido que tenía una tirita blanca y Tití quedó espantada ante tamaño atrevimiento. Gloria era demasiado joven para quedarse de negro toda la vida, así que siguió adelante en su transición hacia otros colores. En el verano andaba de medio luto, blanco con negro. A los dos años ya se sacó el luto por completo. Como la veía apremiada económicamente, Mary Ann le dio el dato de una amiga suya que trabajaba en la escuela de Periodismo de la Universidad Católica y que estaba por retirarse. “Gloria, ¿por qué no postulas tú?”, le dijo. Ella fue a la entrevista y se quedó varios años trabajando en la universidad.

Don Tararo reaccionó peor que todo el resto. Se tapó la cabeza y no la levantó más. Se vino abajo, como si se hu-

biera desplomado. Adoraba a Sergio, era su hijo mayor, su mano derecha y le angustiaba ver que dejaba cuatro niños sin padre. Fue feroz. Con la pérdida de su primogénito, la enfermedad se reactivó y se empezó a morir de pena. El 12 de junio de 1964 falleció el Tata Javier Rivadeneira Palacios, a los 77 años.

Fueron dos funerales en menos de dos meses que destrozaron a las familias. Con estas dos muertes terribles la familia quedó desecha y cada uno hizo lo que pudo para recoger los pedazos.

Cuando se murió don Tararo, la mamá Tití perdió la memoria, se le borró el mundo. Feña, muy asustado, llamó al doctor para decirle que la mamá no tenía idea de dónde estaba, hablaba incoherencias. El especialista dijo que era lo mejor que le podía pasar, esa era la defensa que tenía su mente para no enfermarse.

Caduco se cambió a la habitación de Tití para acompañar a su mamá, porque ella no quería dormir sola. Ocupó el hueco de su papá en la que había sido su cama, que era de esos catres antiguos, pegados uno al lado del otro. En las comidas familiares, también se sentaba en el lugar que había sido de don Tararo.

En una familia tan dada a las jerarquías, Caduco tomó el rol de hermano mayor y sus hermanos se plegaron a su liderazgo, incluso en los asuntos del campo. Feña y Chago administraban Roma en el día a día, pero cuando Ricardo llegaba a preguntar y recorrer el campo, se subordinaban a su mando. Al poco tiempo a Caduco le

salió una beca para ir a estudiar un doctorado en derecho penal a España y partió; Gloria comenzó entonces a compartir la pieza con su suegra, dormía en la cama junto a la de ella, tal como había hecho Caduco.

Para Gloria también fue muy difícil rearmarse. Tenía 20 años cuando se casó con Sergio y 30 años recién cumplidos cuando enviudó, con cuatro hijos menores de 8 años y una guagua recién nacida. Se sintió muy acogida por su suegra, que había quedado viuda casi al mismo tiempo que ella y que compartía el mismo duelo. Tití la ayudaba a bañar a las niñas, era amorosa con su nuera y con sus nietos, que se instalaron definitivamente a vivir en la casa de República. Elba, que tenía 18 años cuando falleció Sergio, se dedicó a cuidar a los hijos de Gloria.

Para los niños de Carmen fue una alegría que sus primos se vinieran a vivir a la misma casa, pese a toda la pena que estaban viviendo en ese tiempo. Los hacía sentir acompañados. Más adelante, Claudio, el nieto mayor y único hijo hombre de Gloria y Sergio, se fue a vivir con su tío Feña a San Fernando. Le gustaba la vida y el trabajo de campo y se terminó de criar con sus primos allá. Luego crearía una lechería de primer orden en Roma.

Tití cambió sideralmente después de la muerte de su hijo mayor y de su marido. Durante mucho tiempo se apagó y no se levantaba de la cama.



< Gloria Correa



Ante una pérdida y conmoción así ahora a una persona la suelen mandar al psicólogo y al psiquiatra, pero en esa época los hijos decidieron mandarla a Europa. En España estaba Caduco estudiando y podía aprovechar de visitarlo. Chago, Caduco, Feña, Carmen y Gloria le insistieron que hiciera un viaje largo y ella decía que no, no y no. Hasta que la convencieron y se fue con su hermana Graciela en el invierno del siguiente año, en 1965, a recorrer España, Italia y Francia. Cuando fue a Europa aprovechó de tijeretear su carnet de identidad para quitarse años, a la vuelta tuvo que mandarse a hacer uno nuevo. Tití no podía ver la vejez. “La vejez, Mercedita, es una

metamorfosis a monstruo”, le dijo a Mercedes en España, quien en ese tiempo estaba recién de novia con Caduco y apenas la conocía.

Tití volvió de su viaje a Europa un poco mejor de ánimo. Pero ya no toleró más la casa de República. Le traía demasiados recuerdos. Decidió venderla y comprar otra más chica en la calle María Luisa Santander, en Providencia. Carmen, su marido y sus hijos se cambiaron a una casa en la calle Hendaya, en Las Condes, porque ya era momento de independizarse. Dejar la casa de República fue el final agridulce de una época que fue muy feliz.



< Tata Javier y tía Carmen

La caballerosidad de don Tararo

ocurra enviar a los empleados”. Su señora, llamada Olga, lo recriminó: “Eso no se hace con los vecinos”. Un empleado de ellos escuchó este diálogo y así después llegó a oídos de don Tararo.

Los campos de los Rivadeneira Monreal limitaban con el de Eugenio Zegers, un caballero polvorita que rabiaba cuando se pasaban los animales de Roma al suyo. La primera vez mandó a un empleado que los arreara hasta el otro lado del cerco. La segunda vez llamó por teléfono para que los fueran a buscar. Y la tercera vez los encerró en un corral y dijo: “¿Saben qué? Que vengan estos señores Rivadeneira a recuperarlos, que ni se les

Días después, Olga estaba en su departamento en Santiago. Tocarón la puerta y apareció don Tararo. “Mire, señora, usted no me conoce. Soy Javier Rivadeneira. Yo sé que los hemos molestado, porque hay animales nuestros que se han pasado para el lado de ustedes. Supe que usted nos defendió y yo vengo a darle las gracias y dejarle unos chocolates”. Le dio un beso en la mano y se retiró. Olga no lo podía creer.



De izq a der:  
Feña, Marítxu Aramburu  
de Arbildúa, Chago,  
Ana María Arbildúa,  
Tití, Merce Hurtado,  
Caduco y Panchito  
en el matrimonio  
de Chago



Después contaba esta historia y decía que nunca la habían tratado con esa caballerosidad. Era un tipo de galantería que ni siquiera en esa época era tan común. Curiosamente, muchos años después un nieto de Tararo se casó con una nieta de su vecino Zegers.

### VITITO, EL TÍO TOC

Víctor Gallardo Granello era primo hermano de Tití. Un señor solterón y lleno de tics que aparecía a almorzar con bata de seda encima de la ropa los domingos en la casa de República. Era un abogado que nunca se tituló porque no terminó de escribir su memoria. Caduco, que lo quería mucho, le dijo un día: “Mire Víctor, yo le escribí la memoria para que se titule. Pásela a buscar”. “Sí, mañana voy”, respondió el tío Víctor. Y no pasó nunca. Cuando le preguntaban por qué nunca se casó, él respondía: “No me casé porque la que vino no combino y la que combino nunca vino”.

Un hombre de fortuna, socio en negocios de Anacleto Angelini y de Nike en Chile. Su herencia era real, pero nadie le creía porque Vitito tenía decenas de manías raras. En su casa había unos muebles antiguos preciosos con mujeres desnudas talladas en las patas. Tenía cajas repletas de objetos que nunca desembaló y su dormitorio estaba lleno de diarios. Si Chago o Caduco movían un papel de su escritorio él gritaba: “¡No toquen nada!”. El baño de su casa daba a la calle. Se ponía

una gorra de baño y se veía en pelota bañándose por la ventana. Cuando lo visitaba la familia los vecinos alegaban: “¡Por qué no le dicen a ese tío suyo que ponga una cortina!”.

Cuando caminaba no podía pisar las rayas del suelo y tenía que tocar las rejas de la calle. Si le ofrecían algo tenía que ser por un lado y no por el otro, o se desesperaba. Subía dos peldaños de la escalera y bajaba uno. Prendía y apagaba la luz 15 veces. No podía pasar por delante de los sillones, sino que tenía que pasar por detrás. Entonces sus sobrinos maldadosos le corrían los sillones y los pegaban a las paredes para reírse de él. El pobre Vitito empujaba de vuelta los sillones uno por uno hasta que lograba pasar por detrás. Hoy probablemente habría sido diagnosticado con trastorno obsesivo compulsivo.

Era muy supersticioso. Se tenían mucho cariño con Caduco y cuando lo llamaba por teléfono a la casa, él se despedía con un “buenas noches” y era obligatorio responderle de vuelta “buenas noches”. No le podían decir hasta luego, porque si no, volvía a decir buenas noches e incluso era capaz de llamar de nuevo para escuchar el “buenas noches”. Sus sobrinos Rivadeneira Hurtado, los hijos de Caduco, cuando eran chicos lo molestaban y le decían “ya, buenas noches, hasta luego”. Vitito se enojaba y hasta que no le dijeran buenas noches, no les cortaba el teléfono. Tenía un Fiat y para bajarse del

auto daba una vuelta alrededor y tenía que pegarle una patadita a cada neumático. Como le daba vergüenza, lo intentaba hacer camuflado, pero de inmediato tenía alrededor a una tropa de sobrinos riéndose del espectáculo. Una vez Panchito y Carmen María hicieron un viaje a Mendoza con él y los volvió locos en el auto. Recogía los fósforos de la calle y compró miles de tarros de café porque durante la UP no había casi café. Eran tantos tarros que el auto no subía y en vez de descargar los tarros, arreglaron los amortiguadores del vehículo.

Una vez Vitito fue candidato y se asomaba con un megáfono del auto, vociferando que votaran por él... ¡Y chocó el auto!

Hoy sus sobrinos nietos creen que fueron demasiado maldadosos con él y que por eso no le dejó herencia a los Rivadeneira. Solo Fernando, hijo de Feña, que lo iba a visitar a su casa, le dejó una corbata.

### EL MISTERIOSO TÍO CARLOS MONREAL

Tití tenía un hermano muy especial, el tío Carlos Monreal. Era el único hermano hombre vivo de la Tití y era el menor, soltero. Nunca se casó por culpa de la Mimí, era su hijito chico y vivió con ella hasta que murió. Era muy bueno para hacer postres y sus empanadas tenían fama cuando iban a visitar a Mimí los domingos. Después, durante mucho tiempo vivió en la casa de Tití en República, compartiendo pieza con su sobrino Ricardo. A veces peleaban porque Caduco le comía sus chocolates. Ya su apariencia resaltaba. Era muy alto y muy flaco, casi se le caían los pantalones, pero con buena pinta y mucha

gracia. Era una especie de Walt Disney. Muy habiloso y culto, era arquitecto y había trabajado en el Plan Serena, reconstruyendo la ciudad de La Serena y recuperando arquitectura de sus barrios más característicos. Hacía unos planos en un misterioso papel que después mojab y se volvía género. Pero allí en Santiago nadie sabía de qué vivía, era imposible imaginar cómo eran sus días martes o miércoles. Se presumía que trabajaba de noche, haciendo proyectos urbanos para el gobierno. Tocaba el piano como los dioses, se sabía todas las canciones que le pidieran. Era muy bueno para comer cosas dulces, al igual que su hermana, y siempre tenía historias entretenidas y llegaba con chocolates de regalo. Iba a la pieza de sus sobrinos Sergio y Cristián en la noche a contarles cuentos. Por ejemplo, les decía: “Mira niño, ayer fui a dejar al aeropuerto a Carlos Smith, y después volví al Paseo Ahumada y me encontré con Carlos Smith”. “Pero tío Carlos”, replicaban sus sobrinos, “¿cómo va estar en dos partes distintas la misma persona?”. El tío Carlos elevaba los ojos y decía: “¿Pero cómo no van a entender que uno es Carlos Smith y el otro es Carlos Schmidt?”. Era divertido, sin remilgarse le decía a su hermana Tití que tenía cara de elefante.

Una de sus anécdotas más recordadas es la del día en que fue a un café del centro con un amigo donde vendían muy buena pastelería. El tío Carlos le dijo al mozo “Por favor, tráigame una torta de selva negra”. El mozo llegó con un trozo de torta para cada uno y le llegó un reto de vuelta: “Mire, creo que hablo correcto castellano. Lo que yo pedí es una torta de selva negra”. El mozo volvió con una torta completa y los dos se quedaron una tarde completa ba-



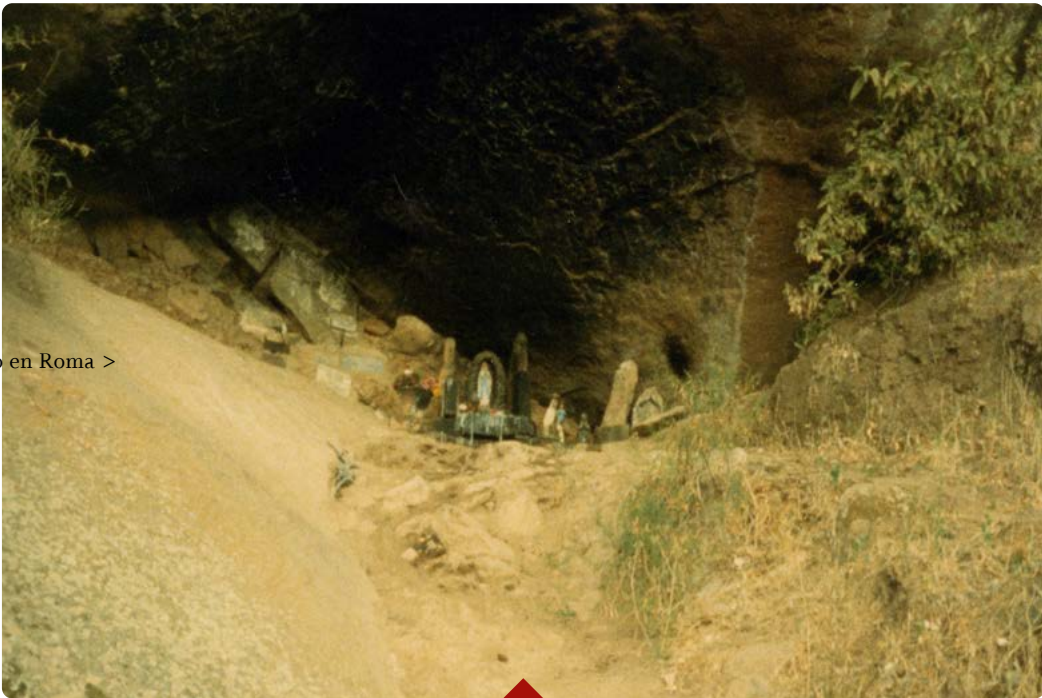
jando una torta que era para al menos 12 personas. Los fines de semana almorzaba en la casa de República con la familia y no había nada que lo entretuviera más que molestar a Vitito.

Era bohemio, generoso y con tendencia a desaparecer durante años sin previo aviso. Se fue a Europa una larga temporada y no se supo de él hasta que volvió un montón de años después y comentaba: “En todas partes siempre entendía lo que decían, incluso con los rusos todo perfecto. En la única parte que nunca entendí lo que decían fue en España”. Tenía amigos distintos, como un profesor muy excéntrico que tuvo en Arquitectura, Fernán Meza, y otros personajes cultos y raros como él. Ya más viejo acogió a una mujer que encontró en la calle y que vivía debajo de un puente. Le dio pena y se la llevó a vivir a su departamento. Después esa persona trajo a su familia y el tío Carlos les ofreció: “Quédense ustedes aquí, que lo

necesitan más que yo”. Se fue y les dejó la casa. En el funeral del tío Carlos apareció esta familia postiza de la que nadie sabía mucho, pero que hablaba de él como “el Tata”, con mucho cariño.

Una de las veces que estuvo muchos años ausente y la familia no sabía dónde andaba, reapareció en la iglesia El Golf el día que se murió la tía Yola, una hermana adorada de la Tití. Lo vieron vestido como vagabundo, con zapatos sin cordones. A la salida del funeral Chago comentó: “Oigan, ¿vieron al tío Carlos? Hay que preocuparse de él”. De ahí en adelante volvió todos los domingos a almorzar a la casa de su hermana Tití. En la tarde alguien lo iba a dejar en auto, pero se bajaba antes de llegar a su casa, para que no supieran dónde vivía. Nadie se lo cuestionaba ni le insistía con preguntas. Era la manera que tenía la familia de aceptar la diversidad y las rarezas.

Altar Campesino en Roma >



“Póngale no más, comadre”

María Torres era una empleada doméstica de la casa de Roma hacendosa y vivaracha. Pero cada cierto tiempo quedaba embarazada y tenía a sus guaguas en Roma, lo que atormentaba a la religiosa Tití. Tararo y Tití se ofrecieron a ser padrinos de su primera hija. Ella le advirtió: “María, yo te la voy a tomar de ahijada, pero tú me tienes que prometer que no vas a tener ni una guagua más, ¡ni una guagua más! Porque no vas a tener otro padrino”. Llevaba a María Torres al oratorio para que le prometiera frente a la Virgen que no iba a tener más hijos. A los dos años quedó embarazada de nuevo. Tití se quejó: “¡Niña,

si te dije que no tuvieras otra guagua!”. María Torres se disculpó con una risita: “¡Ay, señora Tití! Si una no es na’ de fierro”. A la tercera guagua que nació en la casa, Tití la retó exasperada: “Ya está bueno, no lo tolero más. Le voy a tener que decir a Tararo”. Justo en ese momento entró con la bandeja del desayuno la Margarita, antigua empleada de la casa, y Tití buscó apoyo: “Dile algo a esta niña, va a tener otra guagua más. Tienes que decirle tú para que aprenda”. Pero Margarita le prestó ropa a su colega: “¡Póngale no más, comadre! Que después de esta vida no hay otra más”.





Elba y Telo en Pichilemu

## Los hermanos Rivadeneira Monreal toman la posta

Después de las muertes de don Tararo y de Sergio, y con Tití definitivamente desligada de las decisiones financieras y del campo, llegó el momento de que los hermanos Ricardo, Carmen, Santiago, Fernando y Francisco Rivadeneira Monreal tomaran la posta: administrar Roma, cuidar de que no les faltara nada a su madre viuda y a sus sobrinos que habían quedado huérfanos y, claro, preocuparse de sus propias familias.

Carmen, Feña y Panchito se habían casado jóvenes, entre los 19 y los 26 años, y a fines de la década de los 60 estaban criando a sus primeros hijos. Caduco y Chago fueron los que se emparejaron más tarde de los seis hermanos. A los 36 años ya pintaban para solterones, como les decía la Lula para aguijonearlos. Hasta entonces Santiago no había tenido ningún apuro en casarse. Llevaba la contabilidad del campo en Roma y trabajaba en una cooperativa de agricultores de San Fernando. Era bueno para salir de fiesta hasta tarde con sus amigos y jugar en los casinos de Viña del Mar. En la familia que luego formó, el casino era una institución y más adelante todos los hijos de Chago, cumplidos los 18 años, empezaban a ir al casino. En el Club Social de San Fernando existía un trago llamado “El Rivadeneira”, en honor a Chago, que siempre pedía pisco con ginger ale. Para él, en ese tiempo, a las diez de la noche empezaba el día. Uno de los cuentos que contaba siempre es que un día fue al banco a sacar plata en efectivo para ir a comprarse un auto, pero justo antes pasó al Club Social

de San Fernando a apostar y perdió la plata del auto. Por otro lado, Caduco se estaba labrando una ilustre carrera como abogado haciendo clases de derecho constitucional, trabajando y pasando periodos extensos en Europa. Desde 1963 fue parte del Consejo de Defensa del Estado y ejerció en defensa de los intereses del país en casos como el embargo del cobre en Francia durante el gobierno de Allende.

En enero de 1967, mientras hacía un postgrado en Derecho Penal en la Universidad Complutense de Madrid, Ricardo Rivadeneira conoció a Mercedes Hurtado, que se había ido becada para especializarse en Educación. Ella tenía 23 años y él 37 cuando comenzaron su noviazgo. Un año después volvieron a casarse en Chile. Ya tenían los anillos, el vestido de novia y hasta la iglesia reservada.

Para Mercedes fue una sorpresa mayúscula cuando fue a dejar los partes de matrimonio a la casa de República y se encontró a su futuro marido –que se veía tan sofisticado y culto en España– con los pies arriba de un brasero, en una imagen que parecía sacada del siglo dieciocho. Pese a sus estudios y años de viaje por Europa Caduco tenía un alma campechana que afloraba con su familia. No se vestía de huaso como sus hermanos Feña y Chago, pero sí se reía del exceso de refinamiento. Cuando más feliz y relajado se veía era riéndose con sus hermanos de los mismos cuentos repetidos mil veces sobre los viejos arrieros del campo o de su infancia en Roma.





Carmen  
María >

< Panchito

Curiosamente, solo dos meses después del matrimonio de Caduco y Mercedes, su hermano Chago también se casó. Fueron sus mismos amigos apostadores los que vieron a Ana María Arbildúa en la cooperativa donde trabajaba como gerente Santiago y le dijeron: “Mira la secretaria linda y tan dije que tienes... ¡Cásate con ella!”. Chago les encontró toda la razón. Él tenía 37 años y Ana María tenía 23 cuando se casaron. Con Caduco y Mercedes hicieron muy buenas migas para hacer panoramas juntos en esa breve etapa en que estuvieron casados y sin hijos aún.

Tití era atenta y cariñosa con sus nueras. A Mercedes Hurtado cuando estaba recién casada con Caduco, le decía “Mercedita” y se reía mucho con sus chascarrros como madre primeriza. Mercedes era distraída y mientras bañaba a una guagua la llamaban por teléfono y se le olvidaba que había dejado al niño en la tina. Después se acordaba y volvía corriendo al baño temiendo que se hubiera ahogado. Por suerte lo pillaba durmiendo en el suelo del baño. O ponía a calentar leche para una mamadera, se le olvidaba y la olla quedaba negra. Mercedes le contaba estos cuentos a su suegra y la Tití se reía a carcajadas. Pero después tenía la deferencia de enviarle a la Menchu a ayudarla con las guaguas. “Mercedita, para que no te quedes sola”, le decía.

Panchito, el menor de los Rivadeneira, trabajaba como abogado en la Superintendencia de seguros en el centro de Santiago. Él contaba que llegaba en la mañana a la oficina, dejaba la chaqueta puesta en el respaldo de la silla para que todos creyeran que estaba dando vuel-

tas por la Superintendencia, pero desaparecía el resto del día y se iba por ahí. Todos los días almorzaba en el Club de la Unión y bajaba la escalera tirándose por la baranda. Los garzones del Club lo conocían y hasta poco antes de la pandemia había mozos viejos que se acordaban y preguntaban por don Francisco Javier Rivadeneira. Sus compañeros de trabajo en la Superintendencia decían que era la persona más encantadora y simpática que habían conocido.

Hacía tonteras de niño chico. Si alguien llevaba una muñeca de regalo a una de sus sobrinas, él le sacaba la ropa y la llenaba de calugas. O le gustaba saltar en la cama de su papá. Se casó joven con Carmen María Ruiz Tagle y tuvo tres hijas, Patricia, Magdalena y Piedad. Encantador y con un espíritu infantil, era un imán para los niños. A sus sobrinos y a sus hijas les contaba historias, les enseñaba a jugar cartas y les regalaba juguetitos que eran más para él que para ellas, como un tren eléctrico de colección que le regaló a Piedad y un Poliopticon, que era un juego para armar telescopios y microscopios. Le gustaba mucho leer y les inculcó a sus hijas el amor por la lectura. Tenía todos los libros de detectives de Georges Simenon y les regaló a sus niñas El nuevo tesoro de la Juventud, que llegó en una caja. Parecía querer más a los animales que a las personas. Cuando vivía con ellas construyó una pajarera y se sentaba las tardes a observar a los pájaros durante horas. Incluso sacó crías de canarios y de todas las especies que tenía. Tuvo faisanes, una tortuga que se llamaba Burocracia, igual que la de Mafalda, tira cómica de la que era fanático. Tuvo unos perros que se llamaban Punto y Coma y una pareja de



monos en una jaula que escandalizaban a sus sobrinos y cuñadas con ciertas actuaciones pornográficas. Dibujaba muy bien y hacía los crucigramas de la Revista del Domingo de Donato Torecchio en menos de cinco minutos, contados con cronómetro. Le gustaba cazar y pescar y llevaba a su hija Patricia cuando era chica. Después, de viejo, les confesó a sus hijas que no sabía cómo había podido cazar y que ya no sería capaz ni de matar a una hormiga.

Panchito no tenía vergüenza. Una vez fue con Feña al Hotel Carrera a ver a Los Huasos Quincheros y al ratito se le vio subiendo a tocar la guitarra con los músicos y robándose el escenario. Además de la guitarra, tocaba la armónica y el acordeón muy bien, era un músico innato.

Se separó cuando sus niñas aún estaban chicas y se volvió a vivir con su madre a la casa de María Luisa Santander. Para Tití fue un shock, porque las separaciones eran tabú en el Chile de los 70. Fue una etapa difícil para Panchito, que no logró levantar cabeza durante un buen tiempo. Tomaba, pero disimulaba frente a Tití. Una vez estaba pintando una pieza y tenía unas botellas con detergente, otras con aguarrás y un tarro de pintura y Panchito de repente metía una mano y sacaba una botella de pisco. Carmen lo pilló y le dijo: “Panchito, tenga cuidado, se está tomando el aguarrás”. Sus hermanos se preocupaban mucho por él y Caduco le dijo un día: “Ya, vente a mi oficina”, y le pasó un espacio para que trabajara mientras se afirmaba. Caduco lo adoraba, porque era la guagua de los hermanos y era

encantador. Su mejor panorama era ver los partidos de la UC, equipo del que era fanático desde chico. Había sido muy querido como un conchito muy divertido y más alocado y peor portado que los demás hermanos. Como abogado era muy hábil y sabía ganar plata cuando estaba bien. A Feña lo ayudó a ganar un juicio que lo tenía muy afligido porque le podían rematar la casa si perdía.

Algo que caracterizaba la relación de los hermanos Rivadeneira Monreal es que eran muy respetuosos unos con otros. Se apoyaban sin juicios ni pesadeces cuando alguno estaba en problemas o pasando por un mal momento. Se acompañaban y se preocupaban unos por los otros, dándose libertad, sin echarse en cara nada. Caduco era de derecha y llegó a ser presidente y fundador del partido Renovación Nacional; Chago era demócratacristiano y una vez fue candidato a regidor con el lema “Todos los candidatos son buenos, votemos por los mejores”. Y ese mejor era él, pero no ganó; Feña era simpatizante de la UDI; a Panchito, más contestatario que sus hermanos, le gustaban las canciones de Violeta Parra. Esas diferencias nunca fueron tema de conflicto. Hablaban de política, se morían de la risa y se apoyaban incondicionalmente. Al igual que su padre Javier y su tío Pito, ellos creían que el campo en Roma tenía que seguir cumpliendo el rol de colchón de emergencia para la familia. Cuando a algún hermano le iba mal, le pasaban plata de Roma y quedaba anotado. Las ganancias del campo también servían para sustentar económicamente a su madre, a quien todos los meses

Chago entregaba un cheque para sus gastos. Pero esa fuente de recursos peligró cuando llegó la Reforma Agraria.

### LA DEFENSA DE ROMA DURANTE LAS EXPROPIACIONES

A principios de 1971 comenzó la Reforma Agraria del gobierno de Allende y la CORA expropió Roma y lo transformó en un asentamiento. La expropiación quedó mal hecha, porque la ley decía que se dejaba al antiguo dueño la casa y 80 hectáreas. Pero a los Rivadeneira les dejaron 40 hectáreas allá lejos del fundo, sin caminos y les querían expropiar también la casa. A diferencia de otros dueños de fundos, los hermanos Rivadeneira no intentaron defenderse de la expropiación a base de escopetazos. Rápidamente se dieron cuenta de que no se sacaba nada con resistir. Pero sí recurrieron a la legalidad.

Caduco y Fernando fueron a Santiago a hablar con los abogados del gobierno, vinieron unos ingenieros a comprobar la falta de caminos y lograron que no les quitaran la casa patronal. Caduco usó todas sus argucias de abogado para hacer más complicada la expropiación. Hizo juicios contra la expropiación de la casa por la falta de caminos, por expropiar a menores de edad –los hijos de Sergio– y por todo lo que no cumplía con las leyes. Creó varias sociedades y fue traspasando la propiedad del campo de una sociedad a otra y por eso se demoraron mucho en expropiar Roma. Tanto tardó, que cuando llegó el golpe militar, las tierras estaban traspasadas en hijuelas, pero todavía no se habían entregado los títulos.

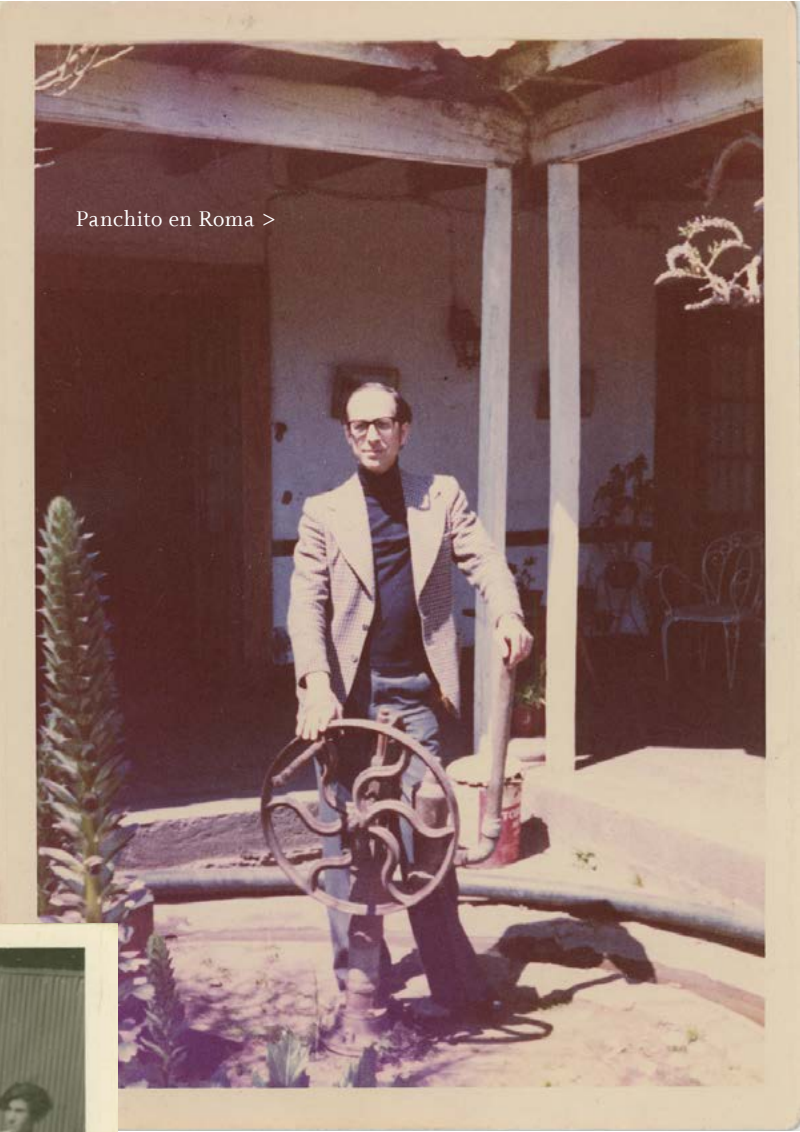
Fue un periodo tenso, pero que transcurrió de manera relativamente no agresiva. Perder el campo era un golpe emocional y económico para la familia, especialmente para Feña, que vivía de la agricultura, pero no hubo un quiebre entre los antiguos inquilinos y los patrones expropiados. El cariño y la historia común, haber jugado fútbol juntos y estudiado en la

PANCHITO FUE CON  
FEÑA AL HOTEL  
CARRERA A VER A LOS  
HUASOS QUINCHEROS  
Y AL RATITO SE LE  
VIO SUBIENDO A  
TOCAR LA GUITARRA  
CON LOS MÚSICOS  
Y ROBÁNDOSE EL  
ESCENARIO.



< Panchito





Panchito en Roma >



Panchito



Feña y arrieros





Sole Cuadra, Mané y Feña Rivadeneira en casa Feña y Neche en San Fernando



escuelita cuando niños, fue lo que primó. Feña y Chago les dijeron a los trabajadores que tenían que entrar al asentamiento que definió la CORA, porque si no iban a traer a gente de otra parte y ahí perdían todos. Una muestra de lo especial que era el lazo es que cuando se entregaron las hijuelas a los parceleros, Feña les ofreció trillarles sus siembras, ya que no tenían máquinas trilladoras. Él se transformó en proveedor de servicios y también de arados, rastras y otros insumos para sus antiguos inquilinos.

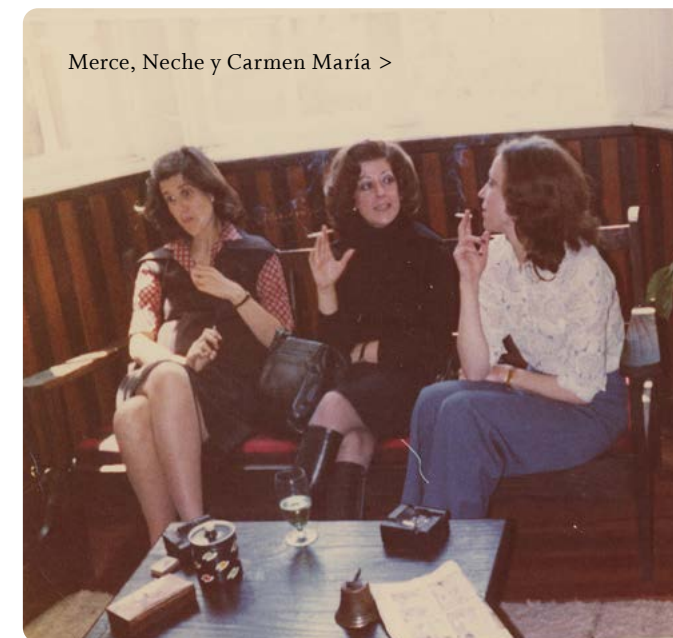
Después del golpe militar un comandante del regimiento llamó a Caduco por teléfono y le dijo que habían tomado detenidos a los jefes de los asentamientos en Roma, a quienes habían recibido la tierra. “Tenemos

detenidas a estas personas, les vamos a hacer un juicio y arriesgan a ser fusilados”. La reacción de Caduco y de sus hermanos fue moverse para liberar a estos trabajadores detenidos por los militares. No había un ánimo de venganza, sino todo lo contrario.

La rabia y molestia vino después con el banco interventor del fundo, que los Rivadeneira consideraban que hacía puras leseras y los dejaron cargados de deudas. En 1974 el gobierno les devolvió a los Rivadeneira la mitad del fundo a cambio de dejar liquidadas las deudas. Poco después llegaron los trabajadores a hablar con la CORA. Querían devolver su mitad del fundo, la que había quedado como asentamiento, porque habían perdido hasta el alma a causa de los malos administra-

dores. Quedaron de acuerdo en que las tierras volvían a ser propiedad de los Rivadeneira, pero a cambio tenían que pagar la deuda que tenían los trabajadores con la CORA. Fue una decisión de la que les costó mucho tiempo recuperarse, porque los 20 millones adeudados después se transformaron en 1.000 millones, por el precio del dólar: de \$80 subió a \$180 y después a \$300 y luego a \$400 pesos. El campo dejó de ser una fuente de riqueza y se convirtió en un pozo sin fondo de deudas. Feñita, Chago y Caduco hicieron lo posible por sacarlo adelante y hacerlo producir. Fue en esa época en que cortaron los antiguos árboles de la arboleda y se plantaron manzanos, con la idea de mantener la casa con la venta de las manzanas.

Aún en esas condiciones difíciles, las ganancias del campo dejaban una exención tributaria con la que compraban café, harina, papas, sacos de porotos y cajas de fruta para el invierno que se enviaban en camiones a las casas de toda la familia en Santiago. A Carmen Ruiz-Tagle, que ya estaba separada de Panchito Rivadeneira, le llegaba la caja con mercadería de Roma todos los años. Pese a todo, el campo seguía siendo una fuente de sustento además de un espacio de encuentro para la familia durante los veranos.



Merce, Neche y Carmen María >





Llegó un momento en que Caduco y Panchito dejaron la casa de República porque se casaron y también Carmen, su marido y sus seis hijos se independizaron y se cambiaron a una casa en Las Condes. La antigua casa de República quedó demasiado grande y Tití se sentía sola con tantas habitaciones vacías en el segundo piso. Por eso junto a su nuera Gloria, con sus nietos Claudio, Lola, Consuelo y Verónica, que tenían entre 16 y 8 años, y las fieles nanas Lula y Elba, se cambiaron a una nueva vivienda más acorde a sus necesidades en la calle María Luisa Santander.

Era una de esas casas bonitas y elegantes de estilo inglés de piedra que se ven hacia el interior del sector de Condell en Providencia. De dos pisos, un living comedor amplio, habitaciones en el segundo piso y una estructura atrás de la casa donde estaban las piezas de servicio y el jardín. Gran parte de los antiguos muebles de República tuvieron que regalarlos, enviarlos a Roma o a otras casas de la familia. Dejaron los precisos para que los interiores quedaran armónicos y acogedores.

La familia estaba feliz en el nuevo espacio, pero Lula y Elba se sentían como gato encerrado. Extrañaban los grandes jardines y amplitudes palaciegas de la casa en República y también a la gente del barrio. Allí bastaba con pararse en la puerta para que pasaran conocidos con los que conversar. Lo bueno es que al ser una casa más chica daba menos quehacer. Con el tiempo, Elba se acostumbró y finalmente se entretenía bastante

porque salía con las niñas de Gloria bien arregladas a caminar por Providencia hasta la Alameda en una época en que era seguro y entretenido vitrinear en la avenida principal de Santiago. Iban a mirar las vitrinas de la Casa García, en Alameda con avenida España, donde ahora está el DuocUC. Después seguían bajando por la Alameda para ver cómo adornaban las tiendas, sobre todo para las fiestas navideñas.

Claudio estudiaba en el colegio San Ignacio. Verito entró a estudiar al colegio Compañía de María en la calle Seminario, que quedaba a pocas cuadras, y Consuelo y Lola iban al colegio Filipenses, en la calle Dieciocho, frente al Palacio Cousiño. Elba las despertaba, les daba desayuno y las iba a dejar en micro. En el camino pasaban por la parroquia San Lázaro y Elba les decía “vamos a rezar a la iglesia” y entraban unos minutos, antes de seguir caminando hasta el colegio. Mientras Gloria trabajaba en la Universidad Católica, Elba pasaba a buscar a las niñas a las dos de la tarde y se preocupaba de ver que hicieran las tareas y que a las 8 y media estuvieran ya con la luz apagada.

En esa casa sin hombres la que daba las órdenes era la mamá Tití. Le gustaba mandar en la casa y dar todas las instrucciones. Ella decidía qué se iba a comer en la casa y también quiénes podían ir de visita. A veces les daba permiso a sus nietas para invitar a sus amigas o compañeras de curso y otras veces no le gustaba que fueran con tanta gente.

Vestía siempre de negro y usaba un delantal de cintura para guardar las llaves del ropero y la cómoda, porque siempre tenía sus cosas guardadas con cerrojo. Era un manojito grande de llaves que tintineaba en el bolsillo del delantal. En los tiempos de la UP incluso guardaba el azúcar bajo llave y repartía las cucharadas en la mesa. Era bien organizada en un tiempo que fue complicado abastecerse de alimentos.

De vez en cuando a Tití se le perdían las famosas llaves del delantal. Elba y Lula las buscaban por todos lados y no las encontraban. Tití se persignaba con toda su fe y decía: “Le voy a rezar tres padres nuestros a San Antonio...”. Al rato aparecían las llaves.

En la pieza de Tití había dos camas, con un velador a cada lado y al medio una mesita con una radio antigua. Tenía un cordel con un mono que pedaleaba de lado a lado. El cubrecama era de colchón. Al frente de la cama estaba el escritorio y el clóset donde guardaba todas sus cosas. A nadie se le podía ocurrir siquiera abrir o mirar dentro de su closet o en el escritorio. Era su espacio, su mundo privado.

Todavía tenía muchas monedas de oro guardadas. De vez en cuando le decía a Gloria: “Abre el segundo cajón del escritorio y saca una moneda de oro”. Sus nietas Sole y Paquí, quedaban muy contentas cuando eso ocurría porque Gloria las vendía y después les compraba regalos o ropa nueva a las niñas.

Era una abuela cercana y querida por los nietos que vivían con ella. Una vez, de noche, Consuelo tenía susto y la Tití le dijo “ya, ven a dormir conmigo”. Se metió en la cama con ella y le dijo “mamá Tití, tengo mucho miedo, no quiero que te quedes dormida”. La abuela le aseguró que no se quedaría dormida. “Tú pre-

TÍTI SE QUEDABA ACOSTADA  
LEYENDO TODO EL DÍA.  
TENÍA UN ESTANTE CON UNA  
CANTIDAD IMPRESIONANTE  
DE LIBROS EN LA PIEZA DE  
AL LADO. ERA UNA GRAN  
LECTORA DE NOVELAS  
ROMÁNTICAS. TAMBIÉN  
DEVORABA TOMO TRAS  
TOMO DE AGATHA CHRISTIE  
Y MUCHAS NOVELAS DE  
SUSPENSO, DE INTRIGA  
O DETECTIVES. CUANDO  
PASABAN MUCHOS AÑOS  
SE REPETÍA LOS LIBROS  
QUE LE HABÍAN GUSTADO.  
SE SENTABA A LEER EN  
UN SILLÓN MIENTRAS LA  
MENCHU LE RASCABA  
LA ESPALDA.

gúntame si yo estoy durmiendo y yo te voy a decir que no, vas a ver”. La niña le preguntó como cuatro veces “mamá Tití, ¿estás durmiendo?”. Y ella le respondía que no. Pero a la quinta vez, la Tití ya se aburrió: “¡Ah, ya pues, quédate dormida!”, le respondió.

Le gustaba despertar en la mañana con luz, pero no tanta, por eso el postigo de la ventana tenía que quedar abierto solamente 10 centímetros, ni uno más ni uno menos. Su nieta Gloria, conocida como Lola, dormía con ella y se encargaba de dejar esa abertura precisa cada noche. Al día siguiente la nieta se tenía que levantar bien temprano para ir al colegio y no le molestaba. Lola era regalona de su abuela y eso le daba ciertos privilegios. La dejaba escuchar radio en la noche y no le importaba el ruido para dormir. Podía usar el único teléfono de la casa a la hora que quisiera, a las diez u once de la noche incluso. Era difícil entrar a la pieza de la matriarca para hablar por teléfono, pero ella no se enojaba si Lola lo usaba. Recién después de varios años pusieron otro teléfono abajo y ya no había que entrar a la pieza de la Tití.

La Tití usaba el teléfono para llamar a Chago a su oficina, pero no se manejaba bien con la incipiente tecnología. Decía “Aló, señorita, necesito hablar con Santiago Rivadeneira, él es gerente”... “Señorita, por favor”... “Ah, esta señorita de mierda no escucha nada”. Su nieta Consuelo la escuchaba reclamar, tomaba el teléfono y se daba cuenta de que era una grabación, no había nadie al otro lado de la línea.

Tití siguió haciendo su rutina matutina de ir caminando temprano al centro y sentarse en la Plaza de Armas a comerse un cartucho de cocadas o una buena lúcuma o una chirimoya cuando estaban en temporada. Por su infancia en La Serena era loca por esas frutas nortinas. A veces Carmen llegaba de visita y le decía a la Lula: “Sirve no más el almuerzo, Lula, porque a la mamá, ¿sabes dónde la encontré? En la Plaza de Armas con la boca llena de lúcumas. Así que qué hambre va a tener”. Nadie sabía bien qué iba a hacer al centro. Simplemente caminaba o iba a ver a la tía Flora, que trabajaba en un banco. A sus nietas les encantaba acompañarla, porque el banco tenía puertas giratorias y escaleras mecánicas, que les parecían una maravilla. Tití les compraba un plátano en la verdulería de la esquina y ese era el paseo.

En las tardes, Tití seguía fiel a su grupo de amigas poqueras, que se iban turnando las casas para jugar todos los días de la semana. Solo los fines de semana se interrumpía el juego, pero la pasión de Tití por las cartas era tanta que esos días jugaba canasta con sus hermanos Carlos, Yola o Graciela en la misma mesa de póquer. Yolanda llegaba a la casa con una estola que parecía un zorro comiéndole la cola a otro zorro. Las nietas de Tití veían esa estola y se morían de susto.

Con su delantal de cintura se acercaba a la estufa Comet que prendían a la salida de su pieza y se quedaba conversando con Gloria como si estuvieran frente al brasero del corredor de Roma. Apoyaba la guata en un leve movimiento para entibiarse y después se devolvía a su cama.

Chago y la familia  
Rivadeneira Arbildúa







Lula, Francisca Rivadeneira  
Arbildúa y José Manuel Villar  
en su matrimonio >

Todas las noches Gloria se tendía en la cama de al lado y conversaba con la mamá Tití. Era tan regalona que le gustaba que todos estuvieran pendientes de ella. Si no le estaban prestando atención, decía rápidamente: “Ay, es que estoy tan enferma”.

La fiel Lula adoraba a Tití, pero a veces hasta a ella se le acababa la paciencia con los caprichos de su patrona. Una vez Tití se cayó guardando ropa en el clóset y se quebró las dos manos. Estuvo enyesada desde el codo a la muñeca y usaba un atril de madera para apoyar los codos. Lula tenía que dormir con ella, hacerle todo, además de preparar la comida y atender la casa. Un día se aburrió de que la manduquearan y le soltó: “Mejor me mando a cambiar y usted se queda sola”. La Tití, espantada, le dijo: “Pero Lula, por Dios, cómo me vas a dejar sola, ¡si estoy crucificada!”. Años después las dos seguían riéndose de esa anécdota.

#### TITÍ COMO ABUELA

Tití tenía sus mañas, pero era una abuela divertida y cariñosa que se preocupaba de sus nietos. Cuando volvía del centro les traía sustancias, guagüitas o maní confitado a los hijos de Gloria. Le gustaba tejer a crochet y a veces les hacía ropa a sus nietas, como un chaquetón que le regaló a su nieta Gloria. La enfurecía que sus nietas contaran que fueron donde una compañera y que después no supieran el apellido o cómo se llama la mamá. Le gustaba saber los apellidos y el estatus social de la gente.

Le encantaba que le rascaran y les pedía a sus nietas que se la rascaran la espalda y a cambio les daba plata. A veces sacaba un tablero de damas y se podía quedar toda la tarde jugando con alguna de sus nietas acostada en la cama.

Para Navidad, Tití les hacía regalos a todos sus nietos. Salía temprano a comprar los regalos a una juguetería en la calle Garibaldi y llegaba llena de bolsas. Le decía a Elba: “Escóndamelos, niña, pero bien escondidos, que no me los vayan a encontrar estos chiquillos de mierda”. Eran cosas muy sencillas, como una pelota inflable de playa o un juguetito de plástico. Un año les regaló diarios de vida a todas las nietas, que estaban felices. Pero no siempre le achuntaba, porque a un nieto de 12 le regalaba un juego que era para preescolares. También les hacía regalos a sus hijos y a sus nueras.

Le fascinaban los nietos hombres y también los pololos de las nietas. Era barrera con los nietos, no con las nietas. Si una nieta invitaba a un pololo a tomar té, Tití estaba pendiente. “Se están tomando la mano, saque la mano de ahí”, les lanzaba. A la hora del té los nietos podían comer todos los dulces que quisieran en la mesa, pero si las nietas sacaban algo, las regañaba con frases que hoy serían mal vistas: “Niñita, no coma tanto, que está gorda”.

Comentaba sin pelos en la lengua sobre lo bonita o fea que le parecía la gente y no le importaba absolutamente nada si la persona aludida estaba escuchándola. De la tía Yolanda decía que no era muy agraciada y contaba que

un día estaban en una fiesta en una casa con baranda y entonces todos cantaron una canción: “Yolanda, Yolanda, asómate por la baranda”. La tía Yola había salido corriendo pensando que era para ella.

Progresivamente Tití fue perdiendo las ganas de salir y estar en pie. Ya más viejita, comenzó a salir al centro acompañada de Lula. Se iban en micro y se devolvían en taxi. Llegaba de sus paseos en la mañana y se acostaba, aunque fuera un día caluroso. Podía pasar una semana entera acostada, salía de la cama solo para comer y para jugar póquer. A sus reuniones para jugar cartas se iba en taxi. Las vecinas creían que era profesora, porque salía todos los días a la misma hora a jugar póker. El resto del tiempo estaba en su pieza y en su cama. “No entiendo para qué sale tanto la gente si lo mejor es quedarse en la casa”, repetía.

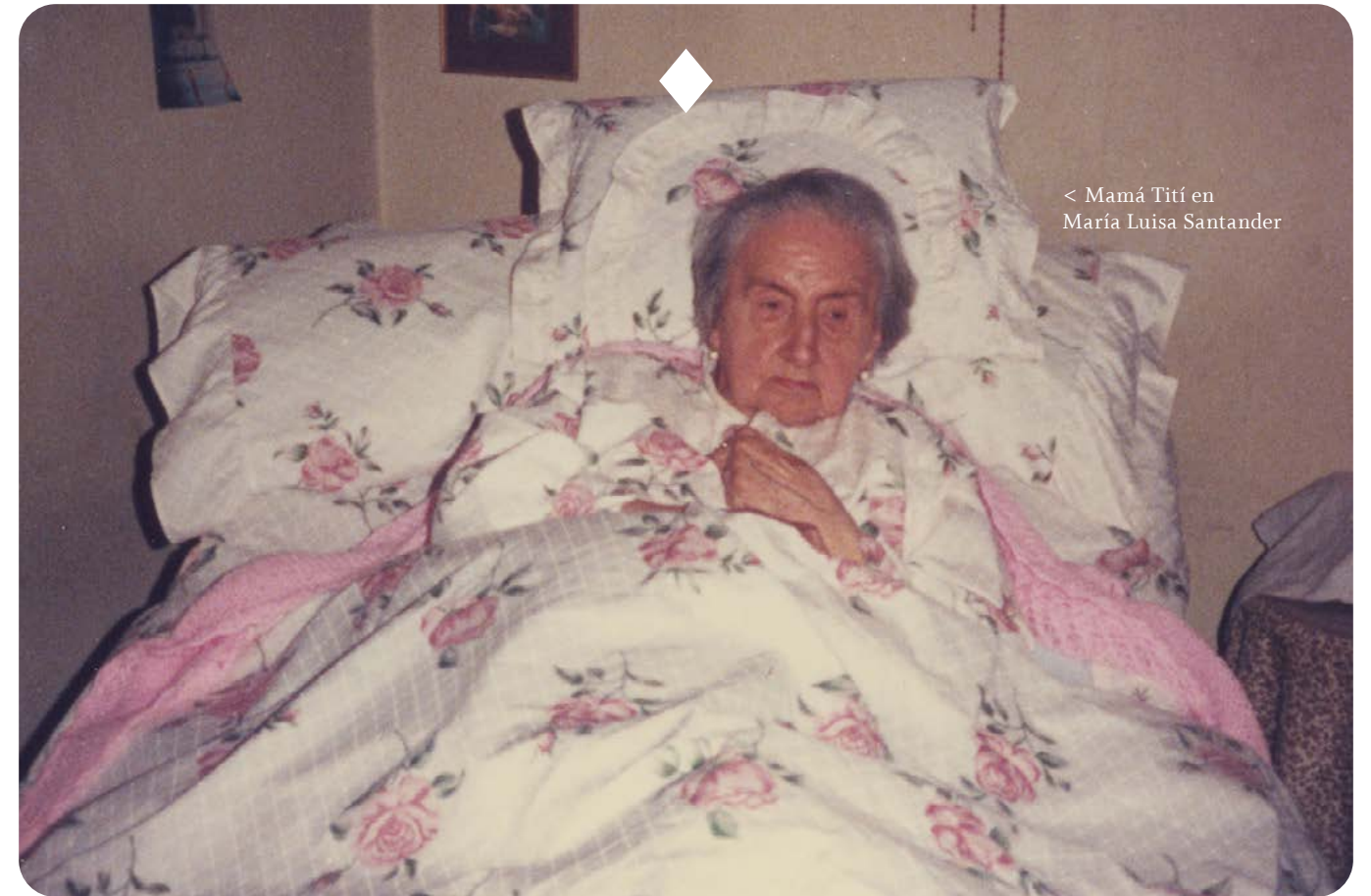
Se quedaba acostada leyendo todo el día. Tenía un estante con una cantidad impresionante de libros en la pieza de al lado. Era una gran lectora de novelas románticas. También devoraba tomo tras tomo de Agatha Christie y muchas novelas de suspenso, de intriga o detectives. Cuando pasaban muchos años se repetía los libros que le habían gustado. Se sentaba a leer en un sillón mientras la Lula le rascaba la espalda.

Todos se empezaron a acostumbrar a saludar y despedirse de Tití acostada en su cama. Su nieto Claudio se tendía a su lado y conversaba con ella. Como era el hijo mayor de Sergito, era su adoración. Lo llamaba para la pieza: “Venga, mijito” y le daba plata sin que se dieran cuenta los

demás. Y cuando había juegos de póquer, lo llamaba para que se comiera los pasteles que habían sobrado. Eran los privilegios que disfrutaba por ser el regalón.

Incluso desde su cama, seguía siendo divertida y conversadora. Tenía el don de saber entretener a la gente y rematar en el momento preciso con un refrán, trabalenguas o rima. A veces empezaba a quejarse “Ay, ay, ay...”. Sus hijos o nietos le preguntaban qué le pasaba y Tití elevaba la voz: “Canta y no llores...”. Tenía una voz corriente, pero le gustaba cantar. Entonaba cosas muy divertidas de la época del Rey Perico y algunas estrofas de ópera y operetas. Decía que le hubiese gustado ser bailarina. Le gustaba repetir los mismos cuentos, como el de la vez que fue a Europa con su hermana Graciela y se probó un par de zapatos que le quedaron estupendos. Volvió al otro día a probárselos y no le entraban. “No me va a poder creer usted, qué estupidez más grande”, le decía al vendedor. Y era porque había olvidado sacar el relleno de la horma. Sus nietas siempre han dicho que el gen artístico de Patricia Rivadeneira viene de la Tití. Si hubiese nacido en otra época habría sido una Patricia.

También recitaba una poesía sobre un payaso que está muy triste, con depresión y va a todos los doctores para que le recetan soluciones: “Tienes que viajar”, “tienes que caminar”, y nada funciona. Un doctor le dijo: “Tú no tienes remedio, solo viendo al payaso Garrick quedarás curado”. Y el payaso le respondió: “Yo soy Garrick, cambiadme la receta”. Entonces la mamá Tití les explicaba que la gente podía estar triste a pesar de estar siempre riéndose, como ella.



< Mamá Tití en  
María Luisa Santander

Cristián, más conocido como Tatán, era el hijo mayor de Carmen Rivadeneira y falleció a los 20 años. Todos temían que Tití se lo tomara muy mal porque quería mucho a Cristián, que era su nieto mayor y vivió con ella en República muchos años. Pero reaccionó con más entereza de lo que esperaban. Ya estaba curada de espanto después de perder a su marido y a su hijo años atrás.

Con lo vanidosa que era sufría con la vejez. Cuando trataba de ponerse aros terminaba llamando espantada a la Carmen y le decía: “Estoy hecha un cuco, me han crecido las orejas y me llegan al hombro”. A su nuera Mercedes le decía, con su humor característico, “Mercedita, ¡la vejez es una metamorfosis a monstruo!”. Si alguna nieta le preguntaba su edad, ella respondía evasivamente: “Menosh”.



Una vez Tití fue al teatro El Golf con Gloria. Llegó de vuelta contando: “no saben lo que nos ha pasado. Fíjate que el teatro estaba lleno de gente porque estaban parando a todo el mundo porque era una película para mayores y a todos les pedían el carnet. Y le digo a Gloria ‘saca el carnet, porque se lo están pidiendo a todo el mundo’. Y vas a creer que nos vieron a nosotros y las puertas las abrieron de par en par”.

Por algún motivo no le gustaba que vieran tele en la casa. Cuando las nietas y Elba estaban viendo televisor y Tití llegaba, tenían que apagar la tele y arrancar. La única excepción era cuando aparecía un artista que le gustaba. En esas ocasiones se levantaba con una energía inusitada de

la cama y llegaba volando a la otra pieza a ver a Leonardo Favio o a Pedro Vargas, que le gustaban mucho como cantantes. Tití todavía tenía las partituras de canciones de Pedro Vargas que le gustaba tanto tocar en el piano.

LOS ALMUERZOS FAMILIARES

Las comidas en María Luisa Santander eran abundantes y ricas como siempre. Había una entrada, una sopa, un plato de fondo y postre preparados por la experta mano de Lula en la cocina. Lula y Elba llamaban a almorzar, a tomar té y a comer y la familia simplemente bajaba la escalera y estaba todo listo en la mesa. A la hora de comida, Tití solo comía un postre de sémola o un arroz en agua con caramelo.



Chago y Ana María  
en Las Mercedes



Los domingos almorzaban en la casa el tío Carlos Monreal y Vitito. Caduco y su familia iban todos los domingos y subían a saludar a Tití, que estaba acostada en su cama, peinada y con los labios bien pintados de rojo. Tenía un cutis de porcelana y sus uñas almendradas estaban prolijamente pintadas. De lo que más se preocupaba era de sus manos, para ella era muy importante humectarlas con crema todos los días. Le gustaba que le echaran colorete, incluso cuando ya estaba enferma. Aunque estuviera acostada todo el día, seguía igual de pretenciosa. Sacaba las piernas para fuera de la cama y les decía a sus nietas: “Miren, no tengo un solo vello”. Solo a veces se dignaba a bajar a tomar té o a almorzar con el resto y, por supuesto, se sentaba en la cabecera.

La Lula regaloneaba a la familia con empanadas los domingos. A los niños de Caduco les encantaba que la mamá Tití les tuviera empanadas de la Lula cuando iban a almorzar con sus abuelos. Lula hacía brazos de reina de postre cuando había invitados. Atendía a todas las personas con la gracia que la caracterizaba. A veces llegaba Carmen con sus seis niños y se quedaba conversando con Gloria en una larga sobremesa. La Lula estaba por servir el té y la Carmen decía “No, si nosotros ya nos vamos”. Pero no se iban nunca, las nueras seguían pegadas parloteando, hasta que Lula se aburría y les decía: “Bueno, si se van a ir, ¡váyanse! Y si se van a quedar, ¡quédense!”. Y tenía toda la razón, porque no sabía para cuánta gente poner la mesa.

Tenía la habilidad de saber hacer almuerzo para todos los invitados que llegaban de improviso, cualquier fuera su número, y era celosa de su cocina. Si alguna nuera o nieta de Tití se asomaba a preguntar: “Lula, ¿qué hay de comida?”, ella invariablemente respondía: “Come y calla”. La cocina era su espacio y no le gustaba que otros se metieran. Una vez Consuelo, hija de Gloria, quiso hacerse un huevo y preguntó dónde estaba la paila. Lula bufó: “¡Ah, no, si no sabes nada! Mejor yo te lo llevo”.

CON LO VANIDOSA QUE  
ERA TÍTI SUFRÍA CON LA  
VEJEZ. CUANDO TRATABA  
DE PONERSE AROS  
TERMINABA LLAMANDO  
ESPANTADA A LA CARMEN  
Y LE DECÍA: “ESTOY  
HECHA UN CUCO, ME HAN  
CRECIDO LAS OREJAS Y  
ME LLEGAN AL HOMBRO”.  
A SU NUERA MERCEDES  
LE DECÍA, CON SU  
HUMOR CARACTERÍSTICO,  
“MERCEDITA ¡LA VEJEZ  
ES UNA METAMORFOSIS A  
MONSTRUO!”. SI ALGUNA  
NIETA LE PREGUNTABA  
SU EDAD, ELLA RESPONDÍA  
EVASIVAMENTE:  
“MENOSH”.

Para los nietos que no vivían en María Luisa Santander, como las hijas de Carmen y los de Caduco, era una casa entretenida, porque tenía un par de poodles muy gritones y pasaba llena de gente. Estaba Panchito, que había vuelto a la casa después de su separación, la tía Gloria, la enfermera de Tití, sus primas. Les encantaba ir, disfrutar los almuerzos ricos de la Lula y los queques a la hora del té.

También les gustaba meterse a la pieza de Panchito Rivadeneira, que tenía la habitación llena de animales de juguete. Tenía la costumbre de ir al Paseo Ahumada y comprar unas pulgas a las que les daba cuerda y saltaban. A Juan y a Ignacio, los hijos de Caduco, les encantaban esas leseras. Panchito les contaba cuentos con su humor absurdo. Decía que fumaba por la oreja y botaba el humo por la otra. A sus hijas chicas les decía que tenía un enano viviendo en un hoyito que tenía en la pera y ellas le creían. La sensación que les daba a los hijos de Caduco cuando iban a esa casa era de protección y cariño por estos tíos que eran como de otro siglo, muy poco prácticos y hasta raros. Como Chago, que odiaba la jalea de color verde. O Panchito, que recibía a sus sobrinos y les contaba que había tenido un mono que se le había escapado a la casa del vecino. Historias divertidas que no parecían de alguien adulto. Incluso su papá, Caduco, era alguien que hablaba cosas ridículas delante de sus hijos y sobrinos. Tanto era así que su hija Mercedes se dio cuenta ya bastante grande de que su papá era extremadamente inteligente, aunque tenía 20 chistes que repitió durante 40 años.

La casa siguió siendo el centro de reunión de la familia para celebraciones como Navidad o Año Nuevo duran-

te muchos años. Ya cuando Tití estaba mayor, Carmen la invitaba a almorzar a su casa en Hendaya. Su madre era tan buena para caminar que se iba a pie todo el trayecto desde María Luisa Santander hasta el barrio El Golf. Ahí se encontraban con el tío Víctor y ambos gozaban conversando y acordándose de cosas del pasado.

Tití rara vez volvió a veranear en Roma después de la muerte de Sergio y de su marido. Le traía demasiados recuerdos. Solo iba a quedarse en Las Mercedes por unos días cuando Chago y Ana María la invitaban. Fue devota del recuerdo de su marido durante toda su vida. Se acordaba de él frecuentemente y decía que la trataba como a una princesa.

Así como don Tararo tenía a Tití muy regaloneada, también era muy regalona de sus hijos. Si la Tití se quejaba de que no le alcanzaba la plata, llamaba a Chago para pedirle que le dejara un cheque. Pero nunca le faltó nada ni tuvo que dejar de hacer cosas por plata. Parecía que sus hijos competían por ser el que más se esmeraba en atenderla. Su hija Carmen iba todos los días a verla cuando ya estaba mayor. Feñita tenía a su mamá en un pedestal. Para Santa Beatriz, le llevaba desde San Fernando el pavo, los canapés y todo lo necesario para la celebración. Le enorgullecía que su madre lo presentara como su hijo especial por cómo la mimaba. Todos sus hijos tenían su propia manera de prodigar atenciones a su mamá.

A medida que fue avanzando en edad Tití fue perdiendo vivacidad y energía, ya casi no salía. Estaba en su cama

todo el día. Se enfermó de un cáncer a la tiroides y tenía una enfermera que la cuidaba. En los veranos se quedaba todo febrero en Viña con Carmen y su familia e iba todos los días al casino acompañada de su enfermera. Jugar en el casino era una de las pocas cosas que aún la motivaban a salir de su cama e incluso viajar a la costa.

La celebración de Santa Beatriz los 29 de julio seguía siendo un evento sagrado y multitudinario en la familia. Como era tradición, se convidaba a cualquier cantidad de gente y llegaban todos. Comían el pavo asado de Lula, las ensaladas, tortas de milhojas y todo el banquete de siempre en la casa de María Luisa Santander. Le celebraron su santo sin saltarse ninguno hasta el año en que murió. Aunque ya estaba en cama, enferma, y no se levantaba, le gustaba saber que estaba toda su familia abajo reunida en su honor. Su último santo fue el 29 de julio de 1987 y Tití falleció el 7 de octubre siguiente, a los 86 años. Estaba tranquila en su cama, acompañada solo de Carmen. Su hija le dio un beso, se le fueron los ojitos para adentro y se murió.

Sus hijos, nietos y amigos la despidieron en paz, con la tranquilidad de que ella ya deseaba descansar. En el funeral hubo lágrimas, emoción, pero también risas, porque sus hijos hicieron circular la historia (real o no) de que Tití era tan alta que no cabía en el cajón. La ponían vertical, para un lado, para el otro y no había caso. Esa anécdota fue chiste por 10 años en la familia, que recurría al humor hasta en las circunstancias más terribles y especialmente cuando había algún entierro. El humor negro era tremendo. Siempre que iban al cementerio volvían echando tallas como “cuando me muera rebusquen en el bolsillo, que va a haber un billetito”.

Después de la muerte de Tití, Gloria lloró mucho su pérdida. Fue una pena terrible porque era como su mamá. También comenzó a sentir que era el momento de independizarse e irse a vivir sola con sus hijas. Hacía muchos años trabajaba en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, pero sentía que no tenía suficiente respaldo económico como para arrendar una casa. Se dio la oportunidad de que Feña había arrendado una en Condell para sus hijos que estaban en la universidad y ya no la necesitaba. “Yo voy a cerrar la casa, si quieres te quedas tú con ella”, le ofreció su cuñado Feña. A Gloria la oferta le cayó del cielo y comenzó a arrendar ella ese lugar, donde después de mucho tiempo volvió a ser la dueña de casa.

“LA FRASE DE MI  
ABUELA -BOCA,  
VUÉLVETE BOTÓN-  
LA HE USADO  
HASTA PARA MIS  
PERSONAJES”.

PATRICIA RIVADENEIRA



< Mamá Tití, Ana María  
en Las Mercedes



La Lula era delgada, baja, de pelo blanco cuando ya estaba viejita y le tenía una paciencia infinita a la Tití. Le hacía masajes en los pies, se le sentaba al lado a conversar. Peleaban todo el día y se reían también. Eran comadres, porque Tití era madrina de confirmación de su hija Elba. Cuando Lula le pedía plata para ir a comprar algo para hacer almuerzo, Tití le decía siempre que trajera el vuelto y Lula se ofendía. “Pero señora, si no me sobró nada”. Adoraba a Tití y la acompañó toda la vida, en todas las casas que estuvieron.

Lula llegó a trabajar con Tití y don Tararo en Roma aproximadamente a los 15 años y no tenía más de 30 cuando se fue Santiago con sus dos hijas Menchu y Elba a trabajar para Tití en la casa de República. Murieron sus patrones, primero don Tararo, después Tití, y Lula siguió con la familia. Su último trabajo fue con los hijos de Chago, hasta el año 1990. A los hijos de Tití los crió desde chicos y también lloró a mares las muertes de los que partieron antes de tiempo, como Sergio y Panchito, y, por supuesto, la partida de su querida Tití, a quien acompañó hasta el último día. Feña, Chago, Caduco y también Mercedes y sus niños le decían “abuela Lula” y ella les decía “los niños”. Se saludaban siempre con cariño. Ricardo le decía: “Hola, pajarona, ¿cómo estai?” y Lula respondía “Bien, po, pajarrón, ¿y tú?”. A Carmen le decía Camilucha o Carmencita. A Santiago, hijo de Claudio y bisnieto de Tití, Lula le decía “Santiago”, pero al Santiago Rivadeneira que ya estaba sesentón le decía “Santiaguito”.

Tenía una sabiduría popular que marcó a varias generaciones de los Rivadeneira. Juan Rivadeneira Hurtado, hijo de Caduco, cuando iba saliendo a la universidad le preguntaba a la Lula si iba a llover ese día. “O bien llueve o bien se despeja”, respondía Lula, una frase tan ladina y aplicable para todo que después siempre la repetían.

Su santo era el 15 de agosto y los Rivadeneira la llamaban o visitaban para esa fecha cuando ya estaba viejita y retirada en su casa de Maipú. Gloria todavía llama para el 15 de agosto y conversa con Elba y su familia en recuerdo de Lula.

Antes de morir, Lula había dicho medio en serio y medio en broma que cuando llegara su hora, quería ser enterrada al lado de su patrona. Su voluntad fue cumplida con mucho gusto por la familia y la enterraron en el mausoleo de los Rivadeneira en el Cementerio General, al lado de Tití.

Para su funeral llegaron sus familiares de Santiago y de Roma, fueron los Rivadeneira Monreal desde Santiago y también Feña, Santiago y toda la rama de la familia que vivía en San Fernando. Mercedes trajo un canasto grande de camelias del jardín del fundo en Roma. Era septiembre y estaban en todo su esplendor. Entre todos los niños de Ricardo y Mercedes le llenaron la lápida de las camelias que con tanto esmero había cultivado don Tararo. Su sepultura tenía escrito su nombre en letras doradas finas, con unas argollas de bronce trenzadas.





< Carmen María con  
María Paz Rivadeneira en  
brazos para su bautizo en  
Roma



De izq. a der.  
Carola Cuadra,  
Ana María,  
Panchito,  
Ximena, Carmen  
María, Beatriz  
y Francisca





Cuando la iban bajando al mausoleo, Feña dijo: “Aquí vamos a dejar a la abuela Lula con la mamá Tití, para que peleen todo lo que quieran”. Le salió tan espontáneo y cómico que causó risas y aplausos en el funeral.

**LAS PELEAS RIDÍCULAS ENTRE TITÍ Y YOLA**

Tití y su hermana Yola tenían una relación muy divertida. Las dos se visitaban muy seguido, peleaban y se tomaban el pelo. Yola llegaba a la casa de María Luisa Santander de sorpresa y Tití se escondía detrás de los sofás del living. Una vez Yola se llevó un carrito chico que su hermana usaba para el teléfono y que había dejado acostado en el escritorio, porque siempre se tropezaba con él. La vez siguiente que Tití fue a casa de Yola a jugar canasta, la acusó: “Yola, te robaste mi carro, yo no te lo di”. Y se trajo el carrito. Después Yola se lo llevaba de vuelta a su casa, porque su hermana no lo estaba usando. Tití lo rescataba de nuevo, y así siguieron sin que ninguna diera su brazo a torcer, como niñas chicas. Hacían lo mismo con un pingüino de loza del que no se ponían de acuerdo a cuál de las dos pertenecía y que al final quedó en manos de Elba.

**La prima Alicia**

Caduco siempre contaba con mucho orgullo una historia sobre su prima Alicia Rivadeneira que refleja muy bien el sentido del honor que admiraban en la familia. A su marido le había ido mal en los negocios y se murió con deudas. El agente del Banco le dijo después de que enviudó: “señora Alicia, estas deudas usted no tiene por qué pagarlas. Eran deudas de su marido”. Y Alicia respondió, muy digna: “Una deuda de mi marido es una deuda mía”. Vendió su tierra, pagó la deuda del marido y vivió para siempre con muy poca plata.



**Hombres Rivadeneira (5 estilos)**

*“Hay un patrón de hombre Rivadeneira, tienen una especie de bondad o inocencia y una solidaridad que no corresponden a los tiempos actuales. Es como una divinidad familiar que nació por la vida en el campo, en Roma”.*

**Mercedes Hurtado**, viuda de Ricardo Rivadeneira

*“Los hombres Rivadeneira son todos iguales. Son buenas personas, tranquilos, buenos de corazón, completamente distraídos, un poco pusilánimes y en exceso conciliadores”.*

**Primas Consuelo, Mané, Sole y Magdalena Rivadeneira**

*“Los hombres son cariñosos, acogedores, respetuosos. Son todos muy livianos, capaces de reírse de ellos mismos y de tomarse las cosas a la chacota, aún tomándoselas en serio. El sentido del humor es parte de ellos, un humor absurdo, una inocencia natural, una sabiduría que da la vida en el campo. No juzgan. Da lo mismo lo que seas, si eres parte de la familia siempre vas a ser querido y acogido. Todos caben en este canasto”.*

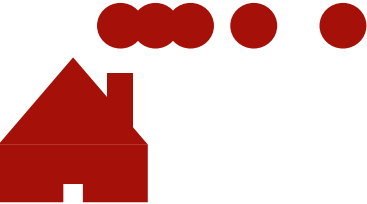
**Primos Ricardo y Arantxa Rivadeneira**

*“Son atípicos y raros. Ninguno de los papás de mis amigos se parecía al mío. Por ejemplo, si mi papá veía una ampolleta suelta, necesitaba arreglarla. Mis amigos le soltaban las ampolletas a propósito para que se parara arriba de la mesa a arreglarlas”.*

**Ricardo Rivadeneira Hurtado**

*“Hablar en verso o en chiste es un estilo que se repite, un recurso de supervivencia de esta familia de campo acogedora. A Ricardo le preguntaron una vez: ‘Ppor qué nadie llevó a Vitito al doctor?’ y él respondió: ‘Porque en esta familia aceptamos las diferencias’. Eso es muy valioso”.*

**Piedad Rivadeneira**





Roma

Claudio Rivadeneira, el hijo mayor de Sergio Rivadeneira Monreal se terminó de criar con Feña y sus primos en Roma porque le gustaba mucho el campo. Para contribuir a sanear la deuda en dólares que cargaba la Comunidad Sucesión Javier Rivadeneira se le ocurrió una gran idea. Aprovechar la abundancia de ganado que tenían en Roma para producir leche. A mediados de los 70 construyó una lechería que era de primer orden en Chile. Como negocio funcionaba muy bien porque estaba relativamente cerca de Santiago y se vendía toda la leche a granel a Sopro-le. Y como experiencia, la lechería también marcó una era para la familia Rivadeneira Monreal. Hijos y sobrinos pasaron su infancia y adolescencia aprendiéndose los nombres de las vacas lecheras y esperando la madrugada para tomar leche al pie de vaca. Ellos experimentaron una Roma más moderna, pero aún bastante tradicional y destartalada.

La lechería, a un costado de la casa patronal, era un galpón con hileras y unas mangueras que colgaban con cuatro chupones en un extremo para sacar la leche, la que salía a chorros. A las cuatro o cinco de la mañana entraban las vacas a la lechería y llegaban unas señoras del campo a ordeñar, mientras afuera estaba oscuro como boca de lobo. Cuando ya estaba el sol alto en el cielo llegaba un camión gigante de Soprole a llevarse toda la leche, que luego se envasaba y se vendía en Santiago. Antiguamente, antes de que llegaran los camiones, iba un señor llamado Neftalí en un carretón con caballo a llevar la le-

che para venderla en San Fernando, a pequeña escala. De camino al pueblo, Neftalí le echaba agua de la acequia a la leche para hacerla cundir más.

Al lado de la lechería había un potrero muy verde donde las vacas lecheras pasaban varias horas del día rumiando pasto. En el segundo patio de la casa familiar –el mismo patio de servicio con corredores donde antiguamente don Tararo tenía su palomera y el corral de ovejas– se alojaban los terneros de las vacas. Por esta cercanía, la vida de la familia comenzó a ser muy en común con la del ganado, que bloqueaba los caminos cuando pasaban o se metían a veces en los corredores. Siempre había olor a animal, recuerdan los primos. Y pulgas, huestes de pulgas.

Ir a la lechería era un panorama para todos los primos. Sergio, uno de los hijos mayores de Carmen Rivadeneira, cuando era chico luchaba por despertar al alba y pillar a las señoras de la lechería, pero levantarse tan temprano era un sufrimiento. A veces alcanzaba a llegar cuando estaban sacando la leche y le daban a tomar de un balde. Era calentita, rica y espumosa, le encantaba. El recuerdo de ese sabor lo empujaba a intentar madrugar de nuevo.

Piedad, Patricia y Magdalena, hijas de Panchito Rivadeneira, se quedaban despiertas para ir a las cuatro de la mañana a la lechería, que para ellas era lo máximo. Veían entrar a las vacas y se sabían sus nombres.



Una de ellas se llamaba Piedad. Cuando eran chicas las dejaban usar las máquinas para ordeñar y tomarse la leche recién extraída. Los trabajadores de la lechería tomaban leche con pisco y cuando ellas ya eran un poquito más grandes les daban a probar unos sorbos.

El encargado de la lechería era afuerino, rubio y de ojos verdes. Patricia Rivadeneira iba muy chica a esperarlo afuera, muerta de susto bajo la luz de un farol en la entrada, hasta que llegaba y abría la lechería. Le encantaba ese momento sin vigilancia de los grandes y sin que nadie la correteara por ser muy chica o mujer. Los trabajadores eran cariñosos y le enseñaron a ordeñar con la manguera y también a mano, que era su mayor objetivo.

Había un banquito y un balde para ordeñar a la antigua. No era tan fácil como parecía. Varias veces ocurrió que las vacas la cagaron encima, algo que a los ordeñadores ya expertos y mucho más altos que una niña de 10 años nunca les pasaba. La tuvieron que manguerear para sacarle la bosta de encima. Después le daban leche tibia para que entrara en calor y Patricia se iba al potrero verde que estaba al lado, le daba sueño y se quedaba dormida tirada en el pasto.

Yolita, que era la trabajadora encargada de hacer manjar para el fundo, se llevaba varios litros de leche y hacía un fogón en el patio de atrás cuando aún era de noche. Yolita pasaba horas revolviendo el manjar en una olla de cobre y Piedad se quedaba acompañándola junto al fuego de la olla.

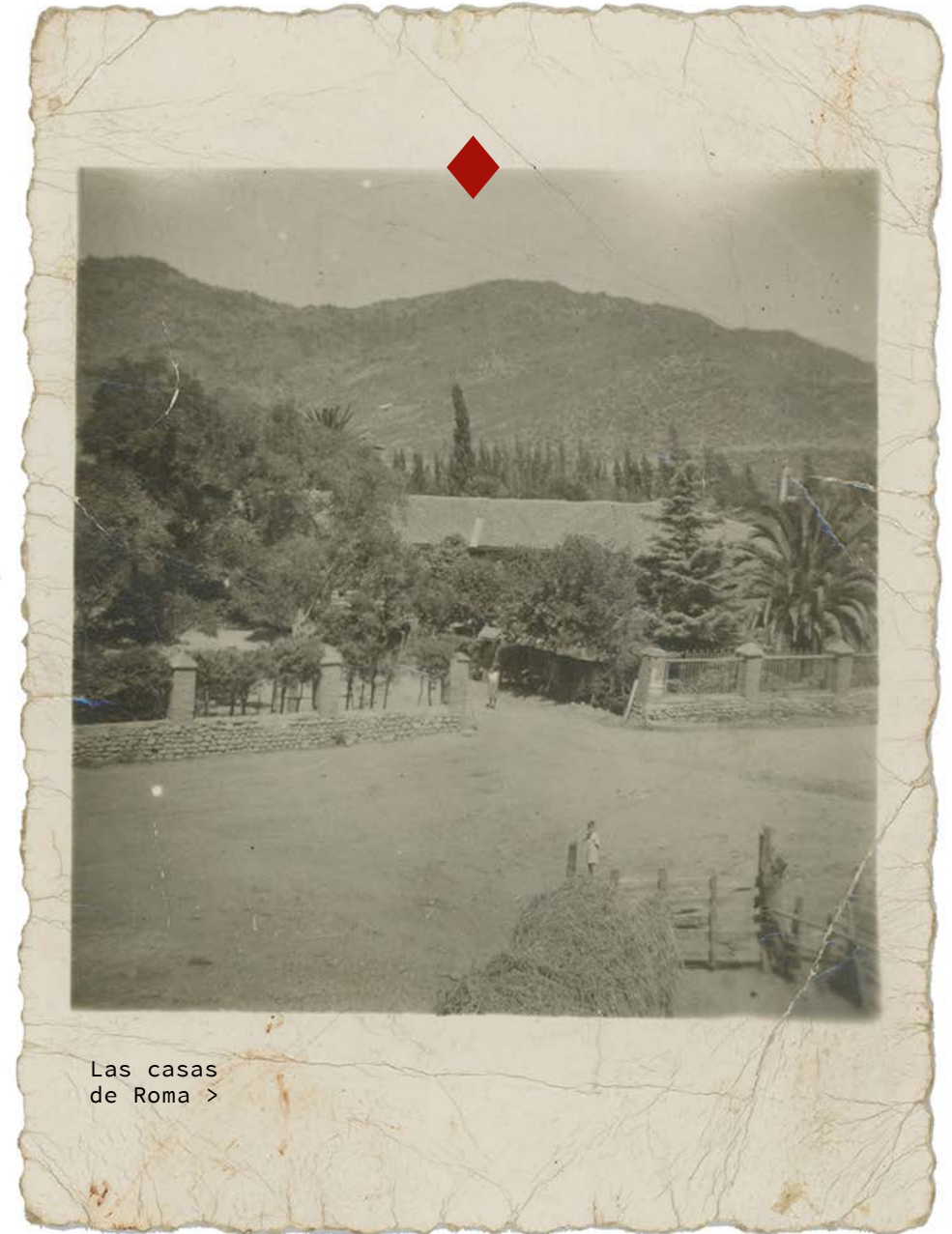
## LOS VERANEOS DE LOS PRIMOS

Desde la muerte de Sergio, Feña Rivadeneira con Necho y sus hijos vivían todo el año en Roma. En el verano la casa se llenaba de tíos y sobrinos. En enero iban a veranear los Cuadra Rivadeneira, que eran seis niños, y en febrero llegaban los Rivadeneira Correa, es decir, Gloria con sus cuatro hijos. Los hijos de Feña estaban felices, porque tenían un montón de primos con los que jugar en la casa, y además se juntaban con otros primos de segundo grado como Lalo y Felipe, hijos del tío Lulo. Feña recibía con los brazos abiertos a sus hermanos y sobrinos, aunque después de atenderlos y alimentarlos todo el verano terminaba sintiéndose identificado con el tío Pito cuando le decían “¡qué bien se pasa donde Pito!” y él respondía: “Claro, ¿Y quién paga?... Esta gente cree que los pavos se dan asados en el potrero”.

Más adelante Feña y su familia dejaron Roma y se cambiaron a San Fernando. En los veranos las familias se siguieron turnando la casa para ir de vacaciones.

Gloria y sus hijos se iban en febrero de vacaciones a Roma y se volvían en marzo, con el uniforme nuevo ya probado en el mismo campo. Se iban con sus primos Rivadeneira Amesti en el auto rojo de Feña. Era tan chico que los niños se apiñaban como podían. Los que no alcanzaban a acomodarse se iban parados en la parte de atrás de la camioneta. Los niños de Gloria tenían asignadas dos piezas al fondo con su baño, el mismo que había construido su papá, Sergio.

Cuando los sobrinos llegaban a Roma, el tío Chago les hacía un pequeño tour macabro: “Mira, en esa pieza dormía



la tía Hortensia... y se murió justo en esa cama en que vas a dormir tú. En esa esquina se ponía la bacinica de la abuela y acá guardaba los dientes”. Después ninguno quería dormir en esa pieza.

En la mañana las nanas les llevaban bandejas con desayuno a la cama a todos los veraneantes, adultos y niños, con leche de la lechería, que era gruesa y con nata. Carolina, la hija de Carmen, recuerda que tomaban la leche con los dientes apretados para no tragarse la nata.

En enero, cuando llegaba Carmen Rivadeneira con sus seis hijos al campo, al ratito llegaban señoras muy amorosas con huevitos y pan amasado para Carmen y los niños. Conocían a Carmen desde que era chica y le traían panes, quesillos y otras cositas ricas envueltas en unos paños blancos impecables. Carmen les traía ropa y zapatos de Santiago. Pasaban a ver a la señora Nora, que tenía dos hijas de la misma edad de Carolina y Soledad y jugaban juntas, a veces se quedaban a almorzar. Su casa tenía pilares, era sencilla y muy limpia.

Las niñas de Carmen salían a caminar en las tardes y entraban a las casas de toda la gente, que los invitaban a pasar. Iban a ver a Ñunguito, que era el capataz. Su señora Elsitita les daba un té exquisito con quesillo hecho en casa y cebolla con tomate. También visitaban a la dulcera Emilia Chávez, que les daba algo mientras se sentaban a conversar. Y donde María Paredes, que hacía un pan muy rico y vivía en el mismo callejón.

Las hijas de Gloria también tenían una experiencia parecida. Cuando eran muy chicas salían a caminar con su nana Elba por todo el camino vestidas de blanco, ordenaditas y peinaditas. A las seis de la tarde las llevaba de visita a las casas de los inquilinos, que las recibían con té y pan amasado. Ñunguito, que vivía casi en la esquina, les enseñaba a andar a caballo en el Plátano, el Blanco y el Repollo.

En febrero se celebraban varios cumpleaños juntos en Roma, porque ese mes cumplían años Magdalena Rivadeneira Ruiz-Tagle y los hermanos Ximena, Fernando y Alfredo Rivadeneira Amesti. Sentaban a todos los primos en la mesa con vasos de jugo Yupi, trozos de sandía y torta.

En verano pasaba un vendedor de helados que tenía los labios salidos y cuando lo veían acercarse a la casa, todos los primos se escondían. El heladero veía que no llegaba nadie, se devolvía y cuando estaba a mitad de camino lo llamaban de vuelta mientras les rogaban a sus papás que les dieran plata para los helados.

Era un veraneo muy en común con los primos. Se levantaban al alba para ir a ordeñar las vacas y tomar la leche aún tibia. Salían a hacer cabalgatas largas, subían cerros, iban a caminar, a sacar moras, jugaban cartas. Llegaban llenos de barro en la noche y les lavaban los pies antes de acostarse. En las noches las niñas de Gloria escuchaban unos programas de radio en que contaban historias de terror y se morían de susto. También se asustaban del tué-tué, el pájaro brujo que daba

vueltas por el fundo según les decían las nanas. Traía muy mala suerte, entonces si uno lo veía tenía que decir un verso para que no pasara nada malo.

Otro panorama favorito era ir al almacén de la Chelita, el más cercano al fundo. Le compraban unas calugas que los primos Rivadeneira están seguros de que eran las mejores de Chile, venían envueltas en papel mantequilla. Chelita anotaba todos los gastos en una libreta y se pagaba a fin de mes. Ya adolescentes, iban a otro negocio, llamado Carreño, a comprar chicles Dos en Uno, o cualquier otra tontera. Carreño era un minimarket en el camino para Roma desde San Fernando, con un par de taca-tacas y una cantina donde los inquilinos iban a tomar vino y jugar cuando les pagaban. Los adultos de Roma, como Chago y Feña, compraban el vino en Carreño. Se lo llevaban en garrafas con mimbre. Los hijos de Carreño, que fueron al colegio con Feña, ahora son los que llevan el almacén. La gracia era la posibilidad de encontrarse con amigos y conocidos de la zona, era un lugar de socialización de adolescentes desperdigados en distintos campos. En el almacén de Carreño los primos compraban de todo a nombre del fundo, se anotaba en un cuaderno y Carreño cobraba a fin de mes.

Ya un poco más grandes, a los 12 o 13 años, Consuelo y Lola sacaban dos o tres cigarrillos de las cajetillas de sus madres, o robaban los cigarrillos a medio fumar del cenicero cuando nadie las miraba. Se iban a fumar arriba del techo del corral de los chanchos. Si alguien entraba a la arboleda, ellas lo veían desde arriba pero no podían ser vistas.

En esa época llegaron el Canal 13 y el Canal 7 a la región y pusieron antenas de los canales en el cerro El Litre, que era parte del fundo. Menares, uno de los inquilinos, se instaló como cuidador de la antena y siempre iban a dejarle comida. Era un lugar con un paisaje muy lindo y de instalaciones rústicas, con un puente colgante y una piedra que él levantaba y usaba como refrigerador para guardar las cosas. Los pri-

CUANDO LOS  
SOBRINOS LLEGABAN  
A ROMA, EL TÍO  
CHAGO LES HACÍA  
UN PEQUEÑO TOUR  
MACABRO: “MIRA, EN  
ESA PIEZA DORMÍA LA  
TÍA HORTENSIA... Y  
SE MURIÓ JUSTO EN  
ESA CAMA EN QUE VAS  
A DORMIR TÚ.





Gloria Correa, abajo:  
Verónica, Ximena,  
Gloria María y Mané  
Rivadeneira en la piscina  
de Roma



mos salían a caballo a verlo a su casa en un paseo que duraba todo el día. Hacían un cocaví y llegaban arriba después de cinco horas de cabalgata.

A veces las primas hacían manjar en tarro, huevos duros, sándwiches y los primos hombres se ofrecían a llevarles las mochilas. “Ay, qué amorosos”, decían ellas. Después llegaban arriba del cerro y se habían comido todo el picnic.

Otro paseo entretenido al que partían de a dos por cada caballo era a Roma Bajo, donde vivía la Elba. Ahí estaban los baños del Coco, con aguas termales. Un balneario de río muy popular, con agua fresca para bañarse en medio de la naturaleza, rodeado de sauces. Primos y primas hacían muchos picnics en esa playita, con sándwiches, botellas de jugos Yupi, huevos duros y un tarro de leche condensada que compartían. También por ese mismo sector iban a la piedra Obera, un río con piedras grandes y de diferentes colores, donde se formaba un pozón.

También se bañaban en las acequias, con chanchos, con patos, y les ponían nombre a cada una. Iban de short y hawaianas, que se les caían al agua. Hasta que Feña construyó una piscina para que se bañaran sus hijos y sobrinos. Era una piscina primitiva, sin filtro ni cloro, que se llenaba con agua de la acequia. Solo tenía una malla o rejilla para que no pasaran los guarisapos, pero igual se colaban culebras, sapitos y todo tipo de alimañas. El agua era turbia y heladísima. Se formaba un barrial, pero a los primos les fascinaba. Se tira-

ban piqueros, nadaban por debajo del agua y tragaban litros, pero nunca se enfermaron de la guata. Para la hora del té las nanas traían unas bandejas con 20 vasos de leche con plátano y 20 panes, listos para que les echaran manjar o mermelada de mora. No duraban ni 15 segundos.

Curiosamente, en la piscina se bañaban los niños y los adolescentes. Los padres y tíos no se ponían ni traje de baño. Solo la moderna tía Gloria usaba bikini y tomaba sol en unas reposeras listadas de lona. La mamá Tití estaba cuando se estrenó la piscina y quedó escandalizada cuando vio a sus nietas Carolina, Vero y Lola en bikini, tendidas en el pasto. “¡Carmen, están piluchas!”, gritó, escandalizada. Después tuvieron que usar traje de baño entero cuando estaba su abuela en Roma. Después Patricia, Piedad y Magdalena Rivadeneira también usaban bikini y Tití se enojaba, pero estaba más viejita y no le hacían caso.

Ir a la Puntilla era otro de los paseos a caballo favoritos del verano. Ahí vivían los otros Rivadeneira Amesti, hijos del tío Nano y la tía Tina. Era un campo muy rústico y alejado. Una de las cosas más curiosas para los primos de Santiago era el baño, pues consistía en una caseta de madera con cortinas de tela donde estaba la tasa, que estaba sobre una plataforma de madera que atravesaba un canal de orilla a orilla, es decir un puente-baño. Los primos se peleaban por ir al baño, pues era una real aventura.

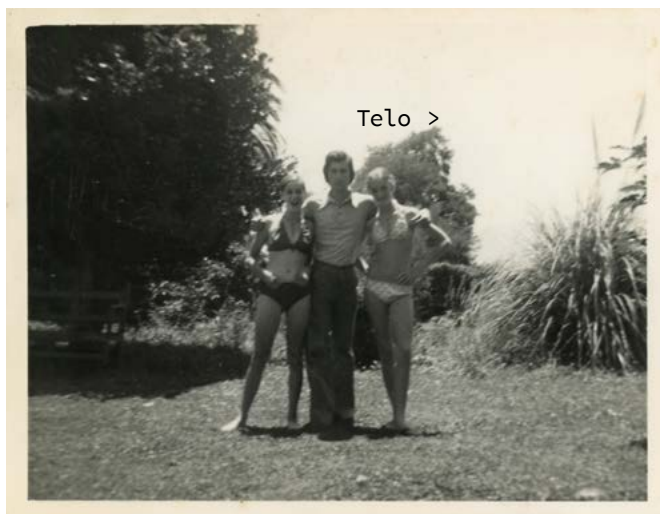




Ximena y Vero >



Mané, Telo, Sole >



Ximena, Alfredo >



Ximena, Mané Neche >

Veranos de primos en Roma





Cualquier Rivadeneira que haya estado en Roma sabe contar la historia de cuando Caíto atropelló al Cholo, un perro de la Vero. Fue un drama, porque la Patricia era chica y lloraba, Gloria también lloraba y Caíto tuvo que llegar rápidamente con otro perro.

Las vacaciones eran inolvidables. Las primas jugaban en la arboleda y comían damascos y duraznos hasta hartarse. Prendían fuego y en una ollita se hacían fruta cocida. Se amontonaban en el escritorio a ver el Festival de Viña en un televisor chico que trajo Caduco. Mientras los adultos se quedaban en el comedor conversando, los primos hacían su mundo aparte. En las noches jugaban 21 real, a adivinar películas con mímica o salían a jugar a las escondidas con linterna. Su-  
mando a los primos Rivadeneira Troncoso –Pato, Felipe, Cristián y Pepe y Elenita– eran tantos que podían hacer fiestas entre primos. Bailaban con música del tocadiscos o hacían fiestas de disfraces.

Las primas Carolina, Ximenita y Vero (que murió en 2020) iban a las trillas, se subían a la máquina y comían causeo con los trabajadores a la hora de almuerzo, un condumio de tomate, cebolla y ají verde que se devoraban.

En enero, Carolina era casi la única mujer entre puros primos y hermanos hombres que cabalgaba y se ponía botas de cuero con espuelas y echaba carreras con sus primos de igual a igual. Le fascinaba andar a caballo. Junto a sus primos iba a ver a don Marcial Amigo, que vivía en una cabaña en la cordillera junto a un puente colgante y hacía carbón en unos hornos, con permiso de la familia. El trato era que la mitad del carbón era

para él y la mitad para la familia Rivadeneira. Era un carbón de espino muy bueno que usaban para asados, calefacción y para repartir a la familia. Tenía una piscina de piedra donde acumulaba agua del Tinguiriguica, con parte honda y parte baja. Los primos se bañaban y varios aprendieron a nadar en esa piscina, que todavía existe. Hacía cosas exquisitas para comer y hacían asados con él. Tenía un lugar para poner bebidas para que quedaran heladas y otra piscina chica donde criaba ranas para comer. Vivía solo, pero en los veranos llegaban la señora y sus hijas, que eran muy buenas mozas.

En 1975 o 1976 instalaron radios para comunicarse. Una en Roma, otra en la casa del tío Chago y otra en el Chevrolet del tío Feña. En las mañanas Chago llamaba a Estación Cordillera, que era el nombre de la radio de Roma, y preguntaba: “Atento, San Pedro de Roma. ¿Cuántos litros de leche sacaron hoy? Cambio”. Usaban códigos como “QRL” y “QAP”. La radio fue sensación entre los primos adolescentes, que se hicieron radioaficionados para conversar y conocer a más gente. Era una versión análoga de las redes sociales. Piedad, Magdalena y Patricia Rivadeneira se quedaban hasta la madrugada hablando con radioaficionados brasileños, rusos y de todo el mundo en la pieza de al lado de la cocina vieja, donde estaba la radio. Saludaban diciendo “Aquí, radio Cordillera en San Fernando de Roma, Chile”. Ximena, hija de Feña, también era fanática y se pasaba la noche completa en la radio de su papá y hasta hizo amistades por ese medio. Era también una especie de Tinder primitivo, porque una motivación poderosa en la adolescencia era encontrar a alguien de la zona para pinchar. Hablaban

por la radio hasta que ya era hora de que abrieran la lechería y se iban a sacar leche para hacer manjar.

A veces Ana María y el tío Chago invitaban a distintos grupos de sobrinos a tomar té a Las Mercedes. Carolina, Sergio y sus hermanos lo único que querían era que los invitara. Ana María, muy cariñosa y gran anfitriona, los esperaba con sándwiches de jamón y queso, pancitos con palta, kuchenos y pies de limón hechos el mismo día en una mesa grande y redonda hecha con una rueda de carreta, a la sombra de un sauce gigantesco. Las hijas de Gloria entraban a su baño y se echaban colonia y olían las cremas, puras cosas que no tenían. Más adelante también construyeron una piscina en Las Mercedes. Esta era de verdad, con filtro y cloro que dejaban el agua limpia. Era mucho más elegante que la de Roma.

Cuando la familia de Feña y Neche dejó de vivir en Roma y ya no había dueños de casa en el fundo, la experiencia de veranear allí se hizo aún más espartana y venida a menos. Se bañaban en la tina usando la misma agua varias personas, para ahorrar gas o porque había algún sempiterno desperfecto. La cantidad y variedad de comida era escasa. Patricia Rivadeneira una vez se consiguió que las empleadas le dieran leche porque quería hacer manjar para llevarle a su mamá. Lo tenía guardado, pero cuando fue a buscar los frascos, los encontró vacíos. Sus primos se lo habían comido, porque siempre tenían hambre.

Los veraneos y la convivencia entre muchos primos en Roma duró hasta el terremoto de 1985. Al menos la mitad de la casa quedó inhabitable y ya no se pudo ir más en patota. La casa quedó en tan malas condiciones que era muy costosa de reparar. Caduco entonces compró la casa a sus hermanos, que además estaban afligidos y necesitaban plata para pagarles a los bancos. Una vez

LAS PRIMAS JUGABAN EN  
LA ARBOLEDA Y COMÍAN  
DAMASCOS Y DURAZNOS  
HASTA HARTARSE. PRENDÍAN  
FUEGO Y EN UNA OLLITA  
SE HACÍAN FRUTA COCIDA.  
SE AMONTONABAN EN  
EL ESCRITORIO A VER EL  
FESTIVAL DE VIÑA EN UN  
TELEVISOR CHICO QUE TRAJÓ  
CADUCO. MIENTRAS LOS  
ADULTOS SE QUEDABAN EN  
EL COMEDOR CONVERSANDO,  
LOS PRIMOS HACÍAN SU  
MUNDO APARTE. EN LAS  
NOCHES JUGABAN 21 REAL,  
A ADIVINAR PELÍCULAS CON  
MÍMICA O SALÍAN A JUGAR  
A LAS ESCONDIDAS CON  
LINTERNA.





Veranos de primos  
en Roma



< Lola, Piedad,  
Patricia, Vero,  
Ximena y Magdalena >

Mané, Vero, Alfredo,  
Tía Gloria, Lola,  
Piedad, Ximena y  
Magdalena >



Ximena



Mané, Ximena, Vero, Lola



Vero, Alfredo, Magdalena, Ximena



Magdalena, Lola, Piedad



Ximena, Mané, Lola



que la casa fue suya, decidió emprender su reparación, le tomara el tiempo que le tomara.

### LOS FINES DE SEMANA EN ROMA

Cuando la maltrecha y terremoteada casa de Roma pasó a ser suya, Caduco y Mercedes iban con sus ocho hijos todos los fines de semana y los veranos. Les encantaba. Para Mercedes hija, Roma representaba algo así como un mundo que ya había dejado de existir. Mientras sus compañeros de colegio iban a veranear a Cachagua, Zapallar o Pucón, ella llegaba con su familia a pasar todo el verano en Roma, a una casa con un frío sepulcral, agua turbia y donde se servían patitas de chanco, queso de cabeza y cosas que ninguno de sus amigos comía.

La casa estaba muy venida a menos y siempre se estaba cayendo, y sobrevivían algunos objetos hechizos y tal vez de mal gusto para los ojos de ahora, como las bases de las lámparas de los veladores hechas de botellas de whisky Sandy Mac. Todo seguía siendo como de otro siglo, con el tío Feña vestido de huaso y los arrieros que alojaban en los corredores. Los niños tomaban té con ellos en el corredor, en unos tarros de durazno en conserva con un alambre. Los baqueanos les decían “No se van a acordar nunca de nosotros” y para ellos lo más entretenido era compartir con los arrieros. Había siempre un olor a establo porque había lechería, pero era el lugar en donde mejor lo pasaban y donde preferían estar los fines de semana. Mercedes recuerda haber estado en una fiesta de quince arrepentida pen-

sando “Estaría mejor en Roma”. La alternativa de irse a Roma con el papá y la mamá los fines de semana casi siempre le ganaba al carrete adolescente en Santiago.

La casa era bonita con su arquitectura colonial, pero muy fría, con unas cocinas oscuras, con millones de pulgas, zancudos y arañas en las piezas. Despertar con una araña de rincón al lado de la cama era parte del paisaje. En el techo galopaban los ratones, pero les decían a los niños que eran palomas, para que no se asustaran. El camino ni siquiera estaba pavimentado. Seguían tomando agua de la destiladera con piedras volcánicas, de dudosa pureza. Se ponía un chungo, con unas moscas siempre adentro. Pero era exquisita el agua con moscas. Y los trabajadores eran siempre muy acogedores. En 1981 Mercedes Rivadeneira convidaba a una amiga del colegio a Roma y después de almorzar porotos casi todos los días llegaba una nana muy amorosa que les preguntaba: “¿Quieren agüita de boldo, de menta o de cedrón?”. Con su amiga se reían, porque eso era lo más sofisticado que había en Roma.

Ricardo hijo invitó una vez a un compañero de curso que estaba espantado porque sirvieron patitas de chanco de entrada, algo que no había visto nunca. De segundo había prietas y un pájaro que habían cazado y lo hicieron asado en la salamandra. El amigo llamó esa noche a Santiago para que lo fueran a buscar.

Los niños recogían las jeringas viejas de la lechería para hacer guerras de agua. Jugaban fútbol con los hijos de los inquilinos en un potrero de al lado que tenía

Hermanos Rivadeneira Monreal y Rivadeneira Vial en Roma







Media Luna de Roma



Lula



unos arcos añosos. Mercedes hija les dice hoy a sus niños que Roma ahora es más bonito pero más fome, porque entonces el peligro era real. Galopaban y hacían carreras en unos potreros llenos de acequias con sus primos Larraín y a veces se caían. O se subían con los primos a una bodega con 20 metros de fardos y se sacaban la cresta, pero no se mataban.

Se encontraban con muchas tradiciones antiguas de campo. Los empleados tomaban agua de un tacho de lata al que le ponían un alambre como mango y lo dejaban colgado en las vertientes de los potreros. Para las niñas cuando chicas, era un panorama ir al potrero y ver si encontraban un tacho. En fiestas patrias se hacía un desfile sencillo que les gustaba mucho ir a mirar en familia. Marchaban los bomberos, los huasos y cualquier señor que tuviera un caballo, los niños de la escuela, las autoridades. Estos desfiles finalizaban con un acto y varios pies de cueca.

Mercedes Hurtado hizo muy buenas migas con Ana María, la señora de Chago. Las dos visitaban a la gente del campo, los sábados hacían catecismo y formaban a los niños para la primera comunión. Había un centro de madres donde conversaban con las mujeres y lo que más les decían era que los maridos no les hablaban y que querían volver a tener una relación. Entonces la Ana María se conseguía una charla con una psicóloga de San Fernando. Era conmovedor, porque en esas conversaciones ellas veían los problemas de convivencia de las familias en el campo.

En el verano se hacían misiones en Roma. Eran voluntarios y postulantes a sacerdotes que iban por las casas, leían la biblia, rezaban y hacían reuniones en el oratorio de la casa.

Las comidas típicas de Roma en verano eran con harto choclo. Porotos granados, pastel de choclo, humitas, cazuelas. Comían frutas que se daban en el fundo, como kiwis y manzanas en invierno. También iban expresamente a comprar quesillos recién hechos por señoras que tenían su vaca y lo desenvolvían de los paños blancos en que estaban guardados. En la mesa compartían chicos y grandes, ya no mandaban a los niños a comer aparte. Siempre aparecían Chago, Feña o el tío Lulo con sus camisas escocesas y pantalón de huaso y contaban sus historias para entretención de adultos y niños.

Los hermanos Rivadeneira siguieron siendo igual de unidos y disfrutando sus encuentros durante toda la vida. Se querían y se acompañaban. Ya más viejos se veía a Caduco, Chago y Feña sentados en un sofá, los tres hablando al mismo tiempo, siempre de lo mismo: de las deudas del campo, que había que plantar una hectárea de tal cosa o de la otra. Caduco decía que él y sus hermanos nunca ganaron nada en Roma. “La única vez que ganamos algo fue el año que no teníamos plata para invertir y salió el maíz solo”, contaba. Eran medio sordos y por eso les gustaba hablar por teléfono, porque se escuchaban mejor. Discutían a grito pelado en unas peleas en que parecía que se acababa la familia. Tanto era el griterío que los vecinos una vez se asomaron pensando que iba a pasar algo.



Una muestra del cariño que se tenían es que después de que Caduco murió en 2011, Chago le dijo varias veces a su sobrino Ricardo: “Para mí fue tan dura la muerte de tu papá como lo fue la muerte de mi papá”.

### LOS ARREGLOS POST TERREMOTO

Para el terremoto de 1985 se cayeron porciones importantes de la casa de Roma, sobre todo la parte antigua. La casa quedó con sectores en que no había techo. Lela, la hermana mayor, estaba pololeando entonces con su marido Poncho. Al pobre muchacho durante todo el pololeo lo hacían dormir en una pieza que tenía pasto en el suelo y tenía que usar un baño infestado de ratones.

La casa quedó a medio arreglar durante unos ocho años, con un ala entera inhabitable. Recién a fines de los 80 empezaron a arreglarla poco a poco, lentamente. Uno de los recuerdos más felices de los Rivadeneira Hurtado es reconstruyendo la casa en Roma. En vez de encargarle a un arquitecto y a un maestro que hicieran todo, eran ellos en familia quienes se pusieron manos a la obra. Al matrimonio le encantaba ir a demoliciones para comprar materiales y después pasaban los veranos y los fines de semana con sus hijos ya adolescentes arreglando pilares, pintando paredes, yendo a Talca a buscar dos o tres pilares columnas y llevándolas a Roma.

En un verano Caduco le pidió ayuda a sus hijos para pintar los pilares, que eran 70. Primero tuvieron que lijarlos para sacarles las capas antiguas de pintura. Y mientras lo hacían empezaron a aparecer las marcas de cuánto me-

dían Caduco, Feña, Sergio y sus hermanos cuando niños. Salía por ejemplo: “Santiaguito, 1937, 1 metro 10”. Eran hallazgos bonitos, como una arqueología familiar.

Caduco se dedicaba con pasión a maestrear. Se subía a una escalera a arreglar las lámparas, se le caía la escalera y quedaba colgando de la misma lámpara que estaba arreglando. Llegaba con un saco de perillas antiguas para reponer en las puertas de Roma. A veces llegaba Chago a la casa y preguntaba: “Y Caduco, ¿dónde está?”. “Ahí, detrás de la perillita”, respondía Mercedes.

Tiempo después Mercedes hija fue de intercambio a Londres y tomó un curso en Italia de cómo pintar paredes, porque de verdad se entretenía con el remozamiento de la enorme casa. Con su hermano Juan se subían a los 16 o 17 años sobre unos andamios para pintar unos techos de cinco metros de altura. Pasaban todo el verano raspando, pintando y viajando con sus padres a buscar tesoros.

La casa pasó a ser una suerte de trabajo común que tuvo varias etapas y que permitió que la sofisticación actual de Roma –una casa más “pituca”, con calefacción central, un baño por cada pieza, parque y viñedos– no se sintiera muy ajena a lo que fue antes.



< Feña

< Caduco

Chago >



Cordillera



Todos los veranos Caduco, sus hijos hombres y su señora Mercedes hacían una cabalgata de cinco días por la cordillera hacia el sector donde mandaban de veranada a los animales de Roma. Era un paseo que hacían en febrero por gusto, no por trabajo. Ya en enero habían subido Feña y Claudio con otros arrieros a ver al ganado.

Esta aventura les fascinaba aunque era muy dura. Andaban entre ocho y diez horas a caballo al día, alojaban a la intemperie, no llevaban ni carpa. Juan e Ignacio Rivadeneira Hurtado comenzaron a hacer estos viajes a los 7 u 8 años. Su papá, antes de que sus hijos entraran a primero o segundo básico, los llevaba a andar a caballo al borde del cerro de Roma y les decía “galopen aquí”. Si galopaban bien, decretaba “Ya, estai bueno pa’ la cordillera”. Y los iniciaba en estas travesías familiares, cada uno en su caballo, acompañados de siete arrieros que guiaban a todo el grupo.

Las provisiones que necesitaban para el viaje –o la mantención, como le decían los viejos– incluía cajones del campo con manzanas, tomates, cebollas y papas. También harina, manteca, harina tostada, azúcar, café, té, tarros de jurel tipo salmón y de duraznos. Cosas muy básicas, ni siquiera tallarines. Y algunas botellas de vino para animar las conversaciones con los arrieros en la noche. La carga tenía que ir bien amarrada y estibada en las mulas para que no perdieran el equilibrio.

En los cinco días que tomaba preparar la mantención, Caduco salía a visitar a los antiguos arrieros para ver quiénes estaban en condiciones de acompañarlos. También compraba mercadería extra y hacía cajas de comida para los baqueanos que estaban viejos. Los visitaba a su casa y les proponía: “Don Nacho, ¿quiere ir a la cordillera?”. Don Nacho se iluminaba de felicidad y respondía: “¿No me ve como estoy, patrón? No soy capaz, si no he montado hace tiempo”. Y Caduco le dejaba una cajita de comida. También les hacía consultas: “Estoy preparando la mantención. ¿Qué llevo?”. Le contestaban las cosas más divertidas. “Mire, don Caduco, o bien lleva sermón o bien lleva serdina”, decía uno. Los que pasaban temporadas largas en la cordillera eran unos personajes muy curiosos, especiales. Tenían casa, pero se habían acostumbrado tanto a vivir en el descampado que dormían en unos catres debajo de una higuera. Hablaban con ellos mismos o con las cosas, en un diálogo constante: “Ya, me voy a tomar un té. Tetera, ¿dónde te fuiste? Oye, que estai hirviendo rápido”. Se acordaban de cosas que para uno no tenían ninguna importancia. Por ejemplo, Feña en sus subidas a la cordillera iba con un arriero que le decía: “¿Se acuerda de esa piedra, don Fernando?”. “No, ¿por qué?”. “Porque ahí se le perdió la cuchilla a usted, en esa piedra usted estaba sentado con la cuchilla”, le respondía recordando algo que había pasado seis años atrás. No se les olvidaban más esas cosas.



El tío Feña contaba que uno de estos viejos estaba enfermo y él lo llevó al hospital. Después de un rato le preguntó cómo le fue y el arriero respondió: “Putá el doctor bueno, me revisó entero y me dijo que me encontró la pana buena, el contre bueno, los bofes buenos. Si lo único que me encontró más jodido es que parece que tengo algo que llaman la cáncer”.

Los hijos de Caduco, antes de partir a la cordillera, le pedían a su papá que les regalara cortaplumas para el viaje. El mismo día que iban al supermercado de San Fernando a comprar los víveres, también echaba al carrito una cortaplumas con mango cacho de vaca para cada hijo. Caduco se reía porque al primer día de cabalgata ya se les habían perdido a todos.

La cordillera empezaba oficialmente en el puente Cimbra, donde ya no había más caminos para pasar en auto. Junto al puente había un chalet sencillo de ladrillos de dos pisos, con un cuidador. A veces alojaban ahí una noche. Ricardo y Mercedes sobre una cama vieja de fierro y los niños con sus sacos de dormir en el suelo. Los sacos de dormir eran unas frazadas dobladas y cosidas a mano, no existían los sacos térmicos. Otras veces los arrieros ya les tenían listos los caballos y las mulas con la carga y la familia se encaramaba y partía. Guiaban la cabalgata en fila india los arrieros antiguos, que eran fundamentales para la supervivencia del grupo. El amor de Ricardo hacia ellos y viceversa era de otro mundo, porque se conocían desde chicos. El camino era muy bonito, al avanzar se empezaban a ver valles con unos cubresuelos amarillos y rosados.

A veces se encontraban con sorpresas afortunadas como avistar huemules, que ya estaban en extinción. Había una parte llena de robles, donde vivían un montón de catas verdes azulosas.

La cordillera florecía en verano y no se encontraban ni un alma. Hasta que de repente pasaba un viejo que cuidaba ovejas, le compraban un cordero y lo asaban en la noche.

Lo primero que se comían eran las costillas, porque la carne con hueso se echa a perder antes. Otros cortes, como la pata, duraban y se guardaba hasta el final. Los aprovechaban para comer cazuela de cordero al desayuno, que era un tiritón, con tortillas fritangueadas ahí mismo con la harina que habían llevado. Al almuerzo hacían una parada y sacaban del cajón tomates con ají y comían encebollado con los pescados de tarro que habían cargado en las mulas.

Ese viaje era el momento del año que Caduco más gozaba porque invitaba a la expedición a los arrieros antiguos de Roma, inquilinos a los que conocía desde niño, como don Egidio y su hijo Segundito, expertos montaraces. Conversaban y conversaban, recordando a los parientes antiguos que ya se habían muerto. La manera en que don Egidio cuidaba a Ricardo era una cosa muy tierna. Ahí Ricardo Rivadeneira se desconectaba por completo, estaba en su hábitat. En su cotidianeidad de abogado y político era bueno para viajar por el mundo, culto y respetado por su erudición. Pero lo que de verdad le gustaba era la sencilla vida de campo y subir a la montaña.

Para Mercedes y también para sus hijos era entretenido presenciar esa transformación de un señor que era abogado de escritorio, pero que en el cerro y sabía hacer todo, desde estibar una mula a preparar el campamento. Caduco, que durante el año no era muy educador de niños, allá arriba los sacaba a todos de sus sacos de dormir al alba, los llevaba a un hilo de vertiente fría como témpano, les pasaba un jabón, un champú y los hacía bañarse y lavarse los dientes. Era como una escuela militar en la cordillera y Caduco, el capitán. Después montaban los caballos y seguían subiendo.

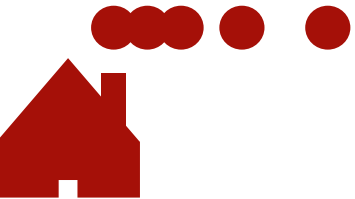
Alojaban bajo las estrellas en saco de dormir, incluso en lugares con nieve donde hacía un frío glacial. Se acostaban sobre los pellones de las monturas para que los aislaran de la tierra. El único que iba con catre de campaña era Caduco y Sergio Menares se lo armaba en el suelo.

Una noche alojaron en un lugar muy alto, donde se veía nieve abajo y corría viento. Menares le armó el catre a Ricardo solo con frazadas, sin el saco de dormir, porque según él, había pasado calor la noche anterior. Pero empezó un viento frío y Caduco empezó a gritar de noche: “Menares, ¡pásame el saco de dormir!”. El viejo arriero se había metido a dormir en el saco de su jefe y le respondió “Shhh, patrón, sea bien hombrecito, que va a despertar a los niños”. Menares no salió nunca del saco, el patrón se murió de frío y los arrieros se reventaban de la risa. Arriba de la cordillera el trato era de igual a igual, no era como abajo.

Nunca tuvieron un accidente serio y cada verano bajaron bien, porque “Dios es grande, nomás”, como decía Mercedes, que vio escenas espeluznantes, como un caballo cayendo de espalda con uno de los cabros arriba en un desfiladero y todos en filita atrás cayendo también, pero emergiendo ilesos. Vio resbalar mulas cargadas que eran subidas y laceadas por los arrieros para que no se despeñaran. Las mulas tenían

“YO ME ACUERDO DE HABER IDO A VIVIR FUERA DE CHILE Y ECHAR MUCHO DE MENOS A ROMA, AUNQUE NO TENÍA NADA QUE VER CON EL RESTO DE LA VIDA DE UNO. LO MÁS DISTINTO DE LA VIDA DE UNO ERA ROMA Y ESO ERA LO QUE MÁS EXTRAÑABA”.

MERCEDES RIVADENEIRA H.



unas uñas grotescas que les salvaban la vida. Una vez estaba durmiendo en su saco de dormir, una bulla la despertó y se encontró con un zorro pegado a su cara, buscando comida.

Cuando uno de sus hijos se iniciaba en la cordillera, Mercedes Hurtado se unía a la expedición para velar por ese niño. Era la única mujer que se integraba a estas travesías. Siempre se decía que pasarían una semana en la cordillera, pero bajaban a los cinco días porque el traste no les daba para más y el hipoglós se les había acabado.

Había que cruzar por laderas con mucha pendiente, peligrosas, donde a los niños los hacían bajarse del caballo. Los caballos pasaban solos y después los niños pasaban caminando ese tramo. Una vez Pablo, uno de los hermanos menores, se cayó, y si no hubiese estado laceado a otra persona –su papá o un inquilino– se habría caído por la pendiente. Caduco siempre había sido aprehensivo, se preocupaba de que las piscinas tuvieran rejas para los niños, de que no se volaran los dedos con las puertas, de que manejaran a la defensiva, las imprudencias en esos contextos lo enojaban. Pero en la cordillera tiraba a sus hijos desde los 7 años a hacer estas expediciones llenas de peligros.

Las paradas a comer eran muy gratificantes, porque estos arrieros cocinaban muy bien con pocos ingredientes. Caduco llevaba a Jarita, que era un gran cocinero y muy divertido. Agarraba un huevo con dos dedos y con el tercero le pegaba, se abría el huevo y

lo tiraba con una sola mano. En algunas paradas había peces para pescar y comían pescados recién sacados del río. Ya más arriba, hacían un ulpito con nieve en un tacho de aluminio al que se le agregaba harina tostada, azúcar y se revolvía bien.

El momento favorito de Caduco era la noche, cuando sacaba el vino para que hablaran los viejos arrieros. Tenían unos cuentos que parecían de mentira, como el de la vez que Ñungo Arenas se encontró con un puma, le metió la mano por la boca y lo dio vuelta como si fuera un guante. Otro arriero contaba que cuando un puma quiere atacar a un potrillo, “lo primero que hace es pegarle un combo”. Los niños no lo creían hasta que tiempo después se encontraban con un documental en que explicaban que efectivamente los pumas hacen eso, pegan golpes con sus patas para aturdir y después muerden. Ricardo se reía mucho con todas estas historias.

El último día, para celebrar su regreso sanos y salvos a la civilización, pasaban a almorzar un bistec a lo pobre a un lugar en Puente Negro con los niños y todos los arrieros.







Cordillera >

El negocio de la lechería en Roma se acabó cuando comenzó la competencia de las leches del sur, que las traían en polvo y la reconstituían con agua en Santiago. Resultaba mucho más eficiente producir leche en Osorno, donde el pasto crece solo, que en San Fernando, donde hay que sembrar el pasto y el maíz para las vacas lecheras. Tan estupenda era la lechería de Roma que vino Agustín Edwards y la compró toda a dedo parado. Es decir, compró en remate.

Sin lechería, empezaron a enfocarse en las plantaciones de fruta. Primero plantaron frambuesa, que resultó ser jodido, porque se cultiva toda a mano, no termina nunca de dar y sale cara. Después plantaron otras especies de frutales y les fue mejor.

Caduco, que era el único de los hermanos Rivadeneira Monreal que podía hacerlo, comenzó a comprarles pedazos del campo a sus hermanos. Cuando el banco amenazaba con sacar el campo a remate, Caduco ponía la plata para la deuda y compraba 20 hectáreas, 50 hectáreas cada vez. Hasta que Caduco se quedó con Roma y Chago, Feña y Panchito se quedaron con el fundo Las Mercedes, donde aún vive Chago. Los hermanos Chago, Feña, Caduco y Panchito acordaron caballerosamente dar una hijuela a su hermana Carmen y otra a su cuñada Gloria, para asegurarse de que, pasara lo que pasara, ellas y los hijos de su difunto hermano Sergio quedaran libres de las feroces deudas que acumulaba Roma.

El campo se dividió entonces en Agrícola La Javiera, administrada por Feña y Agrícola Roma, de Caduco. Feña, Caduco y Chago hicieron una sociedad para plantar una viña en Las Mercedes y la trabajaron entre los tres. A partir de los 90 empezaron a plantar frutales de exportación en Roma, de manera intensiva y planificada, y abandonaron los cultivos tradicionales de trigo y maíz porque ya no eran económicamente viables.

Ya mayor, Feña le vendió su parte a una sociedad que hicieron sus sobrinos Claudio y Ricardo hijo y él compró 60 hectáreas fuera de Roma, para no quedar enredados. Entre los hermanos Rivadeneira Monreal nunca hubo un conflicto, ni siquiera cuando hubo repartición de campo, que es cuando las peleas se aleonan. Eso habla de lo unidos que eran. Y la generación siguiente, entre los primos, ha ocurrido lo mismo.

Las mismas tierras que hace un siglo pertenecieron a una sola persona, Javier Rivadeneira Palacios, quedaron repartidas entre más de 60 descendientes, familiares y cónyuges. Los hermanos Tararo y Pito tenían riqueza suficiente para vivir en París si hubieran querido, pero Tararo tenía seis hijos, el tío Pito tenía cinco y pasó lo del jeque, como decía Feña: “Mi abuelo andaba en camello, mi papá anduvo en Land Rover, yo ando en Mercedes Benz, mis hijos van a andar en Jaguar y mis nietos van a andar en camello”.

A los 62 años Panchito, el menor de los Rivadeneira Monreal murió producto de un cáncer. Los Rivadeneira son muy malos para enfrentar la enfermedad, entonces cuando Panchito se enfermó, un doctor se lo dijo a Caduco y él le contestó: “No le digas a Panchito porque se va a asustar”. El médico se extrañó. ¿Cómo no le iban a decir al paciente que estaba enfermo? Su hermano insistió: “Usted no le vaya a decir”. Pero sí le contó a todo el resto de la familia. Entonces sus hermanos y sobrinos lo iban a ver y le preguntaban: “Panchito, ¿cómo estás?”. Él les contestaba: “El doctor dice que muy bien, pero viene la gente llorando a verme...”. Cuando supo que estaba enfermo él decía que justo se enfermó cuando dejó de tomar y le echaba la culpa de este cáncer a la abstinencia.

Caduco murió el 13 de junio del 2011. Once años después, el 24 de abril del 2022 partió Feña y Chago se nos fue el 10 de diciembre del 2023.

De la añoranza y anhelo de honrar el origen de los Rivadeneira de Roma surgió el deseo de hacer este libro en el que participó toda la familia y que alcanzó a recoger los valiosos testimonios de Feña y Chago.

Por la fortuna de haber tenido la experiencia común con hermanos y primos y de sentirse siempre acogidos en Roma, siendo los descendientes de Tararo y Tití muchos y muy distintos entre sí, la raíz ancestral que comenzó en Roma los entrelaza y los ancla a esta tierra, aunque sus ramas se sigan expandiendo muy lejos.



Mamá Tití ya viejita  
en María Luisa  
Santander >



### EMILIA CHÁVEZ

Era una inquilina del campo que contrataban en el verano para hacer mermelada y manjar en ollas de cobre en la época en que hubo lechería en Roma. Le traían leche recién ordeñada y Emilia estaba horas de horas batiendo el manjar mientras los primos Rivadeneira estaban al aguaite con sus cucharas para sacar de los bordes de la olla. La mayor parte de este manjar y mermelada lo envasaban para llevar a las casas de la familia en Santiago.

### SERGIO CATALÁN, EL SALVADOR DE LOS RUGBISTAS URUGUAYOS

Sergio Catalán era uno de los baqueanos antiguos de Roma que pasaba temporadas largas en la cordillera viendo a los animales y acompañó varias cabalgatas a la montaña de Caduco y su familia, que le tenían un gran cariño. Él se hizo famoso porque fue el primero en encontrar a los rugbistas uruguayos sobrevivientes de la tragedia de Los Andes. El accidente de avión fue en octubre de 1972, en el sector de la puertecilla, casi en el lado argentino. El 21 de diciembre se dio la casualidad de que Catalán estaba en la cordillera cuidando el ganado y fue la primera persona en ver con vida a Roberto Canessa y Fernando Parrado, que llevaban días 10 días caminando en busca de auxilio. Estaban lejos, al otro lado de un río, dos jóvenes famélicos de ropas raídas haciéndole señas frenéticas con los brazos. Por la distancia y el ruido fuerte del agua no podían escucharse. El arriero les tiró una piedra y un lápiz envueltos en un papel para que le escri-

bieran un mensaje, y ellos le lanzaron la piedra de vuelta contándole de dónde venían y pidiendo ayuda para sus amigos que habían quedado en el avión. Sergio Catalán les lanzó trozos de pan amasado con queso y cabalgó 120 kilómetros hasta el retén de Carabineros de Puente Negro lo más rápido que pudo. Se conformó una patrulla de rescate con carabineros, un jeep y una ambulancia y él mismo integró la cuadrilla para guiarlos al sector donde lo esperaban Canessa y Parrado. En los dos días siguientes se realizó el rescate en helicóptero de los otros 14 sobrevivientes que quedaban en el avión. Desde entonces, los rugbistas siguieron en contacto con el arriero que les salvó la vida. Forjaron una amistad que duró hasta la muerte de Catalán en 2020.

### EL SINGULAR TÍO PEDRO

El tío Pedro era uno de los miembros más divertidos de la familia. Era uno de los hijos del tío Pito. Era muy amigo de Caduco, que siempre se reía de sus gracias. Por ejemplo, Pedro le contaba que estaba saliendo con una niña muy rica pero que había terminado con ella porque tenía las piernas demasiado flacas. “Y mira la mala suerte... ¡me topé con ella como 20 años después y tenía así cada trutro!”. Su fama de entretenido era tal que para los Champions de Chile, los empresarios Agustín Edwards y Gonzalo Vial mandaban un auto para que se trajera a Pedrito al palco y contara sus historias que los hacían reír.

Era muy generoso, si lo iban a ver a su casa empezaba a regalar monturas, cortaplumas y hasta caballos a los sobrinos. Después le dejaban las cosas que había regalado en el corral, porque él no se las aceptaba de vuelta. Al final tenía una situación económica pésima, había perdido todo y Caduco, que lo quería mucho, le mandaba cajas de comida todos los meses sin remitente, para que no pasara vergüenzas.

Una de las anécdotas más insólitas que se siguen contando sobre él es de cuando murió su suegra en su casa en San Fernando. Para ahorrarse la carroza funeraria, que salía muy cara, la subió al auto vestida, la dejó bien sentada en el asiento de atrás con el cinturón de seguridad cruzado, se la trajo a un hospital de Santiago y dijo que se había muerto en el camino.

Cuando Gonzalo Tagle estaba recién pololeando con Ximena, hija de Feña Rivadeneira, fueron junto a Caito a ver al tío Pedro a su casa. Estaban conversando en la terraza y Pedrito dijo que iba a pedir un jugo. “¡Hijita, traiga jugo!”, gritó en dirección a la cocina. No llegó nada y el tío Pedro alegaba: “Esta niñita no escucha, es sorda”. Varias veces se repitió esto mismo, mientras Caíto siguió conversando como si nada y Gonzalo Tagle no entendía qué estaba pasando. Finalmente se fueron y Gonzalo le preguntó a su cuñado: “Caíto, el jugo no llegó nunca”. Caíto le explicó entonces que no había hijita, ni nana, ni jugo ni plata tampoco en esa casa. No había nadie. Lo hacía de acogedor no más.

### LULO Y LALO

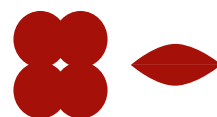
El tío Lulo era hermano del tío Pedro e hijo del tío Pito Rivadeneira, muy divertido y cariñoso también, como solían ser los miembros de esa familia. Incluso cuando estaban sin ni un peso, recibían a sus primos y sobrinos con los brazos abiertos cuando iban de visita. Una noche de invierno Lulo estaba con su señora Mónica viendo televisión en su vieja casa cerca del fundo de Roma. Entró de pronto su hijo Lalo de la mano con la joven empleada doméstica de la casa y le dijo: “Papá, nosotros queremos decirle que nos amamos”. La respuesta del tío Lulo fue: “Pero Lalo, no seas mal hijo, ¡cómo puedes dejar a tu madre sin servicio!”. Esta anécdota la contaba siempre Mónica y remataba diciendo con alivio: “Gracias a Dios, el Lulo se puso firme!”.

### PEREIRA

Pereira está a cargo de los caballos de Roma. Es medio loco y muy simpático. Cuando la actual generación de niños y primos Rivadeneira sale en verano a caballo, Pereira hace de las suyas. A Carlitos, uno de los nietos de Caduco y Mercedes, le decía: “Oiga, a usted le gusta esa niñita”. “No, no me gusta”. “A usted lo veo muy interesado, la mira mucho”. “¡Pero si es mi prima!”. “Ah”, respondía Pereira, “pero si más revuelta la sangre, más rica la prieta”.

“LO PASÁBAMOS SALVAJE. CON LOS PRIMOS HACÍAMOS  
PASEOS CON PICNIC, SUBÍAMOS A LOS CERROS,  
ÍBAMOS A VER A OTROS PRIMOS EN LA PUNTILLA,  
NOS BAÑÁBAMOS EN EL ESTERO. NINGÚN ADULTO  
NOS CUIDABA, ÍBAMOS SOLOS, NOS SACÁBAMOS LA CRESTA.  
NOS CAÍAMOS DEL CABALLO, NOS SUBÍAMOS DE NUEVO.  
TODO ENERO PARA MÍ ERA LA FELICIDAD”.

Soledad Cuadra Rivadeneira



RECUERDO UN DÍA QUE FUI AL POTRERO DE TRIGO  
QUE ESTABA AL LADO DE LA LECHERÍA.  
BRILLABA EL SOL Y CORRÍ UN LARGO RATO POR EL TRIGO  
ALTO DE VERANO, CON UNA SENSACIÓN DE GRANDEZA.  
DE ESTAR RODEADA POR ESOS TRIGALES, POR ALGO MAYOR  
QUE ME CONTENÍA, EL CAMPO Y LA FAMILIA. ESE MOMENTO  
DE PLENITUD EN EL TRIGAL ME INUNDÓ DE ALGO QUE  
NECESITABA, DESPUÉS VOLVÍ LLENA DE PAZ A LA CASA.

Patricia Rivadeneira







